ISIDRO ARÉVALO, S.J.

Relación de lo que pasó con los Novicios de la Compañía de Jesús en la Provincia de Castilla en su expulsión. 1767

INDICE

▪ **INTRODUCCIÓN** …… …… 2

▪ **Relación de lo que pasó con los Novicios de la Compañía de Jesús en la Provincia de Castilla en su expulsión**.

Capítulo 1º. De lo que pasó en Villagarcía 8

Capítulo 2º. De lo que pasó desde Villagarcía hasta la villa de Torquemada……11

Capítulo 3º. De lo que pasó en la Villa de Torquemada por espacio de 15 días, que allí estuvieron ……15

Capítulo 4º. De lo que pasó en la Ciudad de Palencia 28

Capítulo 5º. De lo que pasó desde Palencia hasta Burgos 37

Capítulo 6º. De lo que pasó en la Ciudad de Burgos 43

Capítulo 7º. De lo que pasó desde Burgos hasta Santander.....51

Capítulo 8º. De lo que pasó en Santander hasta nuestro embarque 60

Breve relación de lo que aconteció al H. Manuel Lanza desde el Noviciado hasta que volvió a tomar la sotana de la Compañía en Calvi de Córcega. ...67

Lista de los Hermanos que siguieron a los Padres y de los que dejaron de seguir 71

Carta de los Hermanos Novicios de la Provincia de Aragón a los de la Provincia de Castilla 73

Respuesta de los Hermanos de Castilla a los de la Provincia de Aragón 75

Lista de los Novicios de la Provincia de Aragón …… … 76

Carta de edificación del H. Manuel Lanza, difunto, en el Palacio Bianchini cerca de Bolina 6 enero 1769, escrita por el P. Lorenzo Uriarte Superior de dicha Casa 78

Cara de edificación del H. Manuel Cancela, muerto en Bianchini, 9 de mayo 1769 escrito por el P. Lorenzo Uriarte 80

Carta de edificación del H. Domingo Jorge, muerto en el Palacio de Bianchini, 11 enero 1770; escrita por el P. Lorenzo Uriarte, Superior de la casa. 85

Carta de edificación del H. Francisco Javier Camus, muerto en Castel-San Juan, escrita en Bolonia por el P. Francisco Tejerizo, Superior de la Casa de Santiago. Murió el 13 de agosto 1771.....86

Yndice …… …… 87

▪ **P. Isidro Arévalo** …… …….. 88

▪ **NOTAS** ……..……..…….. 89

INTRODUCCIÓN

En el archivo del Santuario de Loyola se conservan cinco copias manuscritas del relato de la expulsión de los Jesuitas de su Colegio-Noviciado de Villagarcía de Campos (Valladolid). El autor original de dicho relato fue realizado, ya en su destierro de Calvi (Córcega), por el novicio Isidro Arévalo, que hizo de Superior de los Novicios desde su separación forzosa de los PP. y HH. Jesuitas en la villa de Torquemada.

La copia nº 1 aparece como la más antigua, y la copia nº 2 está configurada como proyecto de Memorial al Rey Carlos III. Las copias 1, 2 y 4 están sin numerar, y las copias 3 y 5 tienen respectivamente 240 y 198 páginas. En cuanto al contenido, dichas copias agrupan escritos de diferente procedencia y cronología. El núcleo central está constituido por la relación o diario del viaje de los Novicios entre Villagarcía de Campos y Santander, el relato de las vicisitudes del H. Lanza y el listado de los Novicios de Castilla. Las cartas de edificación de varios novicios fallecidos en Italia son claramente posteriores.*

Hemos elegido la copia nº 5 para su transcripción y presentación, y se le ha añadido una breve noticia sobre la vida y muerte de Isidro Arévalo que hemos encontrado en otra transcripción realizada hace ya años en Villagarcía. Con dicha transcripción, además, hemos completado algunas lagunas de la copia nº5: las partes añadidas a la copia nº 5 vendrán señaladas con tipo distinto de letra (en las páginas 38, 54 y 59). Así mismo, con el objeto de ayudar a la lectura del relato, hemos modificado algunos signos de puntuación, se han abierto puntos y aparte en secciones más largas y farragosas y se han introducido comillas y letra cursiva en el discurso directo o frases especiales. Las páginas del manuscrito a que corresponde la transcripción se señalan en rojo con números en superíndice. Las palabras señaladas con asterisco remiten a la sección final de notas; las palabras entre corchetes son aclaraciones del transcriptor. Se han añadido, por otra parte, fotografías para ilustrar los lugares por los que los Novicios tuvieron que peregrinar. Completamos, a continuación, algunos instrumentos para una mejor comprensión del relato.

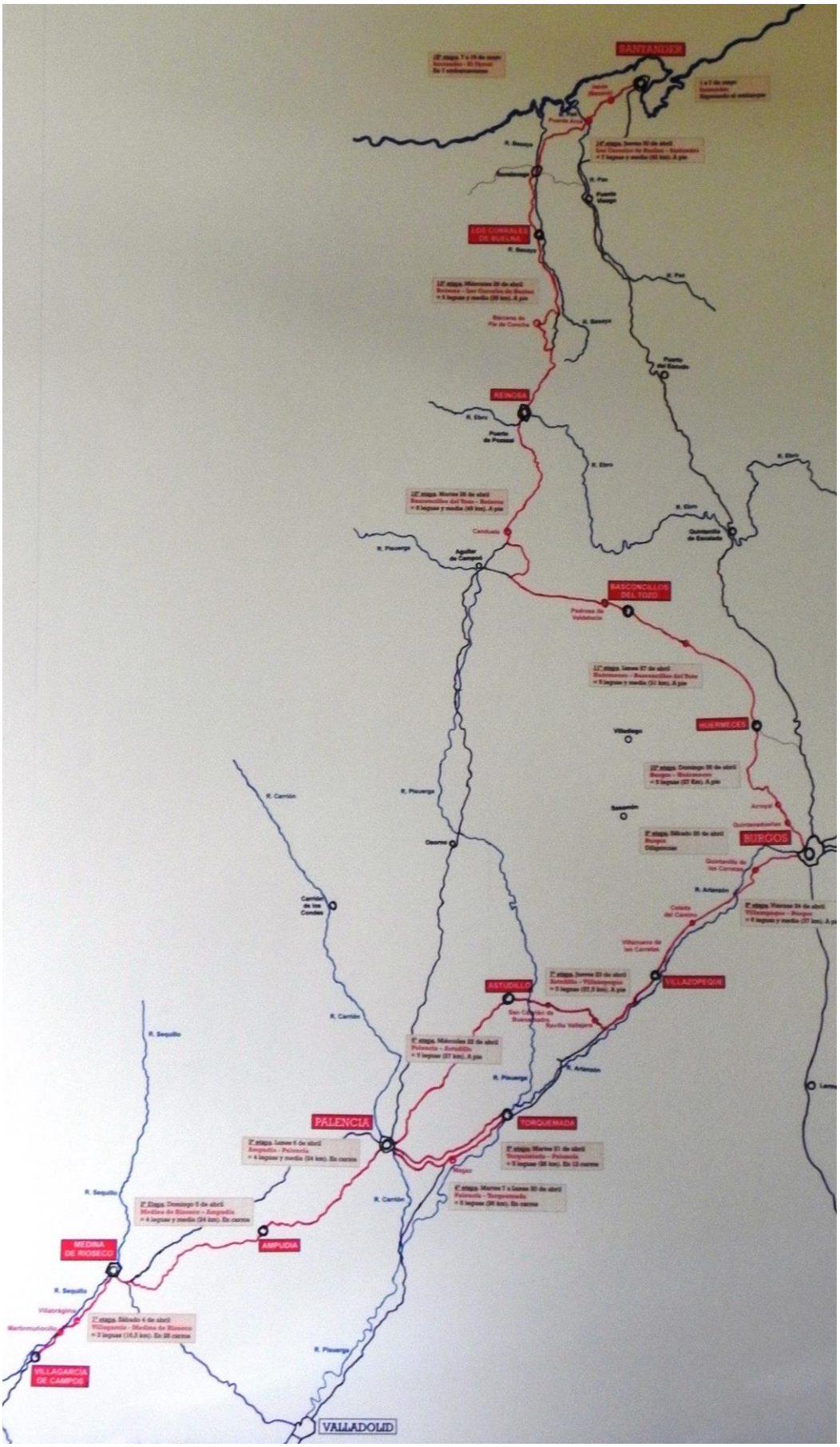
A. **Algunas abreviaturas** que se mantienen en el texto:

H. / HH.	Hermano / Hermanos
Iltma.	Ilustrísima
M.R.P.G.	Muy reverendo P. General
N.M.R.P	Nuestro muy reverendo Padre
N.R.P.G.	Nuestro reverendo P. General
N.S.	Nuestro Señor
N.S.P.	Nuestro Santo Padre
P. / PP.	Padre /Padres
PC	Pax Christi [la paz de Cristo]
S.D. Majestad	Su divina Majestad
S.R. Majestad	Su Real Majestad
SS.RR.	Sus reverencias
V. Iltma.	Vuestra Ilustrísima
V.S. Iltma	Vuestra Señoría Ilustrísima

B. **Cronología de las etapas** Meses de Abril y Mayo de 1767

Fecha	Día	Capítulo	Leguas	Km.
3 Abril	Viernes 1º	1º En el pueblo de Villagarcía	-	-
4 Abril	Sábado 2º	Villagarcía-Medina de Rioseco	3 [en carro]	16,5
5 Abril	Domingo 3º	2ª Medina de Rioseco - Ampudia	4 ½ [en carro]	24
6 Abril	Lunes 4º	3ª Ampudia - Palencia	4 ½ [en carro]	24
7 Abril	Martes 5º	4ª Palencia - Torquemada	5 [en carro]	26
8 Abril	Miércoles 6º	Torquemada		
9 Abril	Jueves 7º	Torquemada		
10 Abril	Viernes 8º	Torquemada		
11 Abril	Sábado 9º	Torquemada		
12 Abril	Domingo 10º	Torquemada		
13 Abril	Lunes 11º	Torquemada		
14 Abril	Martes 12º	Torquemada		
15 Abril	Miércoles 13º	Torquemada		
16 Abril	Jueves Sto. 14º	Torquemada		
17 Abril	Viernes Sto.15º	Torquemada		
18 Abril	Sábado Sto. 16º	Torquemada		
19 Abril	Do.Pascua 17º	Torquemada		
20 Abril	Lunes 18º	Torquemada		
21 Abril	Martes 19º	5ª Torquemada- Palencia	5 [en carro]	26
22 Abril	Miércoles 20º	6ª Palencia - Astudillo	5+ [a pie]	27
23 Abril	Jueves 21º	7ª Astudillo - Villazopeque	5+ [a pie]	27 ½
24 Abril	Viernes 22º	8ª Villazopeque - Burgos	6 ½ [a pie]	37
25 Abril	Sábado 23º	Burgos		
26 Abril	Domingo 24º	9ª Burgos - Huérmeces	5+ [a pie]	27
27 Abril	Lunes 25º	10ª Huérmeces – Basconcillos del Tozo	5 ½ [a pie]	31
28 Abril	Martes 26º	11ª Basconcillos del Tozo - Reinosa	8 ½ [a pie]	49
29 Abril	Miércoles 27º	12ª Reinosa – Los Corrales de Buelna	6 ½ [a pie]	36
30 Abril	Jueves 28º	13ª Los Corrales de Buelna - Santander	7 ½ [a pie]	42
1 Mayo	Viernes 29º	Santander		
2 Mayo	Sábado 30º	Santander		
3 Mayo	Domingo 31º	Santander		
4 Mayo	Lunes 32º	Santander		
5 Mayo	Martes 33º	Santander		
6 Mayo	Miércoles 34º	Santander		
7 Mayo	Jueves 35º	Santander: embarque para El Ferrol		
18 Mayo	Lunes	Llegada a El Ferrol		
27 Mayo	Miércoles	El Ferrol: embarque al exilio		
14 Junio	Domingo	Llegada a Civitavecchia (Est.Pontificios)		
30 Junio	Martes	Llegada a San Florencio (Córcega)		
18 Julio	Sábado	Llegada a Calvi (Córcega)		
Sep.1768		Destino Bolonia		

C. Mapa de las etapas entre Villagarcía de Campos y Santander



J. A. de la Lama

D. Recorrido entre El Ferrol y Bolonia

J. A. de la Lama

E. Listado de fotos

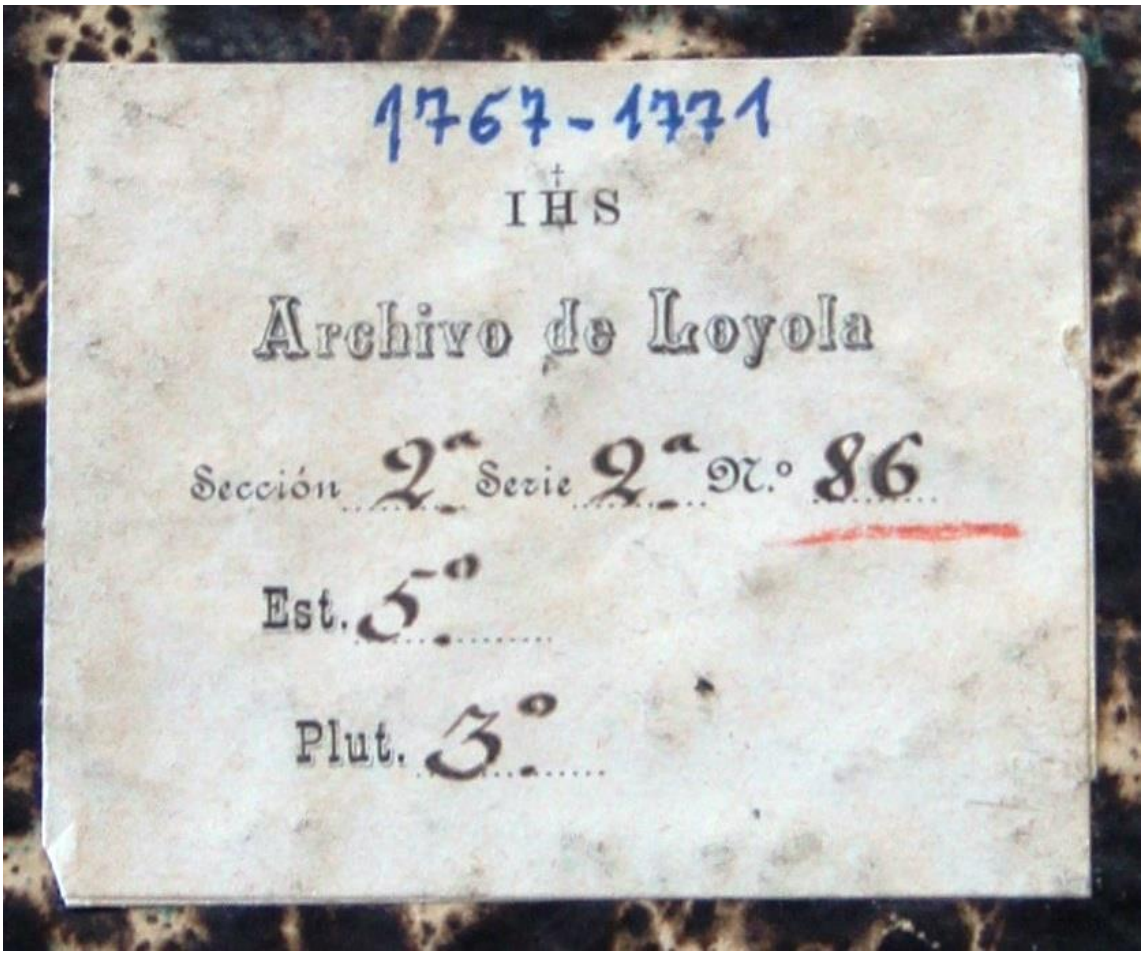
Página	Capítulo	Foto
8	1º Villagarcía-MedinaRS	Amanecer en Villagarcía de Campos: La Colegiata
10	1º Villagarcía-MedinaRS	Villagarcía: Puerta de los carros
11	2º MedinaRS-Palencia	Medina de Rioseco: Iglesia de Sta. María de Mediavilla
12	2º MedinaRS-Palencia	Ampudia: Calle porticada
13	2º MedinaRS-Palencia	Palencia: Plaza e Iglesia de S. Francisco
13	2º MedinaRS-Palencia	Palencia: Iglesia de S. Pablo, de los Dominicos
16	3º Torquemada	Torquemada: Puente sobre el Pisuerga, s.XVI
17	3º Torquemada	Torquemada: Iglesia de Sta. Eulalia, s.XVI
27	3º Torquemada	Torquemada: Espadaña de Sta. Eulalia
28	4º Palencia	Palencia: Catedral, vista aérea
29	4º Palencia	Palencia: Gárgola de la Catedral
31	4º Palencia	Palencia: Gárgola de la Catedral
32	4º Palencia	Palencia: Gárgola de la Catedral
35	4º Palencia	Palencia: Gárgola de la Catedral
37	5º Palencia-Burgos	Astudillo: Plaza
39	5º Palencia-Burgos	San Cebrián de Buena Madre: Palacio de Múgica
40	5º Palencia-Burgos	Vallegera: Iglesia
41	5º Palencia-Burgos	Villazopeque
43	6º Burgos	Burgos: Catedral
50	6º Burgos	Burgos: Vista desde el río Arlanzón
51	7º Burgos-Santander	Quintanadueñas
52	7º Burgos-Santander	Arroyal de Vivar
53	7º Burgos-Santander	Huérmeces

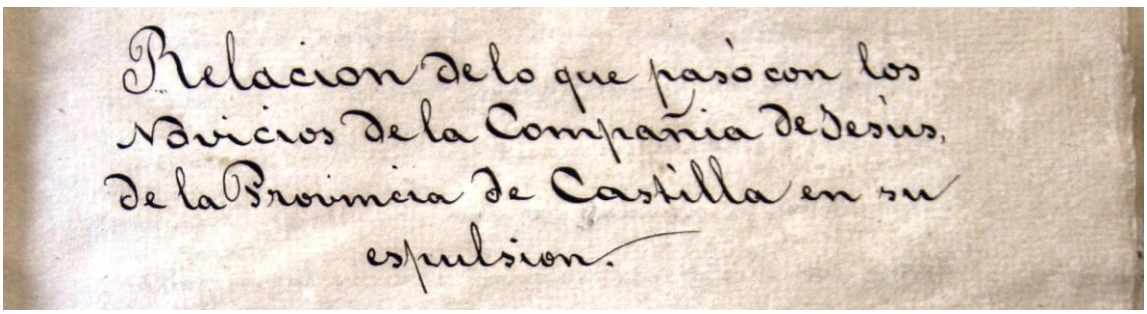
54	7º Burgos-Santander	Basconcillos del Tozo
55	7º Burgos-Santander	Canduela
57	7º Burgos-Santander	Reinosa: Calzada romana de Pesquera, pasando por Somaconcha y Mediaconcha, hasta Bárcena de Pie de Concha
57	7º Burgos-Santander	Reinosa: Camino Real a Santander, s.XVIII
58	7º Burgos-Santander	Bárcena de Pie de Concha
59	7º Burgos-Santander	Los Corrales de Buelna: Calle con casona a la izquierda
60	7º Burgos-Santander	Puente Arce: Puente sobre el río Pas, s. XVI
61	8º Santander	Santander: Grabado del XVI
65	8º Santander	Santander: Iglesia del antiguo Colegio de la Compañía, construido por Dª Magdalena de Ulloa.
66	8º Santander	Santander: Cuadro del puerto

F. Bibliografía

Sobre los sucesos relacionados con la expulsión de los Jesuitas de Villagarcía de Campos, se puede consultar la Bibliografía publicada en esta misma web www.museovillagarcia.es , haciendo especial mención a los escritos de los PP. Isla y Luengo, así como a los trabajos del Departamento de Historia de la Universidad de Alicante. En cuanto a documentación sobre el tema de la expulsión, consúltese http://www.cervantesvirtual.com .

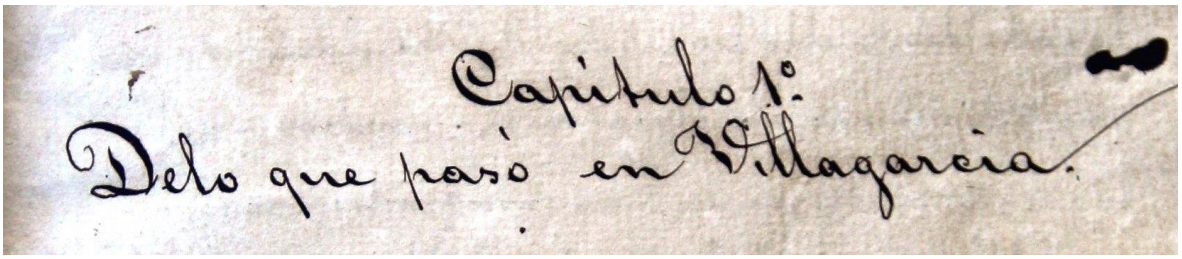
F. T. P.
Villagarcía de Campos
Enero 2020





Relacion de lo que pasó con los Novicios de la Compañia de Jesus, de la Provincia de Castilla en su espulsion.

1


Capítulo 1º.
Delo que pasó en Villagarcia.

Día 3 de abril de 1767. A las 5 de la mañana se vio el Colegio cercado de Soldados, cuyo número pasaba, según algunos, de 800: luego que tocaron la campana a levantarse, y abrieron la puerta de la Iglesia, de repente entraron en busca del Padre Rector el Sr. Villegas, oidor de Valladolid, y varios oficiales del Regimiento de Suizos*, y, sin más detención, mandaron a nuestro P. Rector que mandase juntar a toda la Comunidad en una pieza capaz, que fue la del Refectorio. Fueron a llamar el P. Rector a los Novicios a la Capilla chica, donde estábamos empezando la composición del lugar para la oración, y después de rezar un ave María a la Virgen bajamos en comunidad al Refectorio; y juntos todos los sujetos del Colegio, se leyó el Decreto de S. Majestad: y [2] leído éste, nos sacaron a todos los Novicios del Colegio entre dos filas de Soldados con bayoneta calada, inocentes muchos aún de lo que pasaba, por no haber entendido el Decreto. De aquí nació que muchos comenzaron a asustarse, pensando que iban hacer alguna violencia con ellos y mucho

más cuando vieron que la gente del pueblo levantaba el grito, clamando, ¡ ay mis Novicios de mi alma! una y muchas veces, hasta que nos metieron en una casa particular separada del Colegio, sin haber podido hablar antes lo que es una palabra, con los Padres. Pero después salimos de duda, porque habiendo subido dicho Sr. Oidor a dos cuartos donde nos habían metido, nos dijo que la causa porque nos había llevado allí era para que sin consulta de Padre alguno mirásemos bien lo que habíamos de determinar, ya fuese para seguir a los Padres en el destierro, o ya para irnos a nuestras casas. Con esto se despidió, no sin dejarnos de echar alguna invectiva, en cuanto al seguir a los Padres: diciéndonos, que si seguíamos, nos veríamos en muchos y grandes peligros.

En dicha casa estuvimos todo el día con bastante trabajo, porque como éramos muchos y estábamos tan reducidos en dichos dos cuartos, nos [3] hallábamos bastante afligidos de calor y opresión, hasta que por la tarde nos dieron otro cuarto con que estuvimos algo más desahogados. Todo el día estuvieron centinelas en las ventanas y puertas de los cuartos, remudándose de hora en hora; y lo que más era, cuando se ofrecía hacer alguna necesidad bajaban con los Hermanos dos soldados al lado, y con bayoneta calada llegaban hasta el mismo lugar común. Aquí procurábamos animarnos unos a otros, poniéndonos por ejemplar a N. S. Jesucristo, en medio de parecernos sueño lo que palpablemente estábamos viendo, y no lo acabábamos de creer. Aquí nos trajeron la comida del Colegio, en la que muy pocos hallaban sustancia, por estar los más desganados; y no era mucho.

Pero no paró aquí lo que padecimos en dicha casa; pues lo que más al vivo llegaba a nuestra alma era que varios Oficiales de dicho Regimiento subían entre día a nuestros cuartos, y nos decían varias cosas, y ninguna de ellas a favor nuestro: nos decían que los Padres no nos habían de poner mantener; que nos exponíamos a grandes riesgos y peligros; que lo más acertado era irnos a casa de nuestros padres, pues teníamos la dicha de que nos daban libertad para ello; y finalmente (era lo que traspasa[4]ba más nuestro corazón) decían que aquella misma noche habían de sacar del Colegio a los Padres, para llevarlos a su destino, y que a nosotros nos dejaban allí por algunos días, para probarnos y tomarnos al cabo de ellos nuestra palabra. Con esta y semejantes razones se contristaban algunos, particularmente con la última; porque luego saltaba a los ojos, y se ofrecía el decir, qué harán de nosotros, si sacan a los Padres, y nos dejan solos, y otras cosas a este tenor. Finalmente, habiendo pasado el resto del día en esta casa, nos llevaron al Colegio solamente a dormir, por no haber comodidad para ello en la casa, y nos metieron en el Colegio del mismo modo que nos sacaron, a saber, entre dos filas de soldados con bayoneta calada: estas filas llegaron desde la puerta de la casa hasta lo más interior del Colegio. Aquí sin detenernos nos llevaron al Noviciado dejando a los Padres en el refectorio. Aquí andábamos sin saber qué hacernos, y todo nuestro afán era ver cómo podríamos hablar con los Padres, para que nos diesen algún consejo, y nos animasen con su ejemplo y palabras; y tanto más nos afligimos, cuanto más dificultoso lo hallábamos.

Finalmente se resolvió el juntarnos unos con [5] otros en los aposentos para animarnos, como podíamos, entre sí. De aquí a poco tiempo subieron arriba los señores Oidor y Secretario, y encontrando a tal cual Novicio solo en el aposento preguntaron que qué se había resuelto, y como se respondiese que seguir a los Padres, replicaron diciendo que mirasen bien lo que hacían, que se conocía que no lo tenían reflexionado, y finalmente acababan diciendo que tenían toda aquella noche para mirarlo bien. Después como a las 8 u 8 y media de la noche subió arriba el Sr. Oidor solo, y estando casi todos, o la mayor parte de los HH. Juntos, empezó a perorar en esta forma: “Ustedes miren y consideren bien lo que han de hacer en este punto, porque se exponen a padecer muchos y grandes trabajos, si por amor a los Padres determinan seguirlos; que aun cuando sigan a los Padres hasta Italia presto se desharán de Vdes. despidiéndoles, y diciéndoles que no tienen con qué mantenerles”; y que entonces no tendríamos otro remedio que ponernos a servir en aquella tierra extraña; que después, aunque quisiéramos, no podríamos, volver a España, ni a ver a nuestros padres; que también había en España otras religiones donde poder servir a Dios tan bien como en la

Compañía; y finalmente dijo que esto mismo aconsejaría a [6] sus propios hijos si les viera en aquel estado. Con esto se despidió dicho Sr. Oidor, diciendo por último, que lo pensásemos bien para por la mañana en que vendría a tomarnos nuestra declaración. A todo esto no se daba crédito, conociendo poco más o menos el fin que llevaba; bien que algunos que no lo consideraban tanto les daba en qué pensar; y finalmente algún otro se rindió a estas razones, como después diremos.

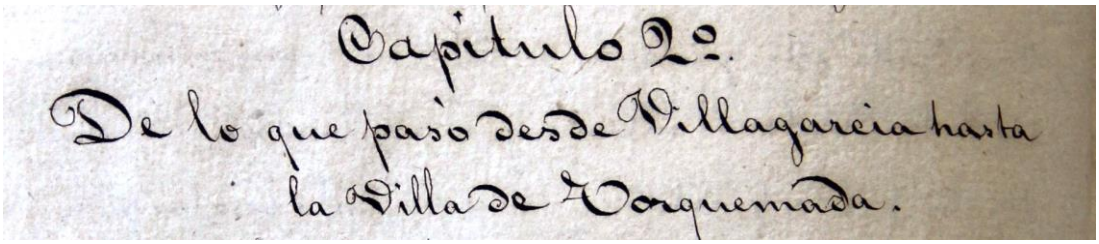
Esta noche la pasamos con bastante desasosiego, y sin poder dormir, y nos fue preciso juntarnos unos con otros en los aposentos, para hallar algún consuelo y alivio. A día siguiente a la mañana subió arriba el Sr. Oidor, quien nos dijo casi las mismas razones arriba dichas; concluyendo que no tardarían en subir a tomarnos la declaración. Entre tanto fuimos componiendo nuestros hatillos para estar prevenidos para cuando subiesen, y como entonces no se sabía nada, si iríamos a pié o a caballo, cogimos en caso de duda algunos bastones, que eran los bordones de los peregrinos y los palos de las escobas, que teníamos en los aposentos; aunque hasta esto permitió S. D. Majestad que nos quitasen, como diremos en su lugar. Ya estábamos casi todos juntos hacia la puerta de la portería [7] del Noviciado, cuando a eso de las 7 ó 7 y media de la mañana subieron los Sres. Oidor, Secretario y otro, que parecía ser oficial, y entrando en el aposento de dicha portería, fueron llamando uno por uno para tomar la declaración. Así se hizo, y conforme iban entrando preguntaban ¿qué era lo que tenía resuelto? Y diciendo los más que el seguir a los Padres, replicaban ellos y decían, aunque de diferente manera a unos que a otros, porque si eran medrados, les decían que no lo tenían bien mirado, pues conocido era que se iban a perder y exponerse a mil contingencias, graves peligros, y verses burlados; si pequeños, bien se conoce, decían, que están engañados de los Padres, y que sólo se dejan llevar del afecto que les tienen y del fervor del Noviciado. Los que firmaban seguir a los Padres, ponían en un pliego de papel su nombre, apellido y firma; y los que no, firmaban aparte. Sucedía que si alguno se olvidaba de poner el Jesús sobre la firma, y le pusiese después de haberle echado, ellos, a saber dichos señores, con semblante poco grato, decían que no era necesario ponerlo.

Pero por la misericordia de Dios no se rindieron a tantas y tan poderosas razones más que 3 de los 79 Novicios que éramos. Luego que cada uno firmaba, bajaba [8] al refectorio a incorporarse con los Padres, esto se entiende con los que seguían, pues como se ha dicho no faltaron más que 3 de los 79; y aun de éstos 3, uno, que era hermano estudiante volvió a pedir con muchas lágrimas a nuestro Padre Rector que le volviese a recibir, porque no sabía lo que se había hecho; pero fue en vano, porque no lo pudo conseguir, por haber dado su palabra en contra a los referidos Señores. Se acabaría todo esto como a las 9 de la mañana, y lo restante de ella lo gastamos en dicha pieza del refectorio. Lo que hicieron con los 3 que faltaron, no lo sabemos, aunque lo más cierto fue que lo dejaron de puertas a fuera, para que se fuesen a donde Dios les ayudase. Esto nos lo dio a entender bien un H. Coadjutor de los dos que faltaron, a quien encontramos a la segunda parada que hicimos, que iba a pié para su casa, y no quisiera engañarme en decir que iba pidiendo: tan grande debía ser el viático que les habían dado.

Finalmente, después de haberse acabado la mesa 1ª y 2ª, nos mandaron a los Novicios que fuésemos bajando los colchones del Noviciado y los llevásemos a la **portería de los carros**; y este fue el tiempo en que supimos, íbamos en carros, [9] y para este fin llevaban los colchones. Concluida ya esta maniobra, salimos todos, así Padres como Hermanos, al tránsito del H. Procurador, cada cual con su hatillo y estando ya todos juntos, empezó nuestro P. Rector a repartir los sujetos por los carros, nombrando con un Padre, 3 ó 4 Novicios y un H. Coadjutor antiguo; y así proseguimos nuestro camino, hasta que nos apartaron de nuestra dulce y amable compañía de los Padres. Finalizado esto, y estando ya todos en los carros salió nuestro P.

Rector el último y arrodillándose al tiempo de salir por la puerta de dicho tránsito besó las piedras despidiéndose de aquel santo Colegio para siempre, y viendo esta despedida el Sr. Villegas dijo en tono profético, que no era aquella despedida verdadera profecía. De 76 Novicios que firmamos seguir a los Padres, quedaron dos en Villagarcía por enfermos, de los cuales no sabemos ni tenemos noticia de lo que han hecho con ellos.

No es justo pasar en blanco el sentimiento que nos causó, al ver los aposentos del Seminario llenos de Soldados; y no tanto de esto, cuanto de lo que podía resultar en adelante, por medio de aquellos soldados y nuevos Religiosos de casaca militar: pues se deja entender bien, qué harían aquellos religiosos de tan es[10]trecha pobreza. Todo esto veíamos desde los carros antes de salir. Nuestra comitiva se componía de 27 ó 28 carros, y empezó a salir de Villagarcía como a las 2 de la tarde, sábado, y víspera de Domingo de las doctrinas. Salimos entre grandes llantos y suspiros de la gente de aquel Pueblo, llorando muchos como unos niños, y este era uno de los trabajos que traíamos por el camino, y que traspasaba nuestro corazón.


Capitulo 2º.
De lo que paso desde Villagarcia hasta la Villa de Vorquemada.

Desde Villagarcía fuimos a dormir aquella noche a Rioseco, no habiendo tenido otro trabajo en el camino que el de los llantos y gritos de la gente de **Martimuñocillo** y **Villabrágima**, que nos salió al encuentro. Llegamos a **Rioseco** como a la anochecer; y a la misma entrada del lugar nos

repartieron por varias casas. Y esto hizo allí el Alcalde o Regidor, porque era muchos los que nos querían llevar a sus casas. Al convento de San Francisco fuimos como unos 24 en compañía de nuestro P. Ayudante, que actualmente era el P. Joaquín Amorenea. En dicho convento nos trataron aquellos Religiosos con bastante decencia y cariño; de manera que allí no hubo otro [11] trabajo que un poco de incomodidad en cuanto al dormir, porque había que hacer de una cama dos, durmiendo uno en el suelo con la mitad de la ropa, y no pocas veces tuvimos que hacer esto mismo en el discurso de nuestra peregrinación. Los demás, así Padres como Hermanos, fueron repartidos por otras Comunidades y casas principales de dicho lugar, donde lo pasaron muy bien. En estas casas, como en S. Francisco, no tuvimos otras contradicciones que las siguientes: nos decían (especialmente la gente seglar) que mejor haríamos el irnos a nuestras casas y quedarnos en España, y no desamparar a nuestro padres, supuesto que había otras religiones en dicho Reino donde servir a Dios tan bien como en la Compañía; a quienes satisfacíamos con responder que nuestra vocación había sido a la Compañía y no a otra Religión alguna: bien que todo ello iba guiado del espíritu mundano, y es de advertir que este lenguaje corría como posta mientras íbamos en compañía de nuestro amados Padres.

Salimos de Rioseco como entre 7 ó 8 de la mañana después de haber oído Misa la que obligaba por ser Domingo. Fuimos a hacer mediodía como a la mitad del camino de la jornada que se había de hacer aquel día. Y en esta misma jornada fue donde encontramos [12] al H. Coadjutor que faltó en Villagarcía, y era el H. Martín Echevarría. La comida que en dicho día tuvimos fue pan, queso y pasas, por no haber comodidad en dicho paraje para otra cosa. Aquella tarde tuvimos el trabajo de llegar algo mojados y de noche a la **villa de Ampudia**, en medio de ir entoldados los carros. Nuestra entrada en dicho lugar sería como entre 7 y media u 8 de la noche, y todos apeamos en una casa bastante estrecha para los que éramos. Aquí acudieron varias personas, así eclesiásticas como seglares, para llevarnos a sus casas a dormir. El P. Julián Fonseca, nuestro Rector, iba repartiendo a dichas casas según pedían, y a veces no llevaban los que querían porque había muchos a pedir. Algunos fueron también a los Carmelitas; y todos estos, como los demás tuvieron el mismo trato, que los que fueron a San Francisco, y es de suponer que los que nos llevaban a sus casas, no eran de aquellos que no podían ver con buenos ojos a la Compañía. De contradicciones no hay que decir aquí más, que lo que se dijo en Rioseco. Todos procuramos estar en la misma casa que nos repartieron a las 6 ó 6 y media de [13] la mañana, como nos lo ordenaron: y después de haber visto el P. Rector que estábamos allí todos, fuimos subiendo en los carros, según el método que hasta allí llevábamos; y fue nuestra subida entre grande tropel de gente que estaba alrededor de dichos carros, la que viendo a algunos Hermanos de los más pequeños, prorrumpían en estas voces: ” ¡Ay pobrecitos de mi alma! ¡Qué culpa tendrán estos niños para ir desterrados!¡ en qué lo habrán pecado también!” Finalmente estando todos en los carros salimos de la Villa como a las 7 ó 7 y media de la mañana, entre aquellas exclamaciones y gritos del pueblo.

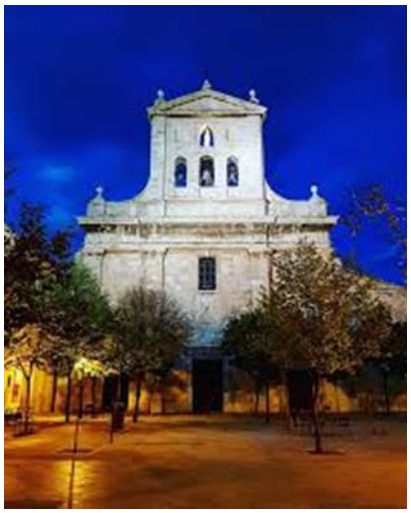
De aquí fuimos a parar a Palencia, donde hicimos noche. Este día por estar más apacible y serenos, le pasamos mejor que el pasado. La entrada en **Palencia** fue de grande dolor, pues no se oía otra cosa que gritos, llantos y exclamaciones: con que unos exclamaban que les llevaban a sus Padres Espirituales, otros que les dejaban perdidos y huérfanos por la falta tan grande que hacían

los Padres, y otros finalmente que desterraban a los buenos y dejaban a los malos; y esto que sucedió a la entrada, sucedió [14] también a la salida.

Nuestra parada fue en la **plazuela de San Francisco**, donde nos apeamos y fuimos al mismo convento de San Francisco. Aquí nos condujeron a la librería, donde estaban también los Padres de León, y a quienes abrazamos con mucha alegría de nuestras almas: sólo tuvimos que sufrir allí la penuria del calor, porque aunque la librería era bastante capaz, no sobraba mucho para los sujetos que allí éramos, pues además de los Religiosos se juntaron también muchos seglares. A esto se allegaba una gran gritería, de suerte que cuando empezó a repartir nuestro P. Rector apenas se podía valer con las voces que allí se daban; y especialmente eran tantos a pedir, que aun cuando no llevasen más que un sujeto, se quedarían muchos con su petición, en medio de que varios querían llevar a cuatro, y a seis, y como todos querían llevar nacía el enfado de unos con los otros, diciendo, que los otros querían llevar a tres y a cuatro, y a los demás dejaban sin ninguno; tan grande afecto mostraban dichos Caballeros.

Viendo este grande alboroto, mandaron callar, bien que poco se pudo conseguir; y entonces nuestro P. Rector cogió la pluma, y empezó a repartir, y aunque pidiesen mu[15]chos, lo regular era llevar a dos sujetos cada uno: bien que alguno otro, como el Procurador de los **Dominicos**, pasó los límites, porque fue tanto lo que instó, que sacó 6 para su convento, y no quedaba contento con eso, pues su intención era de llevar, aunque fuese la mitad. Acaeció que cuando llegamos al Convento aparecieron siete Hermanos, y fue que un Hermano entendiendo que le habían nombrado, se salió en pos de nosotros, a lo que dijo el Procurador, ojalá que así hubieran venido algunos otros. Después fueron en busca de dicho Hermano, que tenía un tío en dicho Convento, llamado el P. Vallenilla, Maestro de Artes. Dicho Hermano que se llamaba así mismo Antonio Vallenilla, estaba ya con un Padre en casa de una Señora: ésta se resistía el darle, pero venció la parte contraria, y así se le llevaron a dicho Convento; y luego fueron a dar a nuestro P. Rector a San Francisco, quien, aunque no con mucho gusto del Hermano, le dejó que fuese.

Aquí se portó el P. Prior con nosotros del mejor modo que puedo, y aun más de lo que queríamos, lo que también imitaban sus súbditos, los cuales todos daban a entender muy bien el sentimiento que tenían sobre la [16] persecución de la Compañía. Aquí ninguno tuvo que sentir cosa alguna; sólo sí el Hermano que allí tenía el tío, tuvo que sentir las cosas que se dejan entender le diría, porque su tío le hizo ir a dormir a su celda, y allí libre de que ninguno le oyese, le dijo varias cosas pertenecientes a no seguir a los Padres; y entre ellas, y delante de nosotros, le dijo que aunque tenía grande amor a su hábito, con todo eso, si se hallase en aquel estado, en que se hallaba dicho Hermano, desde luego dejaría el hábito. Esto aunque no hizo impresión alguna por entonces en el Hermano, porque resistió valerosamente con razones convincentes, fue no obstante parte de su desfallecimiento en otros mayores combates que tuvimos.



Los demás, como queda dicho, no tuvimos que padecer cosa alguna; lo que igualmente se puede decir de todos los demás que estuvimos en diferentes partes, pues como ellos mismos decían, parecía que todo era poco con lo que les agasajaban. Todo lo cual no excluía las mismas contradicciones que quedan referidas en Rioseco y Ampudia, pues esto parecía lenguaje vulgar, por[17]que eran pocos los que no proponían

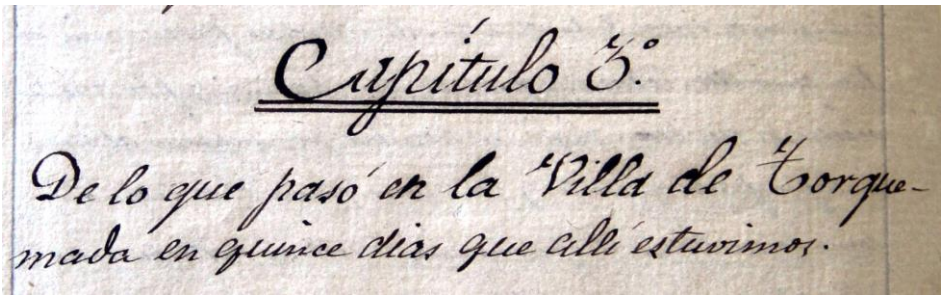
las razones ya insinuadas, para que dejásemos de seguir. Pero bien se puede decir, (si es que cabe alguna comparación) que Palencia se portó por entonces con nosotros, como en otro Domingo de Ramos, Jerusalén con Jesucristo; y así como Jesucristo tuvo por consecuencia un Viernes Santo, así también nosotros la tuvimos de Palencia, como se podrá ver en su lugar. A la mañana siguiente procuramos oír Misa temprano, y para esto había dado aviso el P. Prior a otro Padre para que estuviese dispuesto para decirla, porque teníamos que irnos temprano al Convento de San Francisco. Acompañáronnos hasta dicho Convento, no sé si fueron dos Religiosos o uno sólo. Dichos Religiosos, desde el Prior hasta el Cocinero, estaban muy sentidos de lo mal que se había portado el Alcalde con los Padres de la [sic] Palencia, diciendo que apenas abría otro que les tratase peor, en medio de conversar y tratar antes con los Padres e ir varias veces al Colegio. Estando ya todos juntos, fuimos a rezar la Letanía de la Virgen al coro con nuestro P. Rector, y concluida, fuimos bajando nuestros hatillos llevándolos a los carros, y juntamente íbamos subiendo en ellos, y estando ya todos dispuestos, empezamos a caminar entre gran multitud de gente, entre muchos y grandes clamores, como queda dicho en la entrada.

Desde Palencia fuimos hacer mediodía a **Magad** [sic], principio de nuestros dolores y aflicción, como diremos más adelante. Apeamos en casa de un Sr. Sacerdote, don[18]de fuimos recibidos con mucho agrado; aquí se dispuso la comida, que no faltó por la misericordia del Señor, aunque éramos muchos. Después de haber comido nos fuimos a pasear un rato, mientras se hizo hora de partirnos, de suerte que no perdíamos de vista la casa para estar así prontos. Luego que oímos la caja del tambor, nos juntamos, y de allí a poco subimos a los carros para marchar. En este interim, que íbamos subiendo, vimos que andaba un propio del Sr. Villegas buscando al Capitán, que iba con nosotros, y aunque no sabíamos a que venía, ni qué traía, con todo eso lo mismo fue verle, que el corazón de algún otro empezó a angustiarse; y mucho más cuando al tiempo de salir de dicho lugar, mandan parar los carros y entrega el propio una carta a nuestro P. Rector y un pliego al Capitán, leyéndolo uno y otro, nuestro P. Rector la carta y el Capitán el pliego por un buen rato: acabado de leer la carta nuestro P. Rector, la hizo pedazos, dando a entender con aquella acción, aunque no con palabras, la buena cosecha que venía detrás de ella, pues luego que acabó se fue sin más detención, y sin hablar una palabra, derecho al carro, bien que traspasado del clavo, que después traspasó a todos. Esto quedó por entonces en silencio, sin saberse una palabra de lo que sería; y luego empezaron a caminar los carros y fuimos a parar a la villa de Torquemada. Hasta aquí llegaron los más con la misma alegría [19] con que habían salido de Villagarcía, no habiendo dado entrada en su corazón a sospecha alguna; pero otros, a quienes su corazón barruntaba poco más o menos lo que sucedería, iban ya apoderados de grande tristeza, y no faltó quien fuese llorando por el camino temiendo lo que había de suceder.

Entramos en dicha **villa de Torquemada** como a las 5 de la tarde, y apeamos en una casa de la calle larga, en donde nos repartieron para varias casa, dándonos orden de que procurásemos ir temprano, como los demás días, a aquella misma casa. Todo esto se decía con un disimulo que parecía no había de suceder cosa alguna, pero nuestro común enemigo empezó ya a perseguirnos en este lugar desde esta noche, pues ya no tuvimos tan buen recibimiento como en las partes pasadas; y así algunos, aunque nos recibían, daban bien a entender que no gustaban mucho de ello, y que sólo lo hacían porque la justicia así lo ordenaba: también nos disuadían con más tesón que en las otras partes, indicio verdaderamente grande de lo que habíamos de padecer allí. El dormitorio tampoco era tan bueno, porque de una cama teníamos que hacer dos, y siendo solos los dos los que estábamos en varias casas. Finalmente, nos decían que regularmente sucedería quedaríamos en España, sin poder seguir a los Padres, como ya noticiosos de alguna cosa; esta era la buena cena para dormir bien aquella noche. A la mañana siguiente procuramos levantarnos temprano, y a la verdad no nos costó mucho, porque el sueño no [20] era muy pesado, y me persuado que varios se levantaron insomnes habiendo pasado la noche en cavilar y pensar sobre lo que había de suceder. Después que nos desayunamos, fuimos algunos a la Iglesia para oír Misa; y después de

haberla oído, nos fuimos todos los que allí estábamos a la casa donde habíamos apeado, y estuvimos allí un gran rato, en tanto que se juntaban todos. Esta era la hora en que algunos permanecían con la misma alegría que antes: cuando he aquí que viendo estaban todos juntos, dan una palmada y empieza el Secretario de dicho lugar a leer un orden del Señor Conde de Aranda, en que mandaba detuviesen a los Novicios en el pueblo más cercano y cómodo, que dicho orden los encontrase, para que separados de los Padres y detenidos allí por algunos días, mirásemos y reflexionásemos mejor lo que nos convenía. Esto fue un clavo de nuevo dolor, que traspasó a todos, no sólo Hermanos, sino también a los Padres: allí no había diferencia del que antes estaba alegre y del que estaba triste, porque todos estaban de un mismo semblante. Allí era el ver, a unos que se dejaban caer junto a las paredes, llorando a más llorar; a otros recostados sobre unas mesas, dejando caer las lágrimas sobre ellas, a otros sin poder hablar una palabra, a otros finalmente suspirando y clamando por los Padres diciendo que no había consuelo si los Padres se apartaban de ellos. Y ¿cómo podremos pensar que estaban los Padres a vista [21] de estos espectáculos? Si penetrados de dolor estábamos nosotros por su ausencia, también lo estaban ellos por la nuestra; de suerte que muchos no tuvieron valor para abrazarnos, y los que lo tuvieron, fue para más aumentar su pena y dolor. Entre estos llantos y suspiros nuestro Padre Rector, que fue el primero que empezó a sufrir este clavo de dolor, no fue para darnos lo que es un abrazo, diciendo que esperaba en Dios que nos volvería a ver, exhortándonos para esto a la unión y caridad entre unos y otros, que orásemos mucho, pues por este medio alcanzaríamos lo que deseábamos y no entraríamos en la tentación, y tuviésemos entendido que de este ejercicio procuraría el demonio con todas sus fuerzas derribarnos: y porque tuviésemos un buen régimen, nombró por Superior al más antiguo, para que éste, y los cuatro que a él le seguían, como consultores, dispusiésemos nuestras distribuciones, añadiendo que todos hiciesen lo que ellos dispusiesen, dándonos por último algunos avisos en cuanto al modo de portarnos.

Concluido todo esto, se despidieron los Padres, pero, ¡con qué sentimiento! Cuando no faltó quien dijo que solo sentía no poder dejar el corazón entre los Hermanos Novicios; y bien se conoció que lo decía con todo corazón, pues para alivio de los Hermanos dejó algunas libras de chocolate de las pocas que llevaba y juntamente sesenta reales para si ocurría alguna necesidad. Este nuestro bienhechor fue el P. Manuel García, que actualmente era prefecto de los es[22]tudios en Villagarcía. Aquí era el ver la renovación de las lágrimas al tiempo de esta separación, pues fue separación de increíble sentimiento. Aquí ya muchos se miraban como huérfanos y todo era suspirar si sería posible volver a ver a los Padres. Viendo esto nuestro P. Ayudante nos hizo una consoladora exhortación, en que nos decía que estuviésemos ciertos de que seguiríamos a los Padres, si nos manteníamos firmes en nuestra vocación, y otras cosas a este tenor. Con esto se dispusieron nuestro carísimos Padres, dejando a los Novicios llenos de dolor y sin consuelo en aquella su partida.



Capítulo 5.º

De lo que pasó en la Villa de Torquemada en quince días que allí estuvimos.

Todo esto sucedió el día 8 por la mañana de dicho mes de abril, es a saber, la separación con todos sus efectos; siendo en esta sazón Alcaldes de dicho lugar, los Sres. Manuel Arnuncio, cuyo oficio era de tejedor, y Francisco N., cuyo oficio era de carretero. El Regidor se llamaba Manuel Caballero, y el Secretario un tal Colmenero. Estos dichos Sres., después de haberse partido los Padres como por espacio de una hora vinieron a repartirnos por las casas del lugar [23] la cual repartición solía ser de dos en dos, aun en alguna otra parte fueron a tres. El modo como esto se hacía era ir nombrando el Hermano más antiguo a los mismos Hermanos, y dichos Sres. los iban recibiendo por las casas más acomodadas que había en aquella villa; pero como estaba en su mano dicha repartición no tasaban muy bien a los Hermanos, porque condescendían a la petición de muchos que de propio intento pedían a los Hermanos más pequeños, y otros los mismos que habían tenido la noche antecedente, no con otro fin que para disuadirlos a que no siguiesen a los Padres: y con el mismo fin escogieron a los cuatro más pequeños el Regidor y el Secretario, como se puede ir notando en la misma relación. Los Alcaldes no llevaron alguno a su casa, pero dado caso que los hubieran llevado, era muy creíble fuesen por el mismo camino.

Mas aunque he dicho que procuraron repartirnos por las casas más acomodadas, no a todos les cupo la fortuna de estar con gusto; porque como éramos hasta unos 74 no fueron todos con igual cuidado tratados,y con igual gusto recibidos, como había sucedido en la noche antecedente; y así los pobres Hermanos tenían que sufrir por dos caminos: el mal tratamiento, por un lado, y por otro las cosas que les proponían para no seguir. Finalmente, después de estar ya todos distribuidos, se nos hizo dificultoso el dar aviso para juntarnos en [24] la Iglesia a tal hora de la tarde, para disponer entonces nuestras distribuciones; y tanto más cuanto no sabíamos las calles ni la casa, donde habían ido a parar los Hermanos. Esto no era por la grandeza de aquella villa, pues bien pequeña era, sino por que nosotros éramos noveles en ella. Pero quiso Dios llegasen aquella misma mañana los Padres de Salamanca, que y apeasen en la misma casa que nosotros, y tomamos ocasión de irlos a ver; y como nos juntásemos allí los más, dimos orden de que a las 2 ½ de la tarde fuesen todos a la Iglesia a rezar el Rosario. Así se hizo y entre tanto fuimos los dos más antiguos a estar con el Sr. Cura Párroco, para que nos diese licencia para nuestro ejercicios espirituales en la Iglesia: como era el oír misa, Oración, Examen, Rosario, etc., a lo que francamente nos dijo que no nos podía impedir el hacer tan santos ejercicios, que allí la teníamos por nuestra. Con esto fuimos al Sr. Alcalde Arnuncio, que era el que tenía el cargo de cuidar de nosotros, y este nos ofreció buscar una Capilla, que estaba pegada con la misma Iglesia, y para conseguirla fue necesario pedir licencia al Señor. Cura, y al Mayordomo, que tenía el cargo de dicha Capilla, y habiendo ido los tres a pedirla, luego al punto nos la nos la dieron. La Capilla era bastante capaz para tener allí todos juntos lección espiritual, y después pasar a oración a la Iglesia; era también buena para irnos a recrear [25] un poco el día que no hiciese para salir fuera, porque aunque la Capilla era pequeña, había no obstante un

salón bastante grande encima de la Capilla con sus bancos, porque era pieza para cuando se juntaban los congregantes de dicha Capilla; además de esto tenía otros dos o tres cuartos. Con esta preparación estábamos nosotros muy contentos y alegres; contento y alegría que nos duró poco, como después diremos.

Los Hermanos acudieron a la Iglesia a la hora señalada, donde estando todos juntos rezamos el Rosario cada uno de por si en el coro, que era bastante capaz. Acabado éste, visitamos los altares, y habiendo acabado de visitarlos, salimos a la puerta de la Iglesia, donde estaba el Sr. Alcalde Arnuncio y este nos condujo a la Capilla, de que ya hemos hecho mención. En esta Capilla, después de haber hecho reverencia al Santo Cristo que había en ella, subimos al salón y luego los cuatro consultores se retiraron a un cuarto más apartado en donde se dispusieron las distribuciones: porque aunque el más antiguo las llevaba ya hechas, fue necesario que las aprobasen los Consultores, y si alguna distribución les parecía que era necesario se mudase, así se haría, y sucedió en una que habiendo puesto el Hermano que hacía de superior la hora de oración, que se acostumbraba en la Compañía, un cuarto para ofrecer obras y media para oír Misa, les pareció a ellos que parecía más conveniente no hubiese más que una hora de oración por [26] la mañana junto con el ofrecer obras, y media para oír Misa. Aprobadas ya todas las distribuciones, pasamos al sitio donde estaban todos, y dada una palmada, las leyó en voz alta el Hermano más antiguo, las que todos recibieron con mucho gusto y agrado. Pero no por eso dejó de haber algún que otro que así no lo sintiese, especialmente cuando se dijo que se podían hacer las mismas penitencias que en Villagarcía, si había comodidad para ello, porque algún otro andaba diciendo que la penitencia, como era la disciplina, no sería posible hacer; bien es verdad que para este tal y algún otro, tan difícil era esta penitencia como todas los demás.

Las distribuciones de la tarde eran media hora para rezar el Rosario, un cuarto para visitar altares, media hora de lección espiritual, y otra media de oración, examen por la mañana y por la noche por espacio de un cuarto de hora. Todas estas distribuciones se empezaron a practicar el día siguiente; y se dijo también que los días que hiciese bueno saldríamos todos juntos a pasearnos. Acabado de leer todo esto, salimos en comunidad a pasear y como no supiésemos por dónde ir, salió con nosotros de guía dicho Sr. Alcalde. De este paseo vinimos a casa antes de ponerse el sol, porque también se había dado orden de que todos se recogiesen a casa antes de las oraciones. En este nuestro paseo se encontró un Hermano llamado Lorenzo Alaguero con un tío suyo que había venido a [27] Torquemada por noticia de que se habían quedado allí los Hermanos Novicios.

Dicho Hermano Lorenzo tuvo que resistir a las muchas insistencias que le hizo su tío, para que se fuese a casa de sus padres, que eran naturales de Valladolid; mas viendo nosotros esta tentación, mandamos al Hermano que se apartase de él y que siguiese a los demás, lo que llevó muy mal el tío, y nosotros nos valimos de esta ocasión para retirarnos presto a casa. El día siguiente se fue a la hora señalada a la Iglesia, se ofreció obras, tuvimos nuestra oración, después nos dijo la Misa el Capellán D. Francisco Antonio de los Cobos, en cuya casa estaban de posada los dos más antiguos, a quien se ofreció de muy buena gana a decirnos la Misa todos los días a la hora que nosotros determináramos. El ofrecer obras y la oración teníamos en el coro, y después para oír Misa bajábamos todos a las gradas del altar mayor, ayudando a Misa dos hermanos, y cuando habíamos de comulgar, íbamos todos con manteo; todo esto hicimos mientras nos fue permitido.

Habiendo acabado de oír Misa este día fuimos a la Capilla a hablar por un rato unos con otros, en donde quedó apalabrado que habíamos de ir a tener lección espiritual por la tarde; y habiendo comenzado a hacer nuestras distribuciones por la mañana, como estaba ordenado, no tuvimos el consuelo de poder gozar más que por esta mañana de la Capilla, porque el Alcalde, a impulso de no sé quién, nos privó pudiése[28]mos ir a aquella Capilla hacer nuestro ejercicios espirituales y a cualquiera otra cosa, como fuese para hacer juntas generales, alegando para esto, que no venían a bien los dueños de dicha Capilla en que tuviésemos semejantes ejercicios en ella, en medio de habérnosla concedido tan francamente, como queda dicho. Nosotros obedecimos y con esto mandamos que la lección espiritual se tuviese en las mismas posadas donde estaban repartidos, y acabada, vinieron todos a la misma hora a la Iglesia para tener oración; porque esto dijeron no nos podían impedir, como era el hacer los ejercicios espirituales en la Iglesia, bien que dentro de pocos días se les quitó este escrúpulo, como iremos diciendo. Estos ejercicios hicimos todos por espacio de cinco días, y entre ellos comulgamos una o dos veces al modo dicho; y el mismo método que queda insinuado guardamos en la Misa de dicho Don Francisco Antonio de los Cobos. En estos días íbamos todos juntos a campo, en que se hacía el recuento por ver si faltaba alguno, exceptuando a los que quedaban haciendo compañía a algún otro enfermo. En una de estos días llegó una carta de nuestro P. Rector a manos de D. Ignacio Zorrilla, dentro de la cual venía otra en nombre del Hermano más antiguo; la cual escribió nuestro P. Rector desde Villardrigo y dice así:

P. C.

Hijos míos y carísimos HH., tengo esta oca[29]sión de saludarlos in Domino a todos. Nosotros hemos llegado a Villardrigo sin novedad, gracias a Dios. Quiera su Majestad que todos mis Hermanos lo pasen bien de todos modos, en salud del cuerpo y alma, con esfuerzo y valor, pero especialmente con suma paz y unión de todos. Olvidóseme encargarles que después del Rosario, cuando le rezan juntos y acaso en la Iglesia, con devoción y despacio, echen un Padrenuestro y Ave María por el Rey Nuestro Señor y toda la Real familia y otro Padrenuestro y Ave María por todos los bienhechores. Vigilate et orate, ut non intretis in tentacionem. Encomendémonos a Dios recíprocamente orate pro invicem, ut salvemini. No hay tiempo para más. Adiós hijos míos hasta que nos volvamos a juntar; que los que estuvieren firmes lo lograrán.
Hoy miércoles 8 de abril.

De todos en el Señor
Jhs.
Julián Fonseca.

Esta la leyó el hermano más antiguo en el coro después de haber rezado el Rosario; con la cual nos consolamos mucho, y renovamos los deseos y esperanzas que teníamos de seguir a los Padres, pues a la verdad estaban algunos contristados de que no podrían volver a lograr la dicha de volverles a ver y poderles seguir. Ésta procuramos leerla de manera que sólo quedase entre nosotros sin que lo supiese alma ninguna del pueblo, y con [30] ella nos animábamos unos y otros a permanecer en nuestro piadoso intento. Mientras que nos fue lícito andar todos juntos y hacer juntos los ejercicios, tuvimos como confesor seguro, que fue dicho Sr. Don Ignacio Zorrilla, el que estaba en el confesionario desde las tres y media o cuatro de la tarde hasta ponerse el sol; y viendo que era mucha carga para uno solo, suplicamos a D. Pedro Rodríguez, Cura Párroco, que nos hiciese el favor de ayudar a confesar a Don Ignacio Zorrilla, porque éramos muchos y le dábamos mucho que hacer. Este Sr. Cura se nos ofreció a hacer con mucho gusto lo que se le suplicamos. Con estos dos nos confesamos todo el tiempo que hicimos cuerpo de comunidad, esto es, por el espacio de los cinco días en que teníamos todos juntos los ejercicios espirituales; pero después que

nos privaron de todo esto, se confesaba cada uno con quien le daba la gana, porque en aquella sazón había ido a Torquemada, para hacer la semana Santa, tres Religiosos además de un Carmelita descalzo, que había en dicho lugar cuando nosotros llegamos. De todos estos Religiosos tuvimos que sufrir lo que Dios sabe, como se puede ver en el discurso de esta relación. De los cuatro que allí se juntaron, a solo uno exceptuamos, y este fue un Carmelita Calzado que no se metía con nosotros en cosa alguna, antes bien, cuando algunos se confesaban con él, les exhortaba mucho a la observancia de las [31] Reglas de N. S. P. Ignacio, diciendo, que ya [que] no podíamos cumplirlas allí tan bien como cuando estábamos con la quietud de nuestro Noviciado, a lo menos hiciésemos lo posible para cumplirlas lo mejor que pudiésemos. Y así como fue sólo en la excepción, así fue el único que respondió prudentemente a algún otro hermano que fue a consultar con él su vocación en cuanto al seguir: y diciéndole que cómo se habrían en cuanto al seguir a los Padres , respondía que hiciesen todo lo posible para seguirles, y que si después de haber hecho todo esto, no lo podían conseguir, entonces tenían cumplido con su vocación.

En estos días se ofrecían muchas cosas en cuanto a nuestro gobierno, porque unos HH. venían diciendo que necesitaban les lavasen la ropa, y que sus amos no querían hacerlo, temiendo no se lo pagasen; otros que necesitaban de calzado, otros que necesitaban hacerse la barba y cortarse el pelo, otros que sus amos no gustaban de tenerlos en sus casas, diciendo que el gasto que hacían con ellos no había de tener paga alguna. Algún otro decía que era preciso mudarse a otra parte porque en la casa de sus amos había mucha incomodidad, principalmente en el dormir, viéndose precisado a dormir en el suelo por no haber lo suficiente en dichas casas. Otros, finalmente, que no les daban de desayunar por la mañana, y que el plato regalado del mediodía solía ser de puerros.

[32]Habiendo oído estas quejas de los Hermanos los dos más antiguos, luego, sin detención alguna, fueron a presentárselas al Sr. Alcalde Arnuncio, que, como queda dicho, era el que tenía el cuidado de nosotros; quien habiéndolas oído, dijo que él tomaría providencia sobre lo presentado, como en efecto lo hizo: pues luego encargó al Hermano más antiguo que cuando todos estuviesen juntos, dijesen su nombre, que entregasen a lavar la ropa a sus amas, diciendo, por orden de la Justicia, que así aquello como todo lo demás se les pagaría en la Real Hacienda. Luego al punto dio orden a un zapatero de que remendase los zapatos que le llevasen los PP. Novicios, notificándole la misma orden. Lo mismo hizo con el Médico, Boticario y Cirujano, a cuya casa acudían los HH. según su necesidad. También dio esta orden a todos aquellos que pensaban gastar en vano lo que gastaban con los PP. Novicios. Entonces se mudaron todos aquellos que tenían necesidad de hacerlo. Finalmente dio orden de que todos los días se les se les diese de desayunar y de comer lo mejor que pudiesen porque todo se lo habían de pagar; y según entendimos les daban cada día 4 reales para cada uno de los sujetos. Finalmente, mientras nosotros nos regíamos con nuestro ejercicios de comunidad, lo pasábamos pacíficamente; aunque en este tiempo no faltaban disuasiones a fin de que no siguiésemos a los Padres, pues esto era común a todos [33] aquéllos que se guiaban por el espíritu mundano y eran pocos o casi ninguno los que de ese espíritu no se dejaban llevar, persuadidos todos a que nos íbamos a perder si los seguíamos.

Y entre las muchas cosas que nos privaron para esto, una fue que no nos pudiésemos animar unos a otros para seguir a los Padres; porque no fuésemos, decían unos, causa de que otros se perdiesen si los seguían: tan ciegos estaban de lo que era la vida religiosa, pues tenían por dicha a una grande desdicha, como era quedarnos entre las borrascas y furiosas olas del mundo. Pero lo que más golpe nos daba era que en nada se diferenciaba en este punto el sacerdote como el secular, el Religioso como el labrador, y todo el populacho; pues no tuvimos de nuestra parte lo que se dice una persona de forma. Por que si el Sacerdote y el Religioso, que estaban más obligados a saber qué cosa era Religión y servir a Dios, no tenían escrúpulos en decirnos cosas muy impropias y ajenas de su estado, como se puede ver, y todo en orden a no seguir a los Padres ¿qué mucho, que el

populacho, viendo que los Sacerdotes, Escribas y Fariseos acusaban tan cruelmente a Jesucristo, como malhechor y alborotador de los pueblos, se rindiesen al parecer de aquellos hombres doctos y sabios y juzgasen ser verdadero lo que ellos juzgaban?. Pues para que se vea hasta dónde llegó nuestra persecución, así de unos como de otros, [34] empezaré a referirlo en esta forma.

El día 11 de dicho mes de abril, día de Ramos, y día 5 de nuestra llegada a Torquemada, nos prohibieron hacer cuerpo de comunidad; para lo cual fueron a casa de Don Francisco Antonio de los Cobos los Sres. Regidor y Alcalde con los capítulos que ahora diremos, pero como no estuviesen en casa los dos Hermanos más antiguos, por estar ocupados con el otro Sr. Alcalde Arnuncio, se los entregaron a dicho Sr. Capellán, para que éste se los entregase en nombre de ellos al que hacía de superior, y éste los hiciese saber a todos los demás PP. Novicios, diciendo que era orden de su S. R. Majestad. Los cuales dicen así:

1º Que no nos juntemos en la Iglesia, ni en otro parte alguna a hacer nuestro ejercicios espirituales, y a mucho menos a tener otras juntas; diciendo a los dos más antiguos, que no se metiesen en ordenar y mandar a los demás P.P. Novicios: que aunque era verdad que delante de ellos había nombrado por Superior al más antiguo el P. Rector, con todo eso decían, que allí no debía mandar nuestro P. Rector, porque éramos vasallos del Rey y no religiosos, y que cada uno fuese a la Iglesia a la hora que quisiese y pareciese, con tal que no fuese de comunidad.

2º Que no fuésemos a las casa de los otros HH. a vernos unos a otros, ni aun a visitar a los que se hallaban enfermos.

3º Que no saliésemos a pasear más que los dos o tres que estábamos juntos [35] y esto había de ser pidiendo licencia al mismo amo, o saliendo con él a pasear.

4º Que cuando encontrásemos a algunos HH. en el paseo, no nos parásemos a hablar con ellos, sino que después de haberles saludado nos pasásemos de largo.

5º Que no nos animásemos unos a otros, que dejásemos que cada uno lo consultase y mirase para sí lo que más le convenía; porque, como he dicho, decían, que no fuésemos unos causa de que otros se perdiesen, teniendo por pérdida seguir a los Padres.

6º Que no admitiésemos los dos más antiguos a los que fuesen a nuestra casa, diciendo que la Justicia había mandado que no fuesen como antes a consultar sus cosas con ellos. Al mismo tiempo nos dijo el Sr. Capellán que supuesto habían privado que fuesen a sus casas, que no les diésemos entrada cuando viniesen: y así sucedió varias veces, que yendo algunos a estar con nosotros, les decíamos lo que dicho Capellán nos había dicho, los que viendo esto se volvían a sus casas. Pero aunque nosotros obedecíamos por entonces puntualmente, pedimos, no obstante, que nos notificasen la Orden Real, que decían haber recibido, y que nos privaban todo lo dicho: a esto respondían ellos que no era necesario mostrarla, sino que bastaba que ellos lo dijesen de palabra. Al oír nosotros esto, fuimos los dos a casa del Sr. Cura Párroco, a quien propusimos si estábamos obligados o no a obedecer [36] a lo que nos habían privado, sin que nos notificasen la orden, principalmente a lo que él y la misma justicia nos había concedido francamente, como era hacer los ejercicios espirituales en la Iglesia todos juntos. La respuesta fue que lo mejor que podíamos hacer era obedecer a la justicia, porque bastaba que ellos lo dijesen.

De aquí se podrá colegir cuán trocado estaba este Sr. Cura, pues habiéndonos concedido al principio con mucho contento el hacer los ejercicios espirituales en la Iglesia y habiéndonos dicho que no nos lo podía impedir, ni él ni la justicia, en medio de eso sale ahora diciendo que bastaba que la justicia lo dijese para que obedeciésemos. Nosotros así lo hicimos; pero no sosegados con esta respuesta, y mucho menos por no habérsenos comunicado la orden, fuimos a casa del Señor Secretario, el más antiguo con otros dos a darle las quejas de no habérsenos notificado la orden, que decían sus compañeros había venido de Su Real Majestad, en la que nos privaba hacer todo lo

referido, en medio de habernos dicho que no nos lo podían impedir. A estas muchas razones, que propusimos a dicho Sr. Secretario, respondió prudentemente en esta forma:

"*Lo que yo les puedo asegurar a Vds. es que no ha venido orden alguna y así todas las órdenes que les han dado a Vds. ha sido extrajudiciales , porque intrajudiciales ninguna ha habido; pero la causa (prosiguió el Secretario) porque se les ha privado a Vds. el hacer juntas generales y el comunicarse mutuamente, ha sido para que* [37] *no se animen unos a otros, entendiendo que Vds. en dichas juntas exhortaban a los demás a que siguiesen, y que entonces eran causa de que ellos no reflexionasen el inconveniente que había en seguir a los Padres; y así yo, a los dos que tengo en casa, no les privo que sigan a los Padres si conocen que lo deben de hacer así, pero con todo eso les pongo delante de los ojos los grandes inconvenientes y peligros en que se verán si los siguen. Pero eso es cierto", prosiguió el mismo, "que me admiro de que les hayan privado a Vds. el hacer sus ejercicios espirituales en la Iglesia, ni sé cómo lo han podido hacer, y meterse en tales cosas. Yo jamás llegué a persuadirme a que harían esto último: en cuanto a los demás sólo ha sido por la sospecha de que unos a otros se exhortaban y animaban a seguir a los Padres*".

A lo cual replicamos nosotros, que si había razón para que nos privasen el animarnos unos a otros, ¿por qué no la había de haber también para privar a todo el pueblo el persuadirnos lo contrario, pues había muy pocos o ninguno que dejase de disuadirnos el seguir a los Padres?. A esto respondió que ellos pensaban hacernos mucho bien en esto, teniendo por mejor el que nos fuésemos a nuestras casa, que el exponernos a muchos y grandes peligros, que decían había en el seguir. Finalmente concluyó el Secretario con decir que podíamos hacer nuestro ejercicios espirituales en la Iglesia como antes; porque esto le parecía que no estaba bien privado, añadiendo que podíamos dejar lo demás para que no se notase tanto. Con esto salimos de dicha casa muy contentos por haber conseguido lo principal, que era hacer los ejer[38]cicios espirituales todos juntos, pero presto se nos acabó esta alegría, como después diremos. Todo esto sucedió el día sexto de nuestra llegada a Torquemada.

Nosotros volvimos a dar aviso a los HH. para que prosiguiesen desde el día 7 haciendo las mismas distribuciones y ejercicios que antes, y a la misma hora en que estaban repartidas desde su principio, esto es, en lo perteneciente a los ejercicios espirituales; pero he aquí, que en el mismo día, saben el Regidor y el Alcalde por soplo no sé de quién, todo lo que había sucedido en casa del Sr. Secretario, lo que éste nos había dicho en cuanto a los ejercicios espirituales, y finalmente la resolución con que nosotros habíamos vuelto a dar orden de juntarnos a dichos ejercicios, por impulso del mismo Secretario. Luego al punto fueron dichos Sres. a casa del Sr. Capellán en busca de los dos Padres Novicios, y diciéndoles que estaban en el cuarto de arriba, al punto subieron a dicha pieza, y habiéndolos saludado, empieza el Regidor a hablar en esta forma: "*Hemos sabido la resolución que Vds. han tomado de volver a hacer cuerpo de comunidad y juntarse a sus ejercicios espirituales, y en vista de esto estábamos resueltos de no menearnos, hasta que todos se juntasen en la Iglesia, y allí darles a Vds. que sentir con palabras que de ninguna manera quisiéramos oír, porque bastaba que nosotros lo hubiéramos mandado para que obedeciesen; y ya les hemos dicho a Vds. que aquí no manda el P. Rector; Vds. son vasallos del Rey, y por tanto* [39] *deben Vds. estar sujetos a lo que el Rey mandase*", y volviéndose al más antiguo dijo: " *y así no se meta Vd. a ordenar cosa alguna, dejar que cada uno ande por donde quiera y que haga sus ejercicios cuando quiera"*. Y prosiguiendo dijo así: "*La causa porque nos detuvimos de ir a la Iglesia, a darles a Vds. que sentir, no fue otra que el quererles bien, y por verles vestidos de la ropa de la Compañía; porque yo he sido criado con los jesuitas, y no era razón que yo me portara de esa manera; y a la verdad siento grandemente todo lo que pasa con la Compañía, aunque no fuera más que por haberme criado, como he dicho, entre los hijos de ell*a".

Nosotros a todo esto respondimos, que habiendo ido a casa del Sr. Secretario a que nos notificase la orden que ellos nos habían dado, nos dijo dicho Señor que ninguna orden intrajudicial había venido, que todas las que ellos nos habían dado eran extrajudiciales y que en vista de esto, como ellos mismos nos habían dicho que podíamos seguir con nuestro ejercicios espirituales en la Iglesia, pareciéndole que no nos podían impedir lo tocante a este punto y guiados nosotros de este consejo dimos luego al punto aviso, para empezar a hacerlos. Entonces respondieron a esto, diciendo que el Secretario no debía meterse en aquello, ni ordenar ni mandar cosa alguna, porque en esta sazón, decían, no importaba cosa alguna al Secretario, ni debía meterse por tanto en lo que no le tocaba; pues que ellos habían dado la orden, bien sabían cómo la habían dado, y por tanto que si no queríamos tener qué sentir, obedeciésemos a lo [40] que se nos mandaba. A esto respondimos que obedeceríamos, pero que tampoco era razón que si alguno se hallaba enfermo, nos privasen de ir a visitarlos, porque esto era contra toda caridad; a lo cual respondió el Regidor que a sólo dos, a saber, los más antiguos, concedía aquello, y dicho esto se despidieron.

Además de estas contradicciones se llegaban otras no menos pesadas de los tres mencionados Religiosos, y son las siguientes. La **1ª** y mayor fue decir que pecábamos mortalmente si seguíamos a los Padres. La **2ª** que estando una vez disuadiendo a unos Hermanos, poniéndoles delante los grandes embarazos que había, los peligros grandes y grandes trabajos que habría que padecer para seguir a los PP., respondieron dichos Hermanos en esta forma: por medio de los trabajos alcanzaremos ser mártires de Jesucristo, pues primero los padeció Él por nosotros; a lo que respondieron los Frailes que sí seriamos mártires, pero del diablo, que estábamos embaucados de sus embustes y engaños de los PP. y otras cosas que no parece bien que se digan. **3ª** Decían ya la Compañía para España se había acabado, que otras Religiones había en el mismo Reino donde servir a Dios tan bien como en la Compañía, y quererle servir en aquella sazón en ella era irnos a perder; y para esto, ellos mismos prometían escribir a sus Padres Generales para que recibiesen en sus Religión a los que quisiesen entrar en ella; y entre tanto ofrecían dar una cédula de su mano para ser recibidos, y en efecto la dieron [41] a uno o dos que redujeron a ello, pero no se ha sabido en qué ha parado el negocio. **4ª** Una de las cosas que frecuentemente repetían era que en conciencia no debíamos seguir a los Padres y de esto tuvimos mucho los dos antiguos a quienes procuraban con todo esfuerzo derribar, principalmente cuando íbamos a casa del Señor Alcalde Arnuncio en cuya casa moraba uno de los tres Religiosos arriba citados; éste era Recoleto de la Orden de San Francisco, quien procuraba con muchas y poderosas razones disuadir el seguir a los Padres. Éste luego que entrábamos en dicha casa empezaba a disputar y traer razones, con que en conciencia, decía, estábamos obligados a no seguirles; que era una temeridad y grande locura, si dejados llevar del amor a los Padres y del fervor del Noviciado, les seguíamos; que él se ofrecía a escribir a su P. General para que nos recibiese en su Orden. Pero respondiéndoles que nuestra vocación había sido a la Compañía y no a otra Religión alguna, y que por tanto queríamos y debíamos seguirles hasta más no poder, y que si hecho esto no podíamos seguirles, que era lo que deseábamos, tendríamos el consuelo de poder decir que habíamos cumplido con nuestra vocación. Luego replicaba a esto, y decía que, aunque nuestra vocación había sido a la Compañía, y que si quedara en España estábamos obligados a seguir, con todo eso no milita la misma razón, ni hay esta obligación, y daba la causa, (pero muy ajena y extraña a nuestras Constituciones), diciendo [42] que nosotros habíamos entrado en la Compañía y no en otra parte alguna, pero que ya estaba deshecha esta razón, por haberse acabado la Compañía en dicho Reino. Nuestra respuesta fue que todo lo contrario mandaba nuestro Instituto, y consiguientemente estábamos obligados a seguirles. Además de esto les dijimos que estábamos obligados a seguir a la Compañía, mientras nos fuese posible, por los votos que ha teníamos hecho de devoción; a lo cual respondió, que tan religiosos nos hacían aquellos votos, como si no los hubiéramos hecho, y que tanto significábamos por entonces, como los niños, que andan a la escuela; y por ejemplo nos puso delante a uno de los que tenía el Alcalde, diciendo: "*¿ Ven Vds. a este niño? Pues lo mismo denotan por ahora, sólo que este niño está sin la ropa y Vds. con ella, y no hay otra diferencia*". Sobre esto, prosigue el mismo Religioso y dice que

no seamos bobos, que déjense de hacer una temeridad tan grande, porque en conciencia no pueden Vds. seguirles, y así lo más acertado será que escriban Vds. a sus Padres diciéndoles que no era razón los siguieran saliendo del Reino de España; y que esto lo tenía él por lo mejor. Nuestra respuesta fue que como Religioso mirase por su conciencia, y que no nos quisiese apartar del camino a que Dios nos había llamado, pues que nosotros bien vista teníamos la nuestra. Responde a esto, y dice que si tuviera escrúpulo en decir lo que nos había dicho, se retractara, y que jamás nos hubiera aconsejado tales cosas si no [43] juzgara que el decirlas era para nuestro bien; y por último añadía que así le parecía descargaba su conciencia. **5ª** Otro Religioso Carmelita Descalzo se valió de la estratagema siguiente para hacer caer de su piadoso intento a muchos Hermanos. Éste no sabiendo cómo poder derribar del estado que querían emprender los que a Jesús querían seguir, se hubo de recoger a sus solas, para deliberar el medio más oportuno para salir con su intento; pero al cabo no hubo de encontrar otro mejor que el que se sigue. Este Religioso, juzgando que sería disuadir en vano a todos aquellos que llevasen más de un año de Noviciado, tomó la determinación de ir por las posadas, y en cada una de ellas y en cada una de ellas [sic repetido] preguntar si había allí Padres Novicios. Si le respondían que sí, volvía a preguntar que cuánto tiempo llevaban de Noviciado. Si le decían que ya pasaba del año, se partía a otra parte, diciendo que con aquellos no se atrevía. Llegaba a otra, hacía las mismas preguntas; y si a la última le respondían que no llevaban más que cuatro o cinco meses, o que no llegaban al año, entonces entraba dentro y extendía las velas de toda su elocuencia, proponiendo todas las dificultades y poderosas razones que había para no seguir a los Padres, persuadiéndoles al mismo tiempo que el no seguirles era lo mejor que podían hacer. Con estos era con quienes él se atrevía, como solía él mismo decir.

Otras contradicciones [44] había particulares, esto es, a sujetos determinados como era el enviar sus padres caballerías para que se fuesen a casa y dejasen el camino empezado de seguir a Jesucristo en la Compañía, porque decían que otras Religiones había en España donde poderle servir, y que no era razón les amparasen alejándose de ellos; y para conseguir esto se valían de las astucias que les movía su espíritu bien remoto del de Jesucristo, como ahora lo podemos ver. A uno que era natural de Oviedo, llamado Mauricio Vélez Cosío, le envió su madre caballería con su criado, diciéndole que fuese cuanto antes a casa, porque de pesadumbre estaba Sacramentada, y que sin remedio moriría si no iba a casa. Este Hermano era aún pequeño, y luego se rindió al oír esto, aunque tuvo que aguardar hasta el despojo de Palencia, así él como el criado, como después se dirá. Al Hermano Juan Francisco Landa le vino también caballería, la cual trajo un primo hermano suyo; a éste por espacio de tres o cuatro días le resistió dicho Hermano valerosamente, de tal manera que le hizo volver a Bilbao de donde había venido, despachándole con estas palabras, que él no iría a casa mientras tuviese cabida de seguir a la Compañía . Pero al fin se vio este buen Hermano (que lo era realidad) tan afligido en el despojo de Palencia, que se vio precisado a desistir; aunque no es de maravillar que en lance tal como este, faltase así el Hermano como los demás, que en tal ocasión faltaron. De Navarra vinieron por el [45] H. Francisco Ordoquio, quien por entonces hizo resistencia haciendo volver a casa al criado; pero como después aflojase en la vocación, fue el primero que desistió en Torquemada. El H. Lorenzo Agüero resistió con mucho esfuerzo a un tío suyo, que como dijimos arriba había venido de Valladolid; y no solo resistió a éste, sino también a otros muchos de la misma ciudad que le incitaron para que se fuese a casa de sus padres, y por más que le dijeron que a lo menos escribiese a su padre, no quiso hacerlo mientras no tuviese licencia del Hermano más antiguo, quien habiéndole concedido facultad para ello, le escribió, y no quiso enviarla sin mostrarla primero al mismo Hermano, y a la verdad era uno de los más obedientes que había. En ella ponía muchas cosas edificativas, entre ellas había ésta: que primero quería derramar toda su sangre por la Compañía que volverse al siglo. Pero como el demonio es tan astuto, y siempre persigue más a los más virtuosos, le trajo a este buen Hermano, de allí algunos días, muy afligido, como diremos en la prueba que nos hicieron el Viernes Santo en Torquemada, y lo que más adelante sucedió a dicho Hermano.

Otras semejantes a estas sucedieron a otros HH.; pero lo mas de maravillar es que no haciéndolo los propios de su casa, lo querían hacer los propios amos que los tenían en sus casas, como se puede ver en lo que hicieron con el H. Juan Capistrano Chaves, natural de Trujillo en Extremadura. Este estaba en casa del Regidor y tenía por compañero al H.[46]Ruperto Torrente, ambos eran pequeñitos, por lo cual procuraron con mucha instancia reducirles a que se fuesen a casa de sus padres; y como hubiesen padecido ya muchas contradicciones, sin que en ellos hubiesen hecho mella alguna, procuraron una mañana que el dicho primer Hermano se vistiese de seglar, habiéndole escondido por la noche la sotana. El Hermano luego que se vio sin ella a la mañana, no se quiso vestir hasta que se la trajeron. Estos dos HH. tuvieron mucho que padecer en dicha casa, porque desde el primer día que nos separaron de los Padres, apenas les dejaban salir de su casa, a no ser que fuese para salir a pasear con el mismo Regidor y su mujer, y otros señores y señoras; de donde nacía que aun los días que hacíamos los ejercicios todos juntos, por lo regular faltaban estos dos HH., ni salían a pasear con nosotros, ni aun casi tratar les dejaban, y todo a fin de que no les aconsejásemos el seguir a los Padres. Y así hacían dichas personas cosas impropias de la Religión Cristiana, como era llevar así a estos Hermanos como también algunos otros a las bodegas con buena merienda, en compañía de hombres y mujeres, haciendo beber a alguno que otro (según lo que una vez pudimos ver los dos más antiguos una vez viniendo de paseo, y encontrrándolos por causalidad) más de lo que permite la Ley de dios; y basta esto para el buen inteligente. Por tanto no diré otra cosa de estos HH.; sólo diré, que las funciones graves de Miércoles, Jueves y Viernes Santo, más parecían funciones de comedia que funciones de [47] Iglesia: porque así los Frailes como los Curas procuraban ansiosamente que los HH. echasen las lamentaciones de Jeremías, y como los más de ellos eran de los más pequeños causaban muchas risadas, y después les hacían cantar el Miserere, en donde con corta diferencia sucedía lo mismo. El día de Resurrección hicieron tocar el órgano y cantar la Misa a dos HH. Coadjutores, los que se llevaban más la atención que el mismo Sacrificio, por lo menos de todos aquellos que estaban en el coro. Así acabaron estas funciones.

Finalmente, las contradicciones que generalmente tuvimos todos fueron las que se siguen: suponiendo antes que todas ellas provenían de todo género de personas, y muy pocas o ninguna había en nuestro favor. Alguna otra que se quería mostrar afecta no se atrevía favorecernos, propter timorem. Decíannos que éramos unos locos si seguíamos a los Padres, que nos íbamos a perder conocidamente, que íbamos contra la voluntad de S. R. Majestad y como les replicásemos que S.R. Majestad no nos privaba en la Pragmática Sanción el seguir a los Padres, antes bien lo dejaba a nuestro libre albedrío, se oponían diciendo que, aunque el Rey precisamente no nos lo impedía, pero que lo daba bien a entender por lo que se refiere en dicha pragmática, a saber, que iríamos sin estipendio o socorro alguno; que aunque al principio no recibiesen los Padres, no nos querrían recibir, que ellos ya se habían embarcado y que tendríamos que ir a pié y por tierra hasta Roma; que nos sucederían muchas desgracias en el camino, principal[48]mente no llevando pasaporte, como efectivamente no nos lo darían; que llegando alguna Plaza de Armas, nos harían vestir la casaca de soldados blanquillo*; que en Palencia estaban haciendo vestidos para vestirnos a todos de seglar; que si seguimos a los Padres, nos sucederían las mismas cosas que sucedieron a los Padres portugueses, es a saber, el estar imprisionados y sin órdenes, aun cuando llegáramos a sazón de poderlas recibir. Pero dejando a otras muchas semejantes a éstas, y todas a fin de que desistiésemos de nuestro buen intento, sea la última: que hacíamos muy mal en seguir a los Padres, porque ellos solos eran los culpados, como S.R. Majestad lo daba a entender en la Pragmática, y a nosotros, porque nos juzgaba inocentes, nos daba libre albedrío para irnos a nuestras casas. Una de las razones, que daban, para decir que estaban culpados los Padres, y con que se confirmaba su dicho, era que el Rey lo había consultado con el Sumo Pontífice, y que habiendo visto sus delitos, vino con el Rey en desterrarlos. Pero como nosotros respondiésemos a estas palabras que tan culpados estaban los Padres como los Novicios, dijeron que eso era hablar mal contra el Rey y decir que mentía, y que si lo llegaba a saber lo pasaríamos muy mal; tan dañados estaban aquellos corazones.

El día 17 de dicho mes, como entre 9 ó 10 de la mañana del Viernes Santo llegaron a dicha villa de Torquemada uno o dos carros de ropa de seglar que traían de Villagarcía, los cuales fueron a parar a la casa del Ayuntamiento, que estaba en la plazuela; con la cual llegada [49] se contristaron mucho los HH., pensando que aquella sería la vez que forzosamente nos enviarían a nuestras casas, y mucho más cuando veían a la gente que, como si hubieran alcanzado una gran victoria, gritaban diciendo que habían salido con la suya, y que ya no había otro remedio que irnos a nuestras casas, como antes ellos nos decían. Algunos no se pudieron contener hasta saber la causa de la venida de la ropa, y por esto fueron a preguntar luego al punto que ¿qué significaba aquella llegada de ropa? Y respondieron que era para vestir de seglar a todo el que quisiese volverse a su casa; pero esto mejor se supo en la prueba que hubo por la tarde, y es de advertir que todo esto provino de 3 ó 4 Hermanos que [no] solamente procuraban perderse a si mismos, sino también a otros. Los cuales, habiendo pedido a los Alcaldes el irse a sus casas, fueron la causa de que enviasen a Villagarcía por la ropa y de donde tomaron ocasión para probar a todos, como ahora diremos en lo que sigue.

Serían cerca de las 12 de la mañana, cuando el Pregonero de dicha villa, haciendo el oficio de Distributario*, a la voz de pregón dio la distribución siguiente: *Los PP. Novicios que se hallaren alojados en estas casas se juntarán por orden de la Justicia a la una de la tarde en la casa del Ayuntamiento.* Esto mismo repetía por otras donde se hallaban los Novicios. Este mediodía a cosa de las 12, antes que nos reuniésemos, supimos que había llegado nuestro P. Provincial Ignacio Osorio a dicha villa; y con esta ocasión, antes que [50] llegase la hora citada, procuramos ir a verle: le dijimos cómo estábamos citados para una prueba que nos querían hacer aquella tarde, y entre otras muchas cosas le dijimos que nos habían dicho que aunque nos dejaran seguir a los Padres, no nos querrían recibir sus mercedes llegando a Italia, ni nos querrían mantener. A lo que respondió su Reverencia que aunque tuvieran que ponerse delante de nuestro M.R.P. General y pedirle facultad para poder salir con unas alforjas a pedir limosna para mantenernos, que lo harían sin duda; para que viésemos cuán lejos debíamos estar de creer aquellas boberías. Con estas y semejantes palabras que nuestro P. Provincial nos dijo nos consolamos en gran manera, y a la verdad debíamos tener semejante Padre para semejantes circunstancias. Y así el H. Francisco Pilar, que actualmente era distributario en Villagarcía, cobró ánimo y aliento, pues le había perdido de tal manera que estaba *omnino* resuelto a desistir aquella tarde; bien es verdad que le habían trastornado aquellos tres o cuatro HH. arriba citados, que sus embustes le habían persuadido a ello, pero como queda dicho cobró ánimo con aquellas palabras, para vencer aquellos obstáculos, como los venció por todo el tiempo que estuvimos en Torquemada; aunque después en la desnudez de Palencia faltó, como otros muchos.

Finalmente llegó la hora de nuestra junta, y estando ya todos juntos en la plaza, vino la justicia [51] y entramos en dicha casa de Ayuntamiento; nos metieron a todos en un cuarto y en otro se pusieron el Secretario y los Alcaldes, para ir tomando cada uno de por sí la firma. Hecho esto, el Regidor iba llamando a los HH. por su antigüedad, y luego que uno llegaba a la mesa, daba el Regidor la carta del Sr. Villegas a leer, en la cual decía: que la causa de haber enviado aquellos vestidos era para que los que quisiesen irse a sus casas se vistiesen de seglares. Para esto tenían dos papeles, que contenían esta palabras: el uno *Lista de los que quisieren seguir a los Padres desterrados,* el otro, *de los que quisieren escoger la libertad de irse a sus casa.* Con esto, el que quería seguir, firmaba en un papel; y el que no, en otro. Los que iban firmando, no volvían a entrar en aquel cuarto, en que estaban todos. La causa de esto será la que se sigue. Sucedió que habiendo firmado los cuatro más antiguos el seguir a los Padres, entró el Regidor en el cuarto donde estaban todos los HH. que no habían firmado, e instigado no del buen espíritu dijo que de los cuatro más antiguos que habían firmado, los tres habían desistido; vean qué boca de verdad es ésta. Y así, en entrando el quinto Hermano en el cuarto en que estaban los cuatro que habían firmado, preguntó con asombro ¿quiénes son los tres que han desistido?. Nosotros conociendo la malicia y fraude de nuestro común enemigo, respondimos no menos admirados que ninguno de los cuatro había [52]

desistido. El Hermano replicó ¿cómo puede ser eso, si el Regidor antes que yo firmase entró en el cuarto y nos dijo que de los cuatro más antiguos los tres habían faltado?. Entonces respondimos que todo aquello era una malicia de ellos, porque no podían sufrir ni tolerar el ver que todos iban firmando hasta allí. Y así a los más, aunque no a todos, les decía al tiempo de firmar el Regidor los grandes peligros que había en seguir a los Padres. Este mismo redujo a uno de los que tenía en su casa a que no siguiese, y fue al H. Juan Capistrano Chaves, de quien hablamos al principio de este capítulo, y para esto no permitió que se juntase en la plaza hasta que ellos viniesen, temiendo que le redujesen a lo contrario los HH.. El otro compañero, que era el H. Ruperto Torrente, tuvo que salirse de su casa, no por otro fin que por no haberse querido ir a casa de sus padres, y estuvo solo en una casa hasta que vino la orden de fuéramos conducidos a Palencia.

De setenta y cuatro que éramos los que firmábamos en esta prueba, faltaron hasta unos catorce; de los cuales, excepto uno, ninguno fue a ver a nuestro P. Provincial. Pero no pasaré en blanco lo que aconteció con el H. Lorenzo Alaguero, el cual, habiendo resistido como habemos visto a tantas contradicciones tan valerosamente desde el principio, en esta ocasión vino a faltar; bien que luego se arrepintió de ello. El caso fue de esta manera. Este Hermano con las contradicciones que había tenido, no sólo de los [53] suyos, sino también de los del lugar, vino a vacilar en este tiempo de tal manera que se resolvió el firmar a no seguir. Pero según lo que oímos de su boca, al mismo tiempo de firmar le vino como una fuerte inspiración de seguir a la Compañía de Jesús, a quien él había amado tiernamente hasta allí, y la tenía aún muy en su corazón, como en efecto firmó el seguir. Pero como el diablo es tan astuto, no le dejó sosegar, hasta que le hizo firmar lo contrario, como después lo hizo, arrepintiéndose de lo hecho. Mas habiendo atropellado por esto, llegó la noche, la que fue un continuo dolor y lágrimas, de suerte que, según decía, parecía se le partía el corazón cuando se le venía el pensamiento que había sido rebelde a su Madre la compañía; y no pudiendo dormir ni sosegar, se fue a casa del Regidor a decirle que él quería seguir a los Padres porque no sabía lo que había hecho, pero como le fuese respondido que ya no había remedio, porque había enviado un propio al Sr. Villegas con la lista de los que habían faltado, se fue muy desconsolado y lloroso a su casa, hasta mañana siguiente que fue con otro Hermano a buscar al más antiguo a contarle todo lo que le había pasado. Luego al punto determinaron escribir una carta al Sr. Villegas, llena de mil lástimas, capaz de rendir al más duro corazón, hasta pedirle que por la Virgen Santísima y su Purísima Concepción lo dejase seguir a los Padres, porque acaso moriría [54] de pena si no se lo concedía. Para esto buscamos un propio que llevase esta carta, dándole un peso duro por esto, y después cuando volviese 10 reales, pues ese fue el ajuste; y para esto tuvimos que ir a pedirlo a un Hermano. Pero el negocio así quedó, porque antes que volviese, ya estábamos todos en Palencia, como después diremos. Habiendo acabado de firmar todos, nos fuimos en derechura a la Iglesia a oir el Sermón del Mandato, que predicaba un fraile Agustino. Y este fue el tercer Religioso que platicaba y predicaba a los Hermanos que no siguiesen a los Padres.

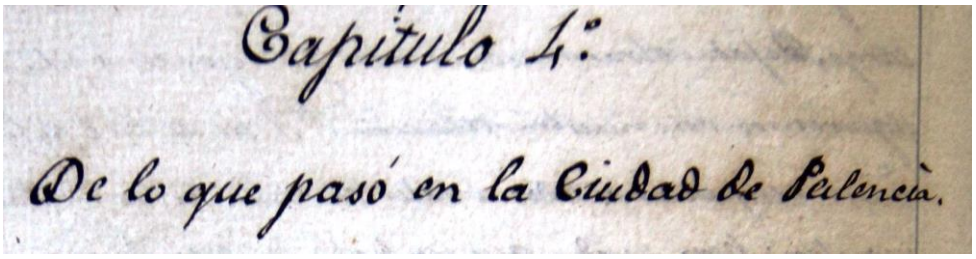
El Sábado Santo a la mañana hubo otro pregón que decía que todos los PP. Novicios, que habían firmado irse a sus casas, se juntasen a la una y media de la tarde en la casa del Ayuntamiento por orden de la justicia. Esto no era para otra cosa que para dar a cada uno la ropa de seglar: pero porque no sabían los Alcaldes qué habían de hacer con ellos, o cómo los habían de enviar a sus casas, por eso se detuvieron allí hasta que viniese el propio que había ido al Sr. Villegas, y llevaba también esa incumbencia. Pero algún que otro de los HH. no aguardó a que viniese el propio para vestirse de seglar; aunque por de fuera procuraba disimularlo con la ropa y manteo. Entre tanto andaban también entre los demás Hermanos todos los que habían desistido; pero no dejaban de manifestar algún empacho y vergüenza, cuando entre ellos andaban. Pero yo no sé qué se tenían que los que habían desistido parecían ya otra gente, con quienes [55] ya no se gustaba de andar.

El Domingo de Pascua asistimos casi todos a la Procesión con nuestros manteos y bonetes: en la Misa tocó un H. Coadjutor el órgano, y otro cantó a instancias que les hicieron, como ya se apuntó arriba. En esta mañana llegó un correo en que venía una orden del Sr. Conde de Aranda; y queriendo el Secretario y el Alcalde que se dijese un pregón para que nos juntásemos en la casa del Ayuntamiento para la una de la tarde, les suplicamos que lo hiciesen antes de comer, como en efecto lo hicieron. Luego al punto fue el pregonero avisando a todos para que se juntasen cuanto antes. Estando ya todos juntos, entramos en la casa y subimos a un cuarto en los altos de arriba; y sentados todos, empezó a leer el orden el Secretario, que en sustancia decía que nos remitiesen cuanto antes a la disposición del Alcalde Mayor de Palencia. Luego nos dijeron que nos preparásemos para el día siguiente, que era lunes de Pascua, y que entre tanto enviarían por carros por todos aquellos contornos. Con esta ocasión revistieron los HH., que habían desistido, sus vestidos seglares porque el orden a ninguno exceptuaba, sino que a todos incluía. De donde se puede inferir, sin grande juicio temerario, que todo lo que habían hecho con nosotros hasta aquel día, era sin parte ni consejo de la Corte. Y por consiguiente todas aquellas órdenes que se decían reales provenían de aquellos 3 Religiosos con todos sus secuaces.

Llegó el lunes, día citado para la marcha, y pensando que ésta sería a las 7 de la mañana, como ellos nos habían di[56]cho, preparados como estábamos, oímos un pregón en que se decía que estuviésemos preparados para marchar el día siguiente, de suerte que estuviésemos todos para las 7 de la mañana fuera de la villa, donde estarían los carros ya prevenidos. Para esto, dijeron, procurarían que nos dijesen la Misa a las 3 ½ o 4. de la mañana, como en efecto se hizo. Los más se desayunaron en este día a las 3. ó 3 ½, para disponer cada uno después de Misa su mochila. La causa de no salir el lunes se discurrió no ser otra que el no haber encontrado bastantes carros. Y la de mandarnos madrugar tanto, no fuera otra que el haber venido un propio de Palencia con orden de que nos llevasen cuanto antes. Este propio llegó a dicha villa el lunes por la mañana, con cuya llegada se contristaron muchos los HH., por haber empezado a esparcir que nos enviaban por fuerza a nuestras casas; y tanto más cuanto que el propio que lo decía era persona de suposición. Llegó a tanto, que un Hermano, de los que decían que primero daría la vida que desamparar a su Madre la Compañía, por su culpa se desanimó tanto que fue de los primeros que desistieron en Palencia. Llamábase este Hermano Miguel Vizcaino, navarro. Otros decían que nos querían tener en Palencia otros quince días para probarnos más. Y finalmente no faltó quien dijo, que era para hacernos firmar la última vez; y que a aquellos que dijesen querían seguir a los Padres, luego al punto les [57] echarían la casaca de blanquillos; y que para esto estarían prevenidos unos cuantos soldados, que tuviesen este cargo. Dejadas otras muchas cosas semejantes a ésta, proseguiremos con la relación .

A eso de las 6 de la mañana empezaron todos a salir con sus mochilas y manteos; pero sucedió que no habiendo oído Misa un Hermano por estar enfermo no le dejó el propio ir a oírla, después de habérselo suplicado. Sintiólo bastante el Hermano, llamado **Manuel Cancela**, por ser día de fiesta. Habiendo ya llegado todos al sitio señalado, suplicó el Hermano más antiguo, a petición de otros, que los que habían desistido en Torquemada fuesen en carros aparte, para que no molestasen a los otros, y según era posible se consiguió. Finalmente concurrió mucha gente a nuestra partida, y entre ellos salió a despedirse Don Ignacio Zorrilla; y estado ya todos recontados , salimos de aquella villa en 12 ó 13 carros. Serían las 7 de la mañana cuando empezamos a caminar, día 21 de abril y Pascua de Resurrección, el tercer día. Adelante iba un carro con la ropa que habían enviado de Villagarcía y en él iba el H. José Otero, uno de los que siguieron a los Padres. Antes que llegásemos a dicha ciudad de Palencia pasamos por Magaz, principio como queda dicho,

de nuestro dolor; pues allí llegó la orden de nuestra detención, o por mejor decir de nuestra separación. Llegamos a Palencia a las doce del día poco más o menos, entre una grande multitud de gente, de tal modo que tropezaban unos con otros, en medio de es[58]tar lloviendo; y en esta forma llegamos a la casa de la Ciudad.


Capitulo 4:

De lo que pasó en la Ciudad de Palencia.

Antes de empezar a decir en común lo que sucedió a todos, diré brevemente lo que pasó al dicho H. José Otero, el cual como hubiese llegado antes que nosotros por la razón arriba insinuada, dijo un Aguacil de los que allí estaban que a todos nosotros nos vestían de paisanos, y que así vestidos habíamos de elegir de seguir o no a los Padres; pero para que pudiese coger el real que daban por legua a los que elegía irse a sus casas, que dijese que quería irse a la suya, y que después podía escaparse y seguir a los Padres. Lo cual si estuvo dicho sinceramente o no, queda a la creencia del lector; ello así fue, y nosotros de la 2ª parte nos agarramos para no caer tan fácil en la tentación.

Ahora vengamos a lo segundo, o a lo común. Habiendo llegado a la puerta de la casa de la Ciudad, iban apeándose de los carros según habían llegado, y cada uno entraba con su mochila; pero antes de llegar a la Sala, donde estaba aguardándonos el Alcalde Mayor, las dejamos todos a un lado por mandado de un Aguacil, diciéndonos que después las llevaríamos. [59] Después, conforme íbamos entrando, iba el Alcalde Mayor preguntando a cada uno cómo se llamaba, tomando también el apellido, Patria y Obispado, y después les mandaba sentar hasta concluir en esta manera con

todos. Hecho esto, se levantó de la silla y en voz alta dijo esta palabras: " *En nombre del Rey N. S. mando que se despojen de la ropa de la Religión y se vistan todos de paisanos, y así vestidos vengan y se presenten aquí todos para leerles el orden del Conde de Aranda, que así me lo ordena".* A las cuales palabras quedamos como mudos, sin saber qué responder, pues a ninguno se les ofreció replicar una palabra. Sólo sí representamos cómo no podía ser el vestirnos todos de paisano, porque muchos de los que allí estábamos no teníamos nada de ropa, como sucedía a todos los que no las habíamos tomado en Villagarcía. Pero su respuesta fue esta: "*Yo no tengo orden para darles nada, y así aunque sepa estar aquí hasta la noche sin comer, todos han de salir vestidos de paisanos aunque salgan desnudos".* Y luego al punto cogió la lista de los Hermanos, e iba nombrando a 4 por sí para que fuesen despachando cuanto antes; y después de vestidos estos, bajasen a presentarse a la Sala, y entonces irían otros 4. La ropa estaba en un cuarto en lo alto de arriba; fueron dichos HH. a vestirse, o por mejor decir a confundirse, porque el uno no encontraba su ropa, otro se ponía la que no era suya, y así an[60]daban medio desnudos, sin saber qué hacerse.

El Alcalde como veía que tardaban mucho en bajar, se deshacía el hombre, y decía que bajasen aunque fuese desnudos; porque, como había dicho, no se iría hasta que saliesen todos de paisanos. Al fin hubo de bajar un Hermano en justillo blanco, porque no encontraba su ropa, o porque allí no la tenía: éste fue el Hermano Joaquín Lizárraga, natural de Cano, una legua de Pamplona. Pero como sucediese lo mismo con los segundos, y hubiese la misma confusión, se enfadaba en gran manera el Alcalde, y no sabía qué hacerse; hasta que los Alcaldes de Torquemada, que habían ido a remitirnos, le propusieron que aquello no podía ser, si no se tomaba otro remedio, y que este podría ser nombrando a solos aquéllos que tenían allí ropa. Así se hizo, pero a aun éstos les faltaba mucha ropa, faltando a unos la capa, a otros los calzones, etc.

Después que estos concluyeron, presentáronse en la Sala delante de todos, y luego dijo el Alcalde que todos los demás, quedasen como quedasen, se habían de despojar de la ropa de la Religión, que ninguno había de salir con ella. Pero al cabo nos dejó salir con la ropa interior, por no dejarnos desnudos, como al principio decía, bien que poco faltaba a algunos, porque la ropa interior estaba bien ajada y rota, y no hubo otro consuelo que acordarnos de la desnudez de [61] Cristo a la columna, pues verdaderamente fue lance digno de toda compasión, aunque por otra parte no causaba compasión, sino irrisión; porque tales espectáculos había que unos no se podían contener de risa al ver a otros. Uno aparecía a manera de Capellán, otro de tunante, otros a manera de Abogados, otros de Escribanos, otros a manera de Cadetes, otros de Pajes, y otros finalmente a manera de unos ladrones hechos y derechos, como sucedía a todos aquellos que habían quedado con ropa interior de la Religión, pues aun parecía indecente a un hombre del campo; porque los calzones de algunos más parecían de Maragatos, que de Religiosos, lo mismo digo de los sayos y medias.

Acabado todo esto, nos leyó el Alcalde el orden del Conde de Aranda en que mandaba nos despojasen de la sotana, y que a los que no quisiesen seguir a los Padres, que les diesen un viático correspondiente a la distancia de sus patrias, que vino a ser un real por legua; y a los que firmasen seguirles, les despidiesen sin viático y sin pasaporte. Después nos leyó la Pragmática Sanción, y diciendo en ella el Rey N.S. que nos daba libertad para que siguiésemos a los Padres los que quisiéramos._Sale el Alcalde, después de leída dicha pragmática, en decir que bien veíamos que la voluntad del Rey era de que no siguiésemos, y que señal de esto era el no señalarnos nada para nuestra [62] manutención, y que si los seguíamos, conocidamente íbamos contra la voluntad de su Real Majestad.

Concluido esto, se sentó dicho Sr. Comisionado, y un Secretario con él, el cual tenía la lista de los Hermanos. Después iba llamando a cada uno, según estaban en la lista, y preguntaba si quería seguir, o no; si respondía que sí, ponía una **S** en el nombre del Hermano y si respondía que no, una **N**., así prosiguió hasta concluir con todos. Pero aquéllos que querían seguir se ponían a un lado y los que no, a otro; pero sucedió que los que dijeron que sí, les cupo el lado derecho; no digo esto por falta de misterio, por lo que diré. En esta que fue la primera prueba, firmamos seguir a los Padres unos 34 ó 36. En la segunda, que se redujo a preguntarnos si nos ratificábamos en lo dicho, firmamos como otros tantos, pasándose algunos de los que antes habían dicho que sí a la banda de los que no; y al contrario otros, que habían dicho que no, a la de que sí. En esta segunda prueba, faltó el H. Joaquín Lizárraga, el cual habiendo hecho firme de resolución de seguir a los Padres hasta más no poder, vino aquí a flaquear, como hombre, pareciéndole que debía de irse a casa de su madre, que estaba viuda, aunque no se alucinó tanto con esto, como con el rezo diario, que le obligaba, y pare[63]ciéndole que no podría cumplir con él si seguía a los Padres. Estando entre estas olas, llegó a él un Hermano y le dijo, Hermano, si conoce que no puede seguir por causa del rezo, todavía hay lugar para decir que no; lo que puso fin a su batería, resolviéndose desde luego a no seguir. Con otro Hermano llamado Pedro Rodríguez, natural de Conso, y del Obispado de Astorga, sucedió lo siguiente. Este Hermano desistió en la primera prueba, y reparando que los que habían firmados seguir a los Padres estaban a la mano derecha, y que eran los menos, dijo, le había venido al pensamiento aquella sentencia del Señor: *multi sunt vocati, pauchi vero ellecti*, y no sufriéndole el corazón estar a la izquierda, luego sin detención alguna, firmó que quería seguir ; pero el Demonio como tan astuto, no le dejó en paz con esto, como después diremos.

En la 3.ª prueba, en que nos dijo el Comisionado que ya no nos podríamos volver atrás, de suerte que el que firmase seguir a los Padres no tendría lugar de volver a desistir; y al contrario los que firmasen no seguir, tampoco podrían volverse atrás. Esta última parte cumpliose al pie de la letra, pero no se cumplió así la 1.ª porque después no solamente admitían a los que querían volverse atrás, sino que ellos mismos con todo el esfuerzo posible procuraban, que [64] retrocediesen; pero no obstante en esta 3ª y última prueba firmamos seguir a los Padres hasta unos 32. Después que se concluyó esto, fue cada uno por su mochila y volvieron todos a la sala con ella. Pero no faltó quien dijo al Comisionado que llevábamos algunos libros, y ropa blanca, que viese si nos lo permitía llevar, o no; la respuesta fue que no podía meterse en otra cosa que con la ropa de Religión, que lo demás no le tocaba a él.

Por último le pedimos que nos diese pasaporte hasta Santander, pero a esto respondió que no tenía orden, pasaporte ni otra cosa alguna, y que estuviésemos persuadidos que por cualquier parte que pasásemos, nos pedirían pasaporte, y que viendo que no lo llevábamos nos meterían en una cárcel. Después nos echaron con desprecio a la calle, quedándose los demás para la paga. Pero conforme íbamos saliendo nos iban dos Ministro registrando las mochilas, esto es, mirando si eran nuestras, o no; pero encontrando a un Hermano un manteo, que llevaba dentro de la mochila, luego se le sacaron, porque, según decían, habían contado la ropa y faltaba un manteo. Tampoco nos dejaron sacar los bordones, que solían llevar los Hermanos Novicios a peregrinaciones. De esta manera se portó con nosotros el Señor Alcalde de Palencia, que se llamaba D. N. López, cuya estatura sería poco [65] más o menos de vara y media, delgado de cara y de bastante nariz. El aguacil mayor se llamaba Don Pedro, de mediana estatura, y picado de viruelas, quien también ejercía el oficio de sastre. El nombre del Secretario, y de otro ministro, que allí había, no lo supinos. Quiénes desistieron aquí, y quiénes no, se dirá a lo último de esta relación, y lo mismo digo de los que desistieron en las demás partes.

Luego que salimos a la calle se arrimó a nosotros una gran multitud de gente, de suerte que apenas nos podíamos revolver, porque parecía haberse juntado allí la mayor parte del pueblo a ver aquel espectáculo; y así unos estaban pasmados y asombrados de vernos en aquel traje, cuando poco antes nos habían visto con el de la Religión, otros no se osaban de abrir la boca para otra cosa que para vituperarnos, y nosotros no acabábamos de creer lo que nos estaba sucediendo, pues estábamos muchos en calzas y jubones, y no pensábamos en las figuras que hacíamos, principalmente los que no tenían capa, que serían cerca de 12, con la mochila al hombro. Nosotros entre esta confusión tan grande no sabíamos a dónde tirar, bien que poníamos la mira aparte donde nos pudiesen dar un bocado, porque así lo pedía el estómago, que desde la 3 ó 4 de la mañana no le había catado; y así resolvimos ir en derechura a S.[66]Francisco, en donde pocos días antes nos habían recibido con mucha caridad, esperando hallar allí algún remedio.

Pero al tiempo de salir de aquel sitio, dijo un Hermano llamado José Martínez, los que ha Cristo han de seguir, vamos de aquí ; pero luego oyó la respuesta de uno de los hombres que allí estaban, en que decía, éste merecía ser encerrado en un calabozo: esta fue de las primeras salutaciones en dicha Ciudad de Palencia. De allí, como he dicho, tiramos al Convento de S. Francisco, guiados de una persona: llamamos a la portería, salió el Portero, y le pedimos una limosna, representándole la necesidad que llevábamos, cuya respuesta fue que aguardásemos un rato hasta que el P. Guardián volviese de vísperas. Interin padecimos allí lo que Dios fue servido, porque toda la portería estaba llena de gente y no sé que hubiese un alma que desplegase los labios en nuestro favor, aunque bien sé que había muchas para lo contrario. Aquí un tal Sr. Campra, quien a la sazón tenía un hijo jesuita, Artista en el Colegio de Santiago, procuró con todas fuerzas posibles llevarse a uno de los Hermanos, que fue el H. Lorenzo Alaguero, pues firmó que quería seguir a los Padres, ya que había hallado aquella ocasión oportuna, siendo el único que quiso seguir de los que habían desistido en Torquemada. Este Señor a la cuenta debía estar avisado de los padres de dicho H. para que hiciese todo lo contrario en el seguir a los Padres, y le redujese ir a casa, como también otros Señores; pero por más que hizo dicho Sr. Campra, no le pudo reducir a ello, [67] como tampoco los otros Señores no hubieron podido si no le hubieran sacado arrastrando, como en su lugar diremos. Las demás personas que allí había, todas se empleaban en quitarnos de la cabeza tal bobería como ellos decían de seguir a los Padres diciéndonos también lo que dicho Sr. Campra nos dijo: que si hallaran a sus hijos en semejante estado, de ninguna de las maneras les dejarían seguir, y que esto nos lo decían por nuestro bien. Después de haber estado padeciendo la confusión de la desnudez, y tan grande batería en aquella portería, vino el Portero, y nos despidió ayunos diciendo, que no estaba allí el P. Guardián, habiendo pasado allí un cuarto de hora largo, si es que no llegó a media hora. De aquí pasamos a Santo Domingo, donde también pocos días antes nos habían tratado con el mayor agasajo, como queda dicho en su lugar; pero siempre rodeados de una multitud de gente, de que no nos podíamos ver libres. Al pasar por la plaza, se acercaron a nosotros algunos soldados; uno de los cuales agarró a un H. llamado Joaquín Maestu, que por ser el más espigado de todos le dijo, Vd. es guapo muchacho para servir al Rey; si quiere asentar plaza, luego será recibido. Entonces el Hermano como era de bríos, le echó en hora mala, diciendo vaya Vd. con Dios y sírvale, que yo ya tengo Rey a quien servir que es el de los Cielos. El Sr. Soldado no tuvo más que hacer que callar, y apartarse de allí.

Luego que llegamos a Santo Domingo, llamamos en la portería, y salió el H. Portero, preguntó qué queríamos. Nosotros respondimos que éramos los Novicio, que seguíamos a los Padres, que suplicábamos al P. Prior que nos diese al[68]gún bocado, pues no le habíamos desde las 4 de la mañana, y serían de la tarde las 4 y media. El portero fue con el recado al Prior, cuya respuesta

fue que no nos podían recibir sin licencia del Alcalde Mayor y demás Justicia. Entonces el Hermano más antiguo, que era uno de los que habían estado en dicho Convento la vez pasada, le volvió a replicar, y le dijo, que volviese al P. Prior, y le suplicase en nombre de dicho Hermano que se sirviese de darnos cualquier otra limosna, si aquella no podía; entonces envío un peso duro.

Ya no sabíamos a donde tirar, ni a dónde volver la cabeza, porque parecían estar cerradas todas las puertas para nuestro alivio; y así determinamos quedarnos en un rincón que hacía la Iglesia de dicho Convento, hasta que Dios por su infinita misericordia nos abriese el camino. Aquí no sólo no nos podíamos ver libres de la gente, sino que cada vez se aumentaba más, y más a ver aquellos espectáculos, que lo éramos, del cielo y de la tierra. De aquí salieron dos Hermanos Coadjutores, Juan de Villanueva y Fermín Ezcurra, a buscar mesón para poder dormir aquella noche. Otros dos Hermanos estudiantes, José Muñoz y Francisco Javier Camus salieron a pedir. Interin sucedió en dicho sitio lo siguiente: en primer lugar viendo algunas piadosas personas que no habíamos comido bocado, ni le habíamos podido conseguir de dichas partes, movidos a compasión, concurrieron con algunos panes, en tanto que otros nos estaban diciendo que éramos unos locos en seguir a los Padres, que nos fuésemos a nuestras casa, que no nos faltaban Religiones en España en donde poder servir a Dios tan bien [69] como en la Compañía, y otras cosas semejantes a estas. Era aquí tanta la sofocación que teníamos, que era necesario que un Hermano anduviese apartando a la gente, para que nos dejasen respirar aire puro. Aquí sucedió, el sacarnos a dos Hermanos a la rastra, a saber al H. Lorenzo Alaguero y Ruperto Torrente, y fue en la forma siguiente: un Notario de los que había en dicha Ciudad debía de ser pariente del padre de dicho Hermano Lorenzo Alaguero, y, como presumíamos, estaba de él encargado para que de cualquiera modo le remitiese a casa a su hijo: como se pudo sacar de lo que ahora referiremos.

Llegaron allí dos personas que, viendo que no habían comido, ni teníamos donde acogernos, se empeñaron mucho para llevar a dicha casa al H. Alaguero a comer, y que por aquella noche dormiría también en ella. El Hermano de ninguna de las maneras se quería apartar de nosotros, o porque conocía ya su dañada intención, o porque no gustaba ir a dicha casa. Pero ellos no desistían de su pretensión, sino que cada vez le hacían más fuerza, diciendo que no tenía remedio, que había de ir a casa, y que después volvería; pero el respondió que no podía ir, ni estaba en su mano el hacerlo. Ellos como viesen esta respuesta preguntaron la causa y les fue respondido que no podía porque tenía Superior, y hasta que él no lo mandase, no podía ejecutarlo. Al oír el nombre de Superior, se preguntaron ellos ¿qué quién era? Y siéndoles respondido que el más antiguo de todos, luego suplicaron a dicho Hermano que le dejase ir, que daban palabra de que volvería. A esto respondió el Hermano más antiguo, que él no obligaba al Hermano a ir, porque veía, que no gustaba de ello, y por tanto lo dejaba en su ma[70]no, para que lo hiciese, o no; lo que aún no pudieron conseguir. Ellos enfadados con esto, empezaron a decir qué superior ni que calabaza, que ya no había Superior ni cabeza que valga; porque ya no podíamos hacer cuerpo de comunidad, pues la Compañía se había acabado en España. Luego, sin más detención, le cogieron arrebatadamente por los brazos, queriéndole llevar contra toda su voluntad, y al mismo tiempo hicieron lo mismo con el Hermano Ruperto Torrente, que por ser el más pequeño de todos le querían llevar también. Nosotros viendo este desorden, dijimos que el Hermano, sin que hiciesen aquella violencia, iría a comer a su casa, pero que debía de ir otro Hermano, para que cuando acabasen se volviesen, todos. Ellos vinieron en ello, y enviamos al Hermano Juan Villanueva, que para entonces ya había venido de buscar mesón; pero fue tal su

malicia que al subir por las escaleras de dicha casa, le agarraron de los brazos al dicho Hermano Juan, y le echaron a la calle, quedándose por dentro con los otros Hermanos cerrada la puerta.

Pero ya que empecé con estos dos Hermanos, quiero acabar con el hilo de su relación. Al Hermano Lorenzo Alaguero no le volvimos a ver más; y a la mañana siguiente, fue, no sé si un hijo de dicho Sr. Notario al mesón, en que estábamos de posada, con la comisión de pedirnos la mochila de dicho Hermano, y juntamente una limosna de 40 reales que le habían dado, la cual había entregado al Hermano más antiguo, que al punto se lo entregó. Después supimos que le habían vestido a toda prisa de terciopelo, y le habían remitido a su padre en un coche o calesa. El Hermano Ruperto se dejó ver aquella noche, aunque durmió en dicha casa, como también la mañana. Este Hermano, aunque [71] tan pequeño, estaba tan resuelto a seguir como el que más. Pero fue tal la astucia y sagacidad de aquellos hombres, que pasando por allí unos coches que iban de vuelta a Salamanca, que quiso que no el Hermano, le metieron en uno de ellos, y le llevaron a dicha Ciudad, de donde vino al Noviciado.

No es cosa de que quede en blanco lo que sucedió en la adquisición del mesón. Fueron, como hemos dicho, dos Hermanos a buscar posada, llegando a un mesón pidieron a la mesonera con mucha caridad que les hiciese el favor de recogernos en él, pagando lo que fuese justo; ella, con no menos caridad y afabilidad ofreció luego al punto toda su casa para nuestra acogida. Pero he aquí que en este ínterin llegó el mesonero, y como si viera en su casa dos escorpiones, empieza a gritar en esta forma: *"¿Qué has hecho mujer? ¿Sabes a qué gente quieres recoger en tu casa?. Mira que son unos tales, y cuales; que son unos pícaros, o cosas semejantes*". No tuvieron otro remedio que ir a buscar otro mesón, el que hallaron junto al arco, que sale para la villa de Astudillo. Adonde fuimos todos guiados de dichos dos Hermanos, pero siempre perseguidos de la gente; y para vernos libres de ella, tuvimos que cerrar la puerta del cuarto que nos dieron, que por no tener llave estaba un Hermano de guardia en la puerta, remudándose de tiempo en tiempo otros Hermanos. Y viendo que ni aún así podíamos vernos libres del todo, nos pusimos a rezar, unos el Rosario, y otros devociones. Allí vinieron dos PP. de S. Pedro de Alcántara, y estuvieron hablando con algunos de Hermanos, y mostraban algún [72] sentimiento de nuestra expulsión. Allí también vino un Cura que conocía al H. Pedro Rodríguez, a quien disuadió mucho el no seguir; pero él con la sentencia del Evangelio se mantuvo fuerte, y no pudiendo hacer mella alguna le dio de limosna 40 reales y se fue. Del Hermano Ignacio Sigüenza se apoderó una grande tristeza, luego que llegamos al mesón, y preguntándole la causa de aquella tristeza, no supo dar otra respuesta, que no sabía lo que tenía. Nosotros procurábamos animarle, diciéndole, que no perdiese el ánimo, ni la esperanza de encontrar a los Padres en Santander porque según la cuenta debía de estar algo afligido, porque decían se habían embarcado y que siendo esto así, sería dificultoso conseguirlo. Este Hermano al cabo vino a faltar como en su lugar diremos.

Los Hermanos que fueron a pedir tardaban mucho en volver, y sospechábamos si acaso les habrían metido en la cárcel. Nosotros luego que nos vimos libres de la gente, hicimos nuestra comida, que servía también de cena: y por la misericordia de Dios, no nos faltó con qué satisfacer el hambre que habíamos pasado. Sólo el Hermano Sigüenza no quiso cenar, y así a pura instancia le hicimos tomar alguna cosa. Después vinieron los que habían ido a pedir, los que juntaron una muy buena limosna en dinero, pan, carne cocida, huevos y algunas pastillas de chocolate; y otra mejor pudieron traer en el alma, así, como suponemos llevaron con paciencia las injurias y baldones [73] que les hicieron; porque les decían que se fuesen a comer el pan de sus padres y que no anduviesen hechos unos tunantes; y a uno de ellos dijeron si quería asentar plaza de soldado, y de este mismo, que fue el H. Javier Camus, dijo el Tesorero de dicha Ciudad que no le diesen limosna, y después en su casa dijo el Hermano le había dado una mano, porque seguía a los Padres, y que por último le vinieron a dar en aquella casa un real de plata, después de haber sido dicho Sr. la causa de que en la calle le dejasen de dar limosna otros caballeros. Al Hermano José Martínez le dijeron casi lo

mismo. Este H. pedía por otro lado y juntó además de lo dicho dos casaquillas de las cuales una le sirvió para el Hermano Javier Camus, porque estaba de tal manera que andaba por las calles con el faldón de la camisa por de fuera.

Después de cena se nos ofreció este pensamiento, de enviar un espía a Santander, para que viesen en qué estado estaban las cosas, para lo cual se ofreció el Hermano Juan Villanueva, y salió disparado, luego que anocheció, poniéndose una redecilla en la cabeza para ser menos conocido en el camino. Para esto le dimos una cuantas pesetas y pensando que para cuando llegásemos a Burgos podría ya venir de vuelta, le dijimos que nos esperase en dicha Ciudad; y esta fue casi la única causa de pasar por Burgos, bien que no le encontrábamos hasta pasar Reinosa, tres jornadas después de Burgos. Esta misma tarde se puso algo enfermo el H. Francisco Álvarez, que con ser que llevaba tres días de ejercicios de (primera probación), había perseverado constante hasta esta Ciudad; pero al día siguiente, habiendo ido al Palacio de S. Iltma., no volvió [74] otra vez a casa, porque, según nos dijeron, no le dejaron salir de Palacio por la indisposición.

Esta noche nos acomodamos todos con en catorce camas, que dispusieron en dicho mesón haciendo de una, dos. Dos Hermanos fueron a dormir a casa del Sr. Salinero, habiendo enviado recado que no dejasen de ir. Y a la verdad fue de los únicos que se portó bien con nosotros. Pues de su casa nos enviaba con un estudiante algunos panes, huevos, pastillas de chocolate y aun carne cocida, y algún otro par de zapatos. Después a la mañana, habiendo ido los Hermanos a nuestro modo de entender , desnudos, volvieron vestidos, dándoles calzones, y alguna otra chupa. A la mañana siguiente enviamos a otros Hermanos a pedir limosna, e iban repartidos por diversas partes. Pero sucedió que encontró a algunos el aguacil Mayor, y les preguntó, que quién les había dado licencia para pedir. Y como respondiesen que no tenía más licencia que el habérselo ordenado el H. que hacía las veces de Superior, entonces se informó de quién era, y les dijo que se fuesen cuanto antes a casa, si no querían que les metiesen en el calabozo, y que tuviésemos entendido que no podíamos pedir sin licencia del Sr. Provisor y del Alcalde Mayor. Los HH. luego al punto volvieron a casa, y contaron todo lo que les había sucedido. Pero quiso Dios que no diese con todos los que habían salido, que fueron seis, ó siete, y sólo encontró cuatro o cinco. Los cuales juntaron una muy buena limosna, y padecieron casi lo mismo que los del día antecedente. Y a uno de ellos, que fue el Hermano Javier [75] Camus Bouza, como le viesen los muchachos tan desaliñado y sin capa, hacían burla de él y le decían, oye hombre por qué no te vas a tu casa, y cosas semejantes.

A eso de las nueve y media fue el Alcalde Mayor al mesón, y llamó al H. Superior, y presentando el Hermano delante de él, le dijo: "*¿Con que Vd. hace las veces de Superior?*" A lo que respondió el Hermano: "*Señor en Torquemada cuando nuestro P. Rector se separó de nosotros así me lo dejó encargado; pero ahora lo mismo tiene uno que otro*", para no darle a entender que hacíamos cuerpo de Comunidad, cosa que ellos llevaban tan a mal. Entonces representó varias quejas, y dio algunas órdenes. La primera fue que para qué se había metido a ordenar que fuesen a pedir limosna sin licencia del Sr. Provisor y del Alcalde Mayor: a lo que respondió, que no sabía si era necesaria tal licencia, y que en esto habíamos procedido inocentemente. La segunda, que se fundó en el modo de pedir de los dos HH. primeros, fue ésta: que qué se entendía andar pidiendo por las calles, como pedían dichos dos HH. una limosna por los que siguen a Jesucristo, como si ellos siguieran al Demonio y no a Jesucristo; a lo que respondió, que los Hermanos no lo hacían porque ellos no siguiesen a Jesucristo, ni tampoco repararían en tal cosa, ni volverían a hacerlo después de ir avisados. La tercera que éramos unos locos en querer seguir, lo uno porque no lo lograríamos por más que hiciésemos, lo otro porque los PP. ya estaban embarcados, y aun cuando no estuviesen, no nos dejarían ir con ellos; y al fin, que siempre íbamos dispuestos a que nos pusiesen presos sin llevar pasaporte. Con estas y semejantes palabras se acabó de rematar el Hermano [76] Sigüenza, natural que era de Navarra, del Obispado de Calahorra, y no tuvo ánimo de

acompañarnos. A este Hermano dimos una capa de lamparilla de otro de los que seguían, porque no tenía ninguna, aunque muchos de los que seguían la necesitaban tanto, o más.

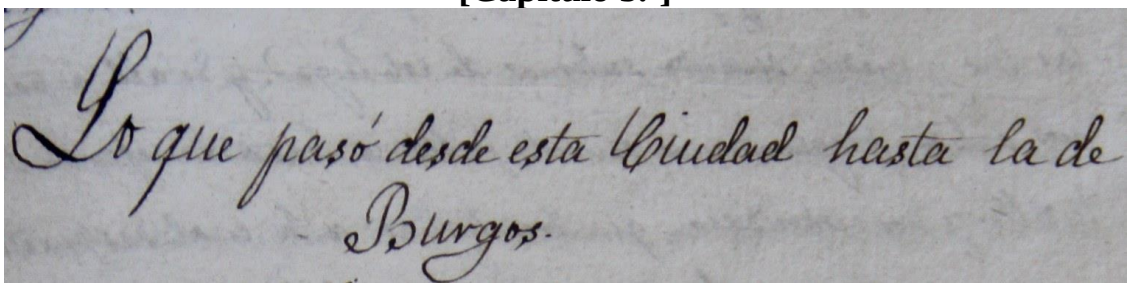
El primer orden que nos dio dicho Alguacil fue de que no nos llamásemos Hermanos porque ya no éramos Religiosos, ni podíamos hacer cuerpo de Comunidad. A lo cual respondió el Hermano más antiguo que aquello no podía impedir su merced, por dos motivos: lo primero porque todos éramos hermanos siendo todos hijos de Adán, lo segundo porque era ya tal la costumbre que teníamos entre nosotros que aunque no quisiéramos llamarnos de hermanos, no lo podríamos hacer. El segundo fue que saliésemos de la Ciudad en todo el mediodía, so pena de meternos a todos en un calabozo. A este mandato respondimos que obedeceríamos. El tercero fue que, cuando saliésemos, no saliésemos todos juntos, ni por un camino; a éste, aunque callamos, no le observamos más que hasta dar la vuelta al arco, que, como he dicho, estaba pegado con la casa; pero el ir por un camino unos y otros por otro, no lo pudo conseguir. Bien es verdad que, aunque tres Hermanos fueron por Torquemada, no fueron por obedecer al mandato, sino porque uno de ellos, que fue el Hermano Joaquín Maestu, había dejado allí toda su ropa, haciéndose cuenta de que había de volver por allí, ya fuese para seguir a los Padres, ya fuese para ir a su casa, si forzados nos echaban a ella. Le acompañaron a dicho Hermano , el Hermano Manuel Varrón , su sobrino, ambos de Navarra, y el Hermano [77] Pedro Otero , a quienes dijimos que nos esperasen en la venta del Pozo, a donde llegaríamos nosotros al segundo día. No quisimos ir nosotros por Torquemada, aunque camino más derecho, por el odio que habíamos concebido hacia tal lugar, ya porque ninguna prosperidad habíamos experimentado en él .

Habiendo salido de allí dicho Alguacil, determinamos enviar al Sr. Obispo dos Hermanos para pedirle licencia de pedir en su distrito y juntamente pasaporte. Fueron allá dichos dos Hermanos, y encontraron a su Iltma. ocupado, volviéronse a casa y después de haberse pasado algún tiempo, vino un recado de que ya podían volver. Estuvo con su Iltma. el Hermano José Martínez, y pidiéndole las dos cosas, ni una ni otra le concedió. Sólo le dijo que saliesen cuanto antes, no les metiesen en un calabozo. A este tiempo estaba dando el Mayordomo limosna, y les cupo una peseta a nuestro Hermanos. Allí encontraron varios de los que habían desistido, que habían ido a pedir recomendación al Sr. Obispo para entrar en algunas Religiones; y en efecto parece, dio algunos cuantos. A la vuelta a casa se encontraron con un Sr. Capitán de aquel Regimiento que se hallaba en dicha Ciudad, y llamándolos, les mostró una carta que decía haberle venido de Santander de un hermano suyo Alférez, en la que entre otras cosas, decía que ya se habían hecho los Padres a la vela; los Hermanos por haberla visto con sus propios ojos, la dieron algún crédito. Porque luego que llegaron, empezaron a decir: "*Carísimos, parece cosa cierta de que los Padres están ya embarcados, porque hemos visto con nuestro ojos una carta de un Sr. Capitán, en que así lo escriben*"; como si los Sres. Capitanes no supieran mentir ni fingir; pero no obstante siga [78] mos hasta más no poder. Nosotros no hicimos caso de tal carta, y los más creímos que era fingida. Viendo éstas, deseábamos salir de aquella Ciudad cuanto antes, pero nos hallábamos oprimidos por no tener una caballería con que poder llevar nuestras mochilas,ni tampoco nos la dejaban buscar, por lo cual estuvimos casi resueltos a vender los libros que traíamos, por no ir cargados de ellos. Sabiendo esto un caballero, llamados D. Sebastián, como afecto que era a los Jesuitas, se compadeció de nuestra desgracia, y fue al mesón para que le acompañasen dos Hermanos a nuestro Colegio, donde estaba el Alcalde Mayor, queriéndose empeñar con él, para que nos concediese el buscar un carro. Para esto le fueron acompañar el Hermano más antiguo y el Hermano Elizalde; llegados a la portería de nuestro Colegio, llamamos

en la portería, y salió a ella un hombre que nos dijo que había poco que había salido de allí el Sr. Alcalde, y preguntando si estaba allí el Aguacil Mayor, respondió lo mismo. Nosotros fuimos con dicho Sr. en busca de uno, o de otro. Encontramos con otros Caballeros en la calle larga al Sr. Aguacil , a quien suplicó dicho Sr. Sebastián que se dignase de concedernos facultad de poder buscar un carro, o alguna caballería, para llevar nuestros ajuares; a que dijo dicho Aguacil si éramos nosotros de los que seguíamos a los Padres, o no. Como dijese dicho Sr. que éramos de los que seguíamos, correspondió de esta manera a la súplica: ”*Sr. Sebastián, en cualquier otra cosa le serviré a Vd. con mucho gusto, más en esto no puedo, porque no tengo orden de dar cosa alguna a los que siguen”*. Y volviéndose a nosotros, empezó delante de aquellos Caballeros a decirnos de que nosotros teníamos la culpa de que los demás se fuesen a perder; que éramos unos [79] locos en querer seguir y padecer tantos trabajos en balde, porque ya no encontraríamos a los Padres, aun cuando llegásemos allá, lo que dificultaba mucho: que aquellos que se quedaban eran más prudentes, porque reflexionando los grandes impedimentos que había en seguir, habían tenido por mejor el quedarse. Dicho Sr. Sebastián sintió mucho esta respuesta, y luego se apartó de allí, acompañándonos hasta el mesón, donde le dimos las gracias de haber hecho lo que hizo por nosotros. Antes de que nos partiésemos, fueron a despedirse de nosotros tres Hermanos de los que habían desistido, a saber el Hermano Antonio Pozo, natural de Arévalo y Obispado de Avila; Hermano Eugenio Núñez y el Hermano Francisco Javier Garrido, natural de Segovia y su Obispado, quienes deshechos en lágrimas nos abrazaron y pidieron les encomendásemos a Dios; y quien en esto sobresalió fue el primero, y como también lo ha dado a mostrar poco tiempo hace en una carta que escribió llena de ternura en tiempo que vivíamos en Bianchini. En ella clamaba y suplicaba por volver a entrar en la Compañía, si fuese todavía posible, diciendo que aunque la había dejado en el efecto, no la había dejado en el afecto. Ya se le ha respondido la posibilidad de volver a entrar; pero no sabemos si de su parte habrá alguna dificultad que le imposibilite la vuelta.

A eso de las once nos íbamos disponiendo para salir de aquella Ciudad. Pero antes determinamos vender una sábanas que traíamos, quedándonos con una cada uno para lo que podía suceder. Las cuales sábanas compró la mesonera, a quien pagamos con ellas todo lo que habíamos gastado aquellos días; sobre esto nos volvió veinte y dos pesetas. Todo este dinero, y lo demás que juntamos de limosnas todo lo pusimos en una bolsa, y después por parecer de algunos Hermanos se repar[80]tió en tres, llevándolo asimismo tres sujetos, para que por si por desgracia se llegase a perder algo no se perdiese todo. El uno de éstos era el Hermano Coadjutor, llamado Fermín Ezcurra, quien tenía cuenta de pagar el gasto que se hacía en las posadas. Este mismo Hermano salió de Villagarcía con tercianas*, y llegó hasta Santander con ellas; para el cual solo necesitábamos una caballería. Pero viendo que no había remedio en esto, determinamos, después de haber comido, salir de dos en dos con las mochilas a cuestas, hasta dar la vuelta al arco. Para esto, tomamos una nómina de los lugares por donde habíamos de pasar: pues antes quisimos rodear alguna otra legua por camino diferente que ir por la villa de Torquemada, aunque camino más derecho; no por otra razón que por la que queda dicha. Pero antes de pasar al capítulo siguiente, notaré aquí brevemente lo que sucedió con el Hermano Pedro Rodríguez. Este Hermano, después de haber resistido tan varonilmente a aquel Cura, y después de haber pasado por él lo que dijimos acerca de las pruebas, ahora finalmente dudaba lo que había de hacer, y estaba casi resuelto a no seguir. No obstante, habiéndole dicho algunas razones, que se nos ofrecieron por entonces, y que acaso sería todo aquello del demonio, se resolvió a seguir. En el capítulo siguiente se dirá todo lo demás que pasó con dicho Hermano; pues a la verdad fue grandemente combatido del enemigo. Serían las doce cuando desocupamos aquella Ciudad, que tan oprimida se veía con nuestra presencia; pues ya nos había amenazado con el calabozo, si para tal hora no salíamos de ella. Bien es verdad, que si alguna vez se ensanchó nuestro corazón, después que nos separamos de los Padres, fue cuando nos vimos fuera de la Ciudad. Unos veinte y nueve fuimos los que salimos en seguimiento de los Padres, [81] día veinte y dos de Abril.

[Capítulo 5.º]


Lo que pasó desde esta Ciudad hasta la de Burgos.

Luego que salimos de la Ciudad nos juntamos todos, y determinamos de ir a dormir aquella noche a la **villa de Astudillo**, porque decían que había más que tres leguas y media hasta dicho lugar. Pero Dios que favorece hasta las aves del campo, nos quiso favorecer a nosotros con dos pollinos; y fue que allí a poco que habíamos salido de la Ciudad, apareció un hombre con dos caballerías, que iba para la de Burgos, y luego ajustó dicho Hermano Coadjutor las dichas caballerías en cuarenta y seis reales hasta la insinuada Ciudad, y no teníamos obligación de dar de comer a dicho hombre, aunque por lo ordinario lo hacíamos, porque se portó el tío Andrés, así se llamaba, grandemente con nosotros, porque hacía todo lo que le decíamos nosotros. En una de estas caballerías se acomodó dicho Hermano, y por la causa ya dicha, y en la otra se pusieron algunas mochilas, digo algunas, porque también servía para otro Hermano que andaba algo enfermo; y así algunos Hermanos tuvieron que llevarla al hombro hasta dicho lugar; hasta al día siguiente, que se tomó otra providencia por lo muy reventados que habíamos quedado aquella (noche) tarde. A legua y media que habíamos caminado, empezó a vacilar el Hermano Pedro Rodríguez, y a decir que conocía que no podía seguir. Nosotros le decíamos que mirase lo que decía, y que después no tuviese que arrepentirse, conociendo el yerro que había hecho; pero insistiendo él, en que no podía seguir, se volvió a Palencia con dos carros que pasaban por allí. Nosotros paramos un rato en un lugar pequeño, distante de Palencia como dos leguas. Aquí tomamos [82] un bocado de pan, y poco de vino para poder hacer nuestro camino. Serían las tres y media cuando salimos de este lugar, y de allí a poco que habíamos salido preguntamos cuánto faltaría para la referida villa de Astudillo, y nos respondieron que 3 leguas; a la cual respuesta quedamos sorprendidos, pues nos habían dicho que no había más que las tres desde Palencia, siendo que había cinco. Mas nosotros que habíamos

resuelto dormir en Astudillo, hicimos de tripas corazón para llegar allá . Aquí, como unos andaban más que otros sucedió que los primeros llegaron como a las siete y otro como a las ocho de la noche, no habiendo en esto otra causa que la siguiente.

Había Hermanos que de puro cansancio apenas podían andar; y faltando ya como un cuarto de legua, según nos dijo un labrador que pasó por allí, estuvimos aguardando unos dos o tres Hermanos a tres o cuatro que venían muy atrás, y cuando llegaron a nuestro puesto era ya casi de noche, descansaron un poco y después empezamos andar juntos. Pero he aquí que a poco trecho que habíamos andado encontramos dos caminos, sin saber cuál de ellos tomar. Nos pareció tomar el de la mano derecha, por parecer más trillado. Íbamos andando y encontramos con un molino cerrado. Volvimos con este encuentro a desandar lo andado y tomar otro camino. Para esto rezábamos a las benditas ánimas del Purgatorio, para que nos guiasen y enderezasen a dicho lugar. Por otra parte nos parecía mejor el quedar por aquella noche alrededor de una alameda que había cerca del molino, hasta que amaneciese. Pero esto [83] veíamos que no podía ser por causa de los demás Hermanos que nos estarían aguardando. Dábamos voces por si acaso alguno nos estaba aguardando a la entrada del lugar; pero viendo que los demás Hermanos no aparecían por allí, dudábamos si aquel camino iría a otra parte y no a la señalada. Por otra parte decíamos que si estuviera cerca el lugar oiríamos alguna campana; y dudosos si proseguiríamos aquel camino, o no, determinamos finalmente proseguirle, y luego oímos una campana de un convento de monjas que había en dicho lugar, con cuyo sonido se alegró nuestro corazón y cobró esfuerzo para andar lo restante. Llegamos al cabo a un arco que había en la entrada, y al mismo tiempo salía por él un mozo con dos caballerías, a quien preguntamos, por tener todavía alguna duda, si era Astudillo, o no, el lugar en que entrábamos, y diciéndonos que sí, entramos en el a la hora ya dicha. Pero nos costó gran trabajo el haber de hallar el mesón donde estaban recogidos los demás Hermanos. Porque en primer lugar entramos por una calle en que no se veía alma alguna, y llamando a una o dos puertas, en ninguna nos respondieron, porque debían de estar acostados. Fuimos andando hasta que hallamos a una persona que nos llevó a la plaza, donde estaban los mesones. Llegamos a uno donde pensábamos que estarían los Hermanos, pero aunque no estaban en él por no tener cabida para todos, nos pudieron no obstante dar noticia del mesón en que se habían aposentado, y estaba inmediato a éste. Fuimos allá, y encontramos a los más tendidos a la larga por el suelo, llenos de dolores, no pudiéndose menear, porque abarcaban dicho dolores a muslos, piernas y plantas de los pies, donde se sentían más sensiblemente. Así, el consuelo que nosotros tuvimos al ver tales [84] espectáculos fue el aumentar el número de ellos, imitándoles en todo y por todo, por estar así mismo rendidos y quebrantados, y con unas grandes ampollas en los pies. De allí a media hora cenamos unas sopas y unos huevos que se hallaron, queriendo antes aquel alivio de estar echados, que el de la misma cena. En esta ocasión teníamos un Hermano Coadjutor, llamado Miguel Ardanaz, no poco inteligente en la cirugía; y como veía los grandes dolores que teníamos, cogió varias claras de huevo y empapó en ellas los escarpines que traíamos a los pies, diciendo que si dormíamos con ellos se nos mitigaría mucho los dolores, como en efecto sucedió, aunque no se quitaron del todo. En este mesón no había más que dos camas para los veinte y nueve que éramos; pero Dios tuvo providencia de que acudiesen algunos afectos nuestros, y nos llevasen a dormir a su casa. Porque luego que supieron en casa del Sr. N. Gallardo, quien al presente tenía un hijo Sacerdote en la Compañía, que habían llegado allí los Novicios, fueron al mesón lamentándose de que no hubiésemos llegado antes para, haber llevado media docena a cenar; pero ya que no pudo ser esto, les llevó para dormir. También acudió una hija de este dicho Sr. que actualmente era el ama de un Sr. Cura, y llevó otros cuatro o seis; y finalmente acudieron tantos que varios se tuvieron que marchar sin llevar ninguno, después tuvimos que repartir a dos, para que cupiesen a más. Solos dos Hermanos Coadjutores se quedaron en el mesón para tener cuenta de las mochilas. Se dio orden de que todos se juntasen en el mesón a las 7 de la mañana, para hacer nuestro viaje, si estuviésemos para ello. En casa del Sr. Gallardo nos pusieron para los seis, cuatro camas, cuyo número completamos nosotros con las [85] cuatro.

A eso de las 6 de la mañana nos avisaron, según se lo habíamos encargado, y nos dieron la noticia que el Hermano Pedro Rodríguez, aquél que se volvió a Palencia, estaba en la cocina; a cuyas palabras quedamos pasmados y apenas lo queríamos creer, hasta que después de vestidos fuimos a la cocina y nos hallamos con él y nos gozamos mucho de su maravillosa venida. Entonces le preguntamos qué era lo que le había sucedido. A que respondió lo siguiente:

> "*Yo llegué al Arco de Palencia por donde habíamos salido, del cual no pude pasar adelante, pareciéndome que me llegaba el agua a la garganta y que me atragantaba; de donde conocí que era voluntad de Dios el que yo siguiese a la Compañía, y luego volví pies atrás. Después* (prosigue) *de haber andado un buen trozo de camino, me perdí, por ser de noche, por unos montes, de los cuales no pude salir al camino real, hasta que encontré a unos mozos que pasaban por allí a caballo, los cuales me sacaron al camino y me trajeron montado por algún espacio de tiempo. Después (*dice) *de haber andado nueve leguas no cortas, con lo que anduve perdido por los montes, entré en el lugar como a las once de la noche; y quiso Dios que hallase en aquella hora a un Sr. Cura que debía de ser pariente del Sr. Gallardo, quien luego que me vio me preguntó si era Novicio de la Compañía, y respondiéndole yo que si, me dijo, venga Vd. a mi casa, que mañana le llevaré a casa donde están los demás compañeros, a lo que respondí que quería ir a dormir con mis hermanos e irles a buscar. Entonces me replicó el Señor Sacerdote, y me dijo que no podía ser por aquel tiempo, en que ya estarían todos dormidos, que pasase a dormir a su casa y que a la mañana le lle*[86]*varía a casa del Sr. Galallardo, donde estaban hasta unos seis, como queda dicho".*

Hasta aquí el Hermano Pedro Rodríguez. Después nos desayunamos todos los siete, y nos despedimos de dichos Señores, dándoles las gracias de lo bien que se habían portado con nosotros. Y por despedida nos dieron una pescada para el día inmediato, que era viernes.

Luego que nos juntamos todos en el mesón, determinamos proseguir nuestro viaje; y serían poco más de las siete cuando salimos de dicha Villa de Astudillo. Aquí determinamos que todas las mochilas fuesen en una caballería y que la otra sirviese para los más delicados. Así salimos todos armados a la ligera, aunque no podíamos andar ligeros (que causaba cada paso) por causa de los dolores que causaba cada paso que dábamos; los cuales pasos parecían más de oblicuos que de rectos, y nos reíamos unos de otros al ver tal danza de lobos que formábamos con nuestros pasos. Llegamos a un lugarcito de unos 20 vecinos llamado **San Zibrián [=S. Cebrián de Buena Madre]**, en donde paramos algunos Hermanos a tomar un bocado de pan, y un poco de queso. Aquí nos salió al encuentro un Padre Trinitario que, según supimos, debía de ser uno de los Maestros de Salamanca, que por sentimiento que había tenido causado por nuestra expulsión, se había retirado a un palacio de un Marqués que era de dicho lugar. Este Religioso, viendo que no teníamos un poco de vino para beber con aquel pan y queso que ya estábamos tomando, luego fue a la taberna a por ello, y halló que no había nada. Entonces nos dio una peseta, para que bebiéramos en su nombre en el primer lugar que parásemos. También sacó una navaja, para partir nuestro [87] pan y queso, la que de ninguna de las maneras quiso volver a tomar, por más instancias que le hacíamos; y de todo lo cual le dimos las gracias. No pasaré en blanco lo que nos sucedió en este sitio. El día antecedente notaron algunos Hermanos que detrás de nosotros, por camino diferente, venían dos soldados blanquillos, de aquellos que decían nos echarían la casaca en Palencia, o cuando pasáramos por alguna plaza de armas. Esto quedó amortiguado por aquella noche, hasta que al día siguiente, estando en dicho paraje, vimos que venían estos soldados a caballo, y a todo correr; entonces quedamos sorprendidos y espantados, pensando que venían contra nosotros, y que nos harían

retroceder por algún orden que se les hubiese dado. Llegaron finalmente los otros, y nos preguntaron que si iba algún vizcaino entre nosotros, pues querían hablar con él; nosotros respondimos que iba uno, pero que ya iba delante con otros; dijeron también que cómo se llamaba, respondimos que José Altamira, y dicho esto se despidieron de nosotros, ofreciéndonos de llevar uno o dos a caballo. Entonces nosotros correspondimos diciendo que les agradecíamos mucho aquel favor, y con esto se adelantaron para alcanzar a los otros. Nosotros empezamos también a caminar con ánimo hasta **Vallegera**, donde hicimos mediodía, lugar que estaba de Astudillo separado como dos leguas y media. Aquí sucedió que conforme íbamos andando por un monte, dio un accidente al Hermano José Martínez, con quien se quedaron dos Hermanos hasta que se pasó aquel accidente.

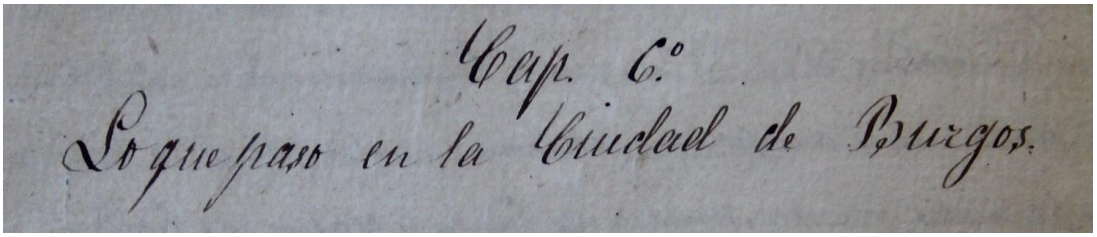
Entonces habían ya llegado los soldados y la mayor parte de los Hermanos a dicho lugar. Por lo cual no supieron nada hasta que algunos de los que venían atrás llegaron y dieron la noticia. Luego se hicieron las diligencias de enviar una caballería para ir a buscar al Hermano; pero al tiempo que salió dicha caballería para conducir al Hermano, asomó ya el Hermano junto al mismo lugar, pues pudo venir por su pie.[88] El miedo se aumentó con hallar a los Soldados (y la mayor parte de los HH.) en la misma posada, aunque pronto se quitó del todo; porque Dios llevó allí a estos buenos soldados para que tuviésemos qué comer aquel día, pues seguramente no lo hubiéramos tenido si no hubiera sido por ellos. Porque estando de posada en casa del Alcalde, no había pan que comer, ni se esperaba hallar en todo el lugar, por ser muy ridículo. Pero los Soldados quitándose de cuentos, dijeron a la Alcaldesa que, aunque anduviese todos los rincones del lugar, había de traer pan y huevos para comer todos; y no tuvo otro remedio que arrebañar todos los que puedo encontrar en el lugar. Uno de estos soldados era Alférez del Regimiento de Montesa, que se hallaba en la Ciudad de Burgos, y era sobrino del Padre Jaraveitia, Rector que era actualmente así mismo de Burgos. El otro era criado del mismo Alférez, el cual nos sirvió a nosotros también de criado mientras allí estuvo; pues el Señor Alférez comía con nosotros a la mesa, y él nos servía en ella. Después quisimos pagar el gasto de la mesa, porque todo lo habían puesto ellos, excepto un poco de queso que pusimos nosotros; y no sólo no quiso recibir nada, sino que se enfadó por ello, y añadió que sentía mucho no haber podido dar más, no obstante nos ofreció una camisola que llevaba, la que de ninguna manera quisimos aceptar. Así se portó la misericordia de Dios con nosotros, después de habernos dejado padecer aquel miedo. Pues ellos no se acordaban de hacernos mal alguno, antes mucho bien, como se ha visto. El viaje de estos soldados era a Ledesma con la incumbencia de ir a tomar verde*.

Salimos de este lugar a las dos de la tarde, habiendo enviado delante a dos Hermanos por aposentadores, con orden de llegar hasta **Villanueva** cuyo viaje era dos leguas y media. Aquí ajustamos también dos pollinas,[89] porque algunos Hermanos iban estropeados y no podían andar, y nos costaron lo mismo que las otras dos hasta la Ciudad de Burgos. Llegamos esta tarde a la venta del pozo, donde esperábamos hallar a los tres que fueron por Torquemada. En esta venta nos dijeron que los que habían ido delante por aposentadores habían dicho que se quedaban media legua más acá, en un lugar llamado **Villazopeque**, por causa de que había empezado a llover. Preguntamos si habían llegado allí tres Novicios en busca de nosotros, a lo que respondieron que no. Proseguimos nuestro camino, y cuando llegamos a dicho lugar estábamos todos hechos una sopa de agua, por lo mucho que llovió. Pero lo peor fue que algunos iban calados hasta la misma camisa, por no tener una capa con que cubrirse; porque aunque iba dos cubiertos con una sola, no alcanzó la repartición para todos. Pero el Señor que nos quiso consolar con trabajos esta tarde, prosiguió con estos consuelos por toda la noche: porque para cenar unas sopas y huevos que tomamos, anduvo el mesonero por todo el lugar para haberlo de encontrar. Después de todo esto tuvimos una cama para todos veinte y nueve; y habiendo ido a casa del Sr. Alcalde para que hiciese diligencia de alguna cama, no halló más que una, que él mismo nos ofreció, donde fueron a dormir los dos más

enfermos. En la otra durmieron otros dos, y todos los demás durmieron en un pajar, y sobre un poco de cebada, y sobre el mismo suelo. Esta noche se renovó la medicina, porque también se habían renovado los dolores. En este mismo lugar estaban tres Hermanos de los que habían desistido, todos tres navarros, que iban para su casa. Estos eran los Hermanos Joaquín Lizárraga, quien fue a visitarnos, luego que llegamos al mesón, y tenía grande repugnancia de subir arriba donde estaban los demás, y se conocía estaba algo avergonzado; los otros eran Vicente Rivas y Manuel Ascía. A la mañana siguiente, luego que nos levantamos enviamos [90] para la Ciudad de Burgos a cuatro Hermanos para que estuviesen con el Sr. Intendente y el Sr. Obispo, y les pidiesen licencia para poder pedir, y también para que nos dejasen libre la entrada en Burgos. Nosotros de allí a media hora nos desayunamos y salimos de dicho lugar por más de las seis y media. Salió acompañándonos dicho H. Joaquín Lizárraga y los otros dos tiraron por otro camino, y después nos juntamos todos en un mismo lugar y mesón a comer.

En un lugar llamado **Celada** paramos un rato a descansar, y tomamos allí un poco de pan y queso en compañía de dicho Hermano. Después que salimos de este lugar, tuvimos un rato de oración, y, acabada, nos pusimos a raciocinar con dicho Hermano, y entre otras cosas que le dijo el Hermano más antiguo, fue esta, que si mandaba alguna cosa para el P. Rector Julián Fonseca, la haríamos con mucho gusto luego que llegáramos a la Ciudad de Santander y estuviésemos con su Reverencia. Entonces riéndose dijo, le darán muchas memorias de mi parte, si le ven, lo cual se me hace a mi tan dificultoso, que no lo llegarán a conseguir, ni pienso que le han de ver. Todo esto nacía de la impresión que había hecho dentro de su corazón las palabras mundanas, y tanto, que tenía creído que los Padres se habían hecho a la vela. Después de haber andado cuatro leguas, llegaron finalmente a **Quintana del Puente** donde hicimos mediodía. Fuimos a parar a un mesón, donde fueron a parar, como queda dicho, los otros tres Hermanos, los que comieron con nosotros a puras instancias que les hicimos, particularmente al Hermano Manuel Ascía, que fue, digámoslo así forzado. Aquí sucedió que habiendo enviado al mesonero por un poco de vino a la taberna, no halló nada en ella, pero dijo, podíamos ir a casa del Sr. Cura, que nos vendería una azumbre o más de vino, como había ven [91] dido a otros Padres que habían pasado por allá. Fuimos allá dos Hermanos, y habiendo llamado a la puerta salió el ama a responder; preguntámosla si estaba en casa el Sr. Cura, respondió que sí; dijímosla a lo que íbamos, y que diese el recado a su merced: habiéndole dicho a lo que íbamos, respondió que no nos podía dar nada, porque no lo tenía. Después de allí a un gran rato, nos volvieron a llamar, y no solamente nos vendió lo que pedíamos, sino que nos ofreció todo lo que quisiéramos. Después de haber descansado, como a eso de las dos y media salimos de dicho lugar, saliendo con nosotros los tres referidos Hermanos. Habiendo andado como media legua encontramos un lugarcito pequeño, en donde hicimos diligencias para buscar una o dos caballerías para algunos Hermanos que andaban trabajosamente, particularmente el Hermano Carlos Serna, natural de Colindres, quien se había estropeado mucho; pero no las pudimos hallar por más que hicimos. Y no tuvo otro remedio, que el irse con otro Hermano poco a poco, que fue con el Hermano Vicente Rivas, uno de los agregados, el cual estaba de la misma manera, y fueron hasta la entrada de Burgos, que faltaba ya como legua y media. De allí a poco encontramos un hombre a caballo, al parecer de bien y nos preguntó si éramos los Novicios de la Compañía, y respondimos que sí; añadió luego que en vano nos queríamos cansar en seguir a los Padres porque había orden en Burgos para que no pasásemos de allí, pero que se nos permitía entrar en cualquier otra Religión, y dicho esto prosiguió andando su camino. Nosotros, aunque no le creímos, nos causaba admiración aquella especificación con que decía la cosa.

Finalmente llegamos a un puente pequeño antes de entrar en Burgos, donde estuvimos aguardando a que llega[92]sen todos. Pero fue gran maravilla de Dios que en el tiempo en que estábamos aguardando a estos Hermanos, llegaron también los 3 que vinieron por Torquemada, quienes nos causaron grande alegría luego que los alcanzamos a ver. Pero antes de pasar adelante, diré alguna otra cosa de estos tres Hermanos. Éstos llegaron a Torquemada, y llegaron también otros de los que habían desistido; a éstos les miraban, como a dichosos, y a los otros, porque seguían, como a desdichados. Y para decir esto, tomaron ocasión de que un Padre que pasó por allí de nuestra Provincia dio una limosna bastante crecida a uno o dos Hermanos que encontró de que habían desistido, y luego esto echaban en cara a los otros, diciendo que a ellos no se la daba porque hacían mal en seguir; no haciéndose cargo esta gente que el Padre no habría visto a estos Hermanos, o que si les había visto no sabía si eran de los que seguían o no. No obstante juntaron alguna otra limosna en dicho lugar. Prosiguieron después su viaje, y al tercer día, como queda dicho, se juntaron con nosotros en este pequeño puente de Burgos. Aquí se juntaron varios Curas, y todos nos disuadían con todas las fuerzas posibles a que desistiéramos de nuestro piadoso intento, diciendo que era una locura la que hacíamos, y otras cosas semejantes terminadas a este fin. Mas nosotros no hacíamos caso de sus palabras , proseguimos nuestro camino, y antes de entrar en la Ciudad nos salieron al encuentro dos primos del Padre Ojeda, que murió con grande opinión de santidad en la ciudad de Valladolid, y juntamente con ellos un criado del Sr. Penitenciario, que actualmente estudiaba filosofía, los cuales nos causaron a la primera vista algún miedo por no saber quiénes eran, y por si traían alguna cosa contra nosotros. [93] Pero luego que se declararon y dijeron quiénes eran, nos gozamos en gran manera y todo el miedo se convirtió en alegría. Uno de estos dos primos llamado Ramón Ojeda nos decía que de buena gana se iría con nosotros, porque, añadió, nos acompañaban más de diez mil ángeles en aquella empresa; y que no podíamos hacer cosa más acertada. El criado del Sr. Penitenciario nos decía que su amo no estaba en casa, que había marchado a fuera y que no sabía cuándo vendría; pero que si lo estuviera, se quitaría hasta la camisa por vestirnos a nosotros. Pero Dios, que le había escogido a este su gran siervo para único amparo y patrono nuestro acá en la tierra, no permitió que en semejante lance y ocasión se hallase ausente este Sr. tan querido y amante de la Compañía de Jesús. Pues, habiendo sabido que habían llegado los Novicios de dicha Compañía a la Ciudad de Burgos, medio desnudos, determinó venirse aquella noche, que no pudo menos de ser muy tarde, pues no supimos su llegada hasta el día siguiente; y la primera diligencia que hizo fue enviar a un criado (y se duda si fue él mismo) a casa de un Sastre a mandarle comprar paño para hacer cinco ó seis capas, que había entendido faltaban a dichos Novicios. Pero más adelante daremos lugar a la pluma, a que se extienda sobre la grande caridad y misericordia que usó con nosotros este buen señor. Mas siguiendo el hilo de nuestra relación, llegamos a la entrada de dicha Ciudad, donde nos paramos un poco: en esta sazón pasó un coche de un Sr. Marqués, y llamaron a un Hermano que es [94] taba sin capa, y le dieron cuarenta reales. Por aquí se paseaba también el Sr. Arzobispo*, y habiéndonos arrodillado nos echó una bendición y pasándose a la larga con los Pajes, fue prosiguiendo su paseo a pie. Finalmente llegamos al mesón, llamado de la Vega, hasta donde nos fueron acompañando los Señores que van referidos. A estos mismos preguntamos si habían oído que hubiese alguna orden contra nosotros en la Ciudad, pues que así nos lo habían dicho en el camino, a que respondieron que no había tal cosa.


Cap. 6.º
Lo que paso en la Ciudad de Burgos.

Llegamos a esta Ciudad el día veinte y cuatro de Abril, víspera del glorioso Evangelista San Marcos, y fuimos como queda dicho a un mesón llamado de la Vega, junto al cual había una plazuela donde se juntó una gran multitud de gente, luego que entramos en dicho mesón; y todo era mirarnos por las ventanas, como cosa nunca vista. Luego nos informamos de los Hermanos que habíamos enviado adelante acerca de lo que les había pasado con el Sr. Arzobispo e Intendente. Los cuales dicen así:

> "*De los cuatro que éramos, dos fuimos a casa del Sr. Arzobispo, y estando descansando el tiempo que fuimos la primera vez, fuimos de segunda, y estuvimos con su Iltma. quien luego nos preguntó ¿que quiénes éramos?, respondimos que los Novicios de la Compañía que seguían a los Padres. ¿Y qué quieren Vds.? replicó segunda vez. Señor venimos a pedir a Vuestra Iltma. licencia para poder pedir en* [95] *la ciudad alguna limosna, y juntamente suplicamos a V. Iltma. nos favorezca en alguna cosa. En cuanto a lo primero negó rotundamente la licencia de poder pedir, diciendo, que parecía muy mal que saliesen a pedir ellos mismos, por ser hijos, como suponía, de buenos padres; y que si alguno de gracia les daba alguna limosna la podían recibir. En cuanto a lo segundo, les dijo que volviesen a la mañana siguiente, como en efecto volvieron. Al tiempo de salir de Palacio dieron a un Hermano una capa, porque estaba sin ella, y un capingo. Otros dos, prosiguen, fuimos a casa del Sr. Intendente, y luego que nos vio nos hizo la misma pregunta, y empezó a decir que hacíamos muy mal en seguir, porque nos íbamos a perder; y que lo mejor que podíamos hacer, era volvernos a nuestras casas*".

Finalmente les dijo que entre dos luces fuesen todos a su casa. A estos Hermanos les dio para comer aquel día un poco de chocolate, y fue la única limosna que hizo, habiendo también negado la licencia de pedir. Nosotros quedamos admirados de oír tales cosas, y tan inopinadas del Sr. Intendente, porque teníamos antecedentes de que dicho Sr. era muy afecto nuestro, según palabras del Sr. Alférez con quien caminamos un día; y todo lo contrario nos dijo del Señor Arzobispo. Y aunque éste nos dio al día siguiente trescientos reales de limosna, como se dirá en su lugar, tan contrario viene a ser uno como otro, aunque no lo dio a demostrar tan a las claras como el Intendente. También nos dijo dicho Alférez, que su coronel era muy afecto nuestro, y que no

dejaría de darnos una buena limosna; y aunque fue así en cuanto a la limosna, hizo no obstante todo lo posible para que no siguiésemos, de donde [96] inferimos y sospechamos, estaba avisado, para que se portara de aquella manera con nosotros. Antes de que fuésemos a la casa del Sr. Intendente, se acostaron tres Hermanos que llegaron enfermos, con quienes se quedaron otros dos. Los primos del P. Ojeda se despidieron entonces de nosotros y echando uno de ellos la mano al bolsillo, dio todos los cuartos que tenía al Hermano más antiguo, a quien se lo hizo tomar, que quiso, que no; añadiendo que se alegrara tener mucho más para dárselo.

A eso de las oraciones, poco más o menos, salimos para la casa del Intendente, hasta donde fuimos cercados de una grande multitud de gente. Entramos dentro, llamamos, y saliendo a responder, dimos parte de cómo estaban ya allí los Novicios; entonces nos mandaron aguardar en un salón grande, porque estaba el Sr. Intendente ocupado. Habiéndose pasado como un cuarto de hora, nos llamó, y nos mandó entrar en el despacho.

Lo primero que hizo fue preguntarnos si íbamos allí todos, o no: a que respondimos que, menos los enfermos, y dos que estaban con ellos, los demás estaban allí. Hecho esto, y estando todos en pie, empezó a perorar en esta forma: ¿Con que Vds. tienen ánimo de seguir a los Padres?, todos a una respondimos que sí**:** Pues hacéis muy mal, replicó el Intendente, pues no queréis otra cosa que iros a perder; y esto por muchas razones. La primera, porque no nos dejarían llegar a Santander.

La segunda, que aun cuando llegásemos tenía, como cosa segura, que no nos habían de embarcar, y que nuestro viaje a buen librar, sería volvernos a nuestras casas; y añadió a buen librar, porque decía que no sabía qué [97] órdenes tenía el Alcalde de Santander contra nosotros.

La tercera, que dado caso que nos llegáramos a embarcar, lo que no sucedería, luego al punto que llegásemos a Italia nos despedirían de sí los Padres diciendo que nos fuésemos a buscar nuestra vida, porque no tenían con qué mantenernos; y añadió que no tendríamos otro remedio que ponernos a servir en Italia, unos a cachicanes para llevar agua, otros a zapateros, otros a sastres, etc.

La cuarta, que aun así estábamos excluidos de poder volver a España, y de escribir a nuestras gentes, ni poderles ver; lo que decía era grande trabajo, a lo que me parece se le respondió que era lo menos que había hecho.

La quinta, que él mismo había estado con el P. Calatayud* cuando pasó por allí, y que hablando de los Novicios, había dicho que nos íbamos a perder, si queríamos seguirles, y que no nos daría un cuarto para nuestra manutención. Esto mismo dijo había dicho el P. Barco, con quien había estado aquel mediodía con ocasión de haberse quedado enfermo en aquella Ciudad, y que si él pudiera nos llevara al mismo Convento en que se hallaba dicho Padre, y que allí cara a cara nos diría era una locura lo que queríamos hacer, y que manifiestamente nos íbamos a perder. Y que cuando un Padre Pedro Calatayud, Misionero Apostólico, hombre tan santo, y un Padre Gabriel de Barco habían dicho tales cosas, qué dudas teníamos en creer nos íbamos a perder. Y que si él no lo juzgara así, lejos estaría de decirnos tales cosas, pues bien mirado lo tenía; y que aunque era el peor de los hombres y peor que todos nosotros, no nos decía otra cosa que lo que nos convenía y sentía en su corazón, que no diría otra cosa a sus mismos hijos, si lo viera en a[98]quel estado; que mirásemos bien lo que hacíamos pues nos exponíamos a tantos y tan graves peligros, que lo consultásemos con hombres doctos que había en aquella Ciudad, y que para esto podríamos ir a San Francisco, en donde nos desengañarían , como también a otras Religiones. Y para hacer esto, nos daba de término el día siguiente, para que después de mirado y consultado, le llevásemos la respuesta a la misma hora.

La sexta, mirando a los dos Hermanos más pequeños que había, prorrumpió en esta palabras: ¿qué vocación tendrán estos niños para padecer tantos trabajos? Pues seguramente no van por otra cosa que ver a los demás ir, y así les llevaban como engañados como si la vocación fuera para sólo los grandes. Y así se le respondió que acaso aquellos Hermanos tendrían mayor vocación que todos los demás.

La séptima, que íbamos contra toda la voluntad del Rey, como se podía ver en la Pragmática. No, Señor, respondimos nosotros, porque la Pragmática no nos quita la libertad de poder seguir, sino que lo deja a nuestra elección. A esto replicó y dijo que, aunque expresamente no nos quitaba la libertad, más bien lo daba a entender en todo aquello de no darnos un cuarto para nuestra manutención, y que si a vista de esto resolvíamos el seguir, era perder la fidelidad a su R. Majestad, y caer en su desgracia. Al contrario, nos dijo, que si guardábamos fidelidad y nos quedábamos en el Reino, que él mismo intercedería entonces a la Corte para que nos acomodasen a todos. También nos dijo que el Rey no quería que siguiésemos a los Padres, porque nos juzgaba inocentes; como si nuestro delitos no fueran semejantes a los del Cuerpo de la Compañía .

La octava, que a noso[99]tros no nos movía otra cosa a seguir a los Padres que el fervor del Noviciado.

Sobre todo esto nos prohibió por último dos cosas. La primera, habiendo visto que algún otro Hermano traía el Crucifijo por de fuera, se enfadó tanto que luego mandó que lo guardasen y que no anduviesen en la ciudad con él de aquella manera, porque era hacer alarde de que éramos jesuitas, no lo siendo. La segunda, que por la ciudad no anduviésemos muchos juntos, sino de dos en dos, o de tres en tres. También añadió a esto que ninguno persuadiese a otro a que siguiese, sino que cada uno lo mirase y consultase, según lo había dicho; pues de otra manera sería querer que unos se perdiesen por otros. Todo esto pasó con el Sr. Intendente aquella noche, y lo decía con tales veras, que parecía no haber otra cosa en su corazón. ¿Pero qué espíritu sería el que se lo inspirase? ¿Sería el Ángel de la Guarda el que le ponía tales palabras en su boca?

Serían cerca de las ocho y media, cuando salimos de dicha casa. Pero de todo cuanto nos dijo, ninguna cosa nos dio más cuidado que de los Padres Pedro Calatayud y Gabriel del Barco, Catedrático de Salamanca, como dicho Intendente nos añadía. De suerte que algunos aun de los más fervorosos salían diciendo que si supieran de cierto ser verdad todo lo que había dicho acerca de dichos Padres, que de ninguna manera seguirían. Otros no dieron crédito a tales palabras y mucho menos le hubieran dado, si hubieran sabido el corazón del Padre Pedro, pero por no ser largo y prolijo diré lo que sobre este punto sucedió en la ciudad de Calvi e isla de Córcega. En otra relación que se escribió en dicha ciudad, se puso esto mismo, a saber, lo que el Intendente [100] dijo del Padre Pedro Calatayud. Su Reverencia no sabía nada de todo esto, hasta que un día se lo fue a preguntar un Padre, para ver qué verdad tenía. Quedóse pasmado a la tan pregunta su Reverencia, y al punto dijo que quién lo había dicho: respondiéronle que el Hermano que había escrito la Relación, lo había puesto en ella. Otro día, queriéndose informar bien de ello, llamó al Hermano delante del Padre Rector Julián Fonseca, y luego empezó a examinarle, diciendo: "*Mi Hermano, ¿[es]estuvo presente cuando el Intendente dijo aquellas cosas?" "Sí, Padre*", respondió el Hermano. "*¿Y dijo que yo había dicho, que no siguiesen, porque se iban a perder?" "No solamente*", respondió el Hermano, "*nos dijo esto, sino que añadió, que V.ª R.ª había dicho que no nos había de dar un cuarto para nuestra manutención*". A cuyas palabras se santiguó el buen Padre, y volviéndose al P. Fonseca exclamó: "*Mi P. Rector, con qué conciencia pudo decir este hombre tales cosas, siendo así, que el mismo día, que V.ª R.ª dijo en Santander que los Novicios venían a pie en seguimiento de su Madre la Compañía de Jesús, exclamé diciendo: que aquello era grande señal de que Dios les quería para la Compañía, y di luego al punto a V.ªR.ª los pocos cuartos que tenía para su alivio, como V.ª R.ª se acordará muy bien. Es verdad que yo estuve con dicho Sr. Intendente, cuando pasé por allí, pero no se tocó, ni se habló una palabra de los Novicio"*. Y en otra ocasión renovando la misma especie con el mismo Hermano, dijo que *"una de las cosas (entre muchas, porque yo me alegrara de volver a España) era para poder hablar cara a cara a este Sr. Intendente, y decirle que cómo había tenido atrevimiento para decir aquellas cosas, cuando ninguna de ellas se había tocado en la conversación".* Hasta aquí el Padre Pedro.

Llegamos a casa ya muy entrada la noche, y de allí [101] a poco nos pusimos a cenar unas alubias y unos huevos, por ser viernes. Aquella noche los más durmieron en un pajar, y en el santo suelo, porque no hubo más que tres o cuatro camas, y las ocupaban los enfermos; el día siguiente, día de San Marcos Evangelista, después que nos desayunamos salieron los más repartidos por diversas partes a ver los templos de la ciudad. El Hermano más antiguo fue con otro al Sr. Arzobispo y encontrándole diciendo Misa, se volvieron a casa. En este tiempo envió a llamar el Sr. Penitenciario al Hermano que hacía las veces de superior; fue al punto el Hermano a la Catedral, donde estaba su Merced, y lo primero que hizo fue preguntarle que cuántos estaban sin capa. "*Señor*", respondió el Hermano, "*estoy en que no faltan más que seis*". "*Pues mire*", dijo, "*no falten después más, porque seis ya tengo mandadas hacer; para que si falta alguna otra, la pueden hacer en este día, porque mañana es domingo y no se puede trabajar. Dígame también Carísimo*" prosiguió nuestro bienhechor, "*cuánta ropa necesitan, para que todos queden decentemente vestidos, porque quiero hacer las diligencia posibles para buscarlo*". A esto respondió el Hermano, que casi todos lo necesitaban. Hecho esto, sin más detención, sacó la llave de su casa y se la dio al Hermano que hacía de Superior, que fuese y buscase al Hermano José Martínez, que era el que se seguía al más antiguo, o a otro, si no hallaba a éste, y que fuesen a casa; y que si llamando no respondían, por no haber nadie en casa, que entonces abriésemos nosotros y entrásemos en ella , como si fuera nuestra, y aguardásemos allí hasta que él fuese a casa, porque tenía que asistir a las Procesiones y no podía por entonces ir. El Hermano más antiguo, no hallando a mano al Hermano referido, tomó a otro y fue luego al punto a dicha casa, y habiendo llamado a la puerta, salió luego a abrir el ama, quien luego que nos vio, se echó a llorar; después nos [102] llevó a su cuarto, en donde estuvimos aguardando hasta que vino el Sr. Don Joaquín. Este Señor tenía por criados en su casa a un teólogo y a un filósofo, quien a la cuenta había salido muy de mañana a pedir limosna por nosotros, por mandato de su amo. Pues de allí a poco que llegamos a casa, vino cargado con unas alforjas llenas de mil cosas. Porque traía tocino, alubias, pimienta, chocolate, camisas, hilo, y otras cosas menudas.

Interin fueron también los Hermanos a casa del Sr. Arzobispo, quien les dio 100 reales de limosna, mandándoles ir otras dos veces, y en cada una de ellas les dio otros 100 reales. No supimos por qué causa les mandó ir tres veces. Y aunque este Sr. Arzobispo se portó por entonces con nosotros de esta manera, no por eso dejaba de ser por otra parte nuestro amigo; porque aunque no nos disuadió cara a cara el que siguiésemos, tampoco nos lo persuadió. Oímos en Córcega, que este Señor escribió que había preguntado a los Novicios que qué se decía en el Noviciado del Sr. Palafox*; y que respondieron se hablaba muy mal de él. Todo esto no tuvo verdad alguna, según lo declaran todos los que han venido en seguimiento de nuestra Madre la Compañía..

A eso de la once vino a casa el Sr. Don Joaquín y estando ya enterado de que no podíamos nosotros pedir, salió él en persona hacerlo por nosotros. Principalmente se valía de aquellos sus conocidos, y de quienes hacía más confianza, y luego que llegaba a ellos, pedía su limosna en esta forma: "*Señores, los HH. Novicios no pueden pedir, pero pueden recibir*". Así se explicaba la abrasada caridad de nuestro Sr. Don Joaquín. Y fueron tan eficaces las palabras de nuestro suplicante que luego acudían a la casa de dicho Señor, unos con cuarenta reales, otros [103] con sesenta, y algunos con ciento; y entre ellos fue el Sr. Ramón Ojeda con un puñado de pesetas, que le había dado un tío suyo. Otros venían con unos calzones, otros con medias, otros con chupas, otros con camisas, y otros finalmente con zapatos. Pero el Sr. D. Joaquín a ninguno quería quedarse atrás; y así dio de su propia bolsa, antes de salir a pedir, quinientos veinte reales, quejándose de no tener en aquella ocasión más dinero suelto. Además de esto dio seis capas nuevas, y fue tanto el sentimiento que tomó, cuando al tiempo de repartirse, vinieron a faltar dos, que ya tenía quitada la que tenía sobre sus hombros, para dársela a un Hermano, a no habernos opuesto a tan abrasada caridad, diciéndole que Dios lo remediará por otra parte; pero él no obstante insistía en dársela, diciendo que más quería quedarse sin ella, que sus carísimos Hermanos fuesen a cuerpo. Pero se

admitió su buen afecto aunque no se admitió aquella caridad que rebosaba en su corazón, pues quería darnos aun lo que tenía sobre su cuerpo. Esto fue un equívoco, porque algunos Hermanos andaban con las capas de otros y pensado que ya la tenían, sacamos que faltaban seis, siendo ocho. No paró aquí su afecto, sino que además de lo dicho nos dio chocolate para todo el camino, tocino, tabaco a los que lo tomaban, tres pañuelos de color, un mazo de estampas del Sagrado Corazón de Jesús, seis Crucifijos con sus cordones nuevos, medallas, las que quisiéramos tomar. Y pasando más adelante su afecto, llegó a decir que si pudiera ponernos a cuestas toda su casa, de suerte de que lo pudiésemos llevar, que desde luego nos lo daba.

Pero ¿quién podrá explicar el sentimiento que tenía con lo que sucedía a la Compañía? ¡Mas ah! que no sentía él tanto esto, como muchas veces repitió, cuanto el no ser desterrado con ella; porque decía que Dios siempre se lleva [104] lo bueno, y deja lo malo, y que como él era malo, por eso le había dejado. Añadió que aquel sería el día de mayor consuelo para él cuando le desterrasen con la Compañía; y que de buena gana lo dejara todo con tal de que le dejasen sacar la Biblia, Breviario, y Crucifijo, y que con estas tres armas se iría hasta encontrar a la Compañía. Decía que le habían quitado la carta de Hermandad, pero que no le habían quitado más que las letras; pues jamás le quitarían la Hermandad que tenía muy en su corazón. Que el consuelo que le daba era que a la hora de la muerte esperaba morir con la ropa de la Compañía, como lo tenía alcanzado de N. M. R. P. General. Mucho clamaba y suspiraba por su compañero misionero, que era el P. Francisco Javier Buelta, con quien él pasaba la vida ayudándole en las misiones, y deseaba también acabarla confiando en Dios en que todavía se había de juntar con él, ya fuese en España, o ya en el destierro, que tanto deseaba. Pero entre tanto dio al Hermano, que hacía las veces de Superior, un papelito para dicho Padre en que le saludaba con una o dos sentencias de la Escritura, diciendo que ya que no lo podía ver con los ojos del cuerpo, le miraba y veía con los ojos del alma. Así se explicaban aquellas entrañas llenas de misericordia que no sabían respirar más que caridad. Todos sus ajuares eran propios de un jesuita, su estudio aparte con su Crucifijo en la mesa. Toda su librería estaba compuesta de Autores de la Compañía, y entre ellos, por haber sido muy afecto a la Compañía, tenía a Fray Luis de Granada. Su trato para con nosotros era el mismo que el de un Novicio; y porque nos reíamos cuando nos llamaba Carísimos y [105] decía siervo de mis Hermanos, entonces nos cortaba la risa diciendo que no teníamos por qué reírnos, pues sabía también como nosotros el estilo del Noviciado. Trajeron de limosna unos calzones de triple y porque rehusaba el Hermano el ponérselos, le dijo que él hacía las veces del P. Fonseca y que le absolvía del voto de pobreza, si lo hacía por escrúpulo, pues verdaderamente no había por qué tenerle. Aquel medio día comió el Hermano más antiguo con otros dos con dicho Sr. D. Joaquín, quien se gozaba mucho de estar con ellos, y sin duda hubiera llevado a todos a su casa, si no hubiera sido por disimular y no meter ruido; bien que casi toda la Ciudad sabía el buen hospedaje que teníamos en casa del Sr. Penitenciario. A la noche cenaron seis y durmieron en dicha casa disponiendo las camas necesarias para ellos. Interin estuvimos comiendo con su Merced, le contamos todo lo sucedido con el Señor Intendente, y de lo que pasó con el Arzobispo. De éste nos dijo que él había estado aquel día mismo con su Iltma., y que hablando de nosotros le dijo que el día antecedente, cuando llegaron los dos primeros Novicios, se le ofreció si serían dos tunantes que venían engañándonos, con capa de Novicios de la Compañía, para que así les diese limosna; pero luego me desengañé, cuando les vi con la modestia que acostumbran guardar los de la Compañía. Del Intendente nos dijo que no hiciésemos caso de todo cuanto nos había dicho, porque todo era para amedrentarnos y salir con la suya. Que no era creíble cuanto nos había dicho del P. Pedro Calatayud; y que si era lo del otro Padre, ¿por qué no nos llevaba a estar con él,?, pues en su mano estaba. Que mucho menos habíamos de hacer caso de todo lo que había dicho acerca de las vocaciones, porque, ¿qué entendía él de vocaciones?. Bastábame a [106] mí, dijo Don Joaquín, creer que la vocación de todos mis Hermanos era de Dios sólo con verles venir con tantos trabajos, y a pie desde Palencia, hasta esta de Burgos. Que confiásemos mucho en su Divina Majestad que habíamos de embarcarnos con los Padres e ir con ellos, aunque tanto repugnaba esto al Intendente. De esta manera fue refutando todo

lo demás. Suplicamos a su Merced, que nos hiciese el favor de confesarnos a todos aquel día, para comulgar al otro que era domingo. Luego se ofreció con mucho gusto, diciendo que a las cuatro de la tarde iría a la Catedral, y que allí nos confesaría. Luego enviamos recado al mesón, para que a tal hora estuviesen preparados todos. Pero el Demonio, como tal astuto, nos quitó este consuelo que teníamos, de confesar y comulgar: y fue del modo siguiente.

Nosotros no estábamos convocados a ir a la casa del Sr. Intendente hasta el anochecer, como queda dicho, lo cual nos daba lugar para hacer aquel ejercicio piadoso. Pero no sabemos si tuvo algún soplo el Intendente de lo que queríamos hacer, o cómo fue; pues a eso de las tres de la tarde nos envío a llamar, y luego al punto se fue en busca de los Hermanos que habían salido a ver la Ciudad. Estando ya todos juntos, fuimos a dicha casa como a las tres y media. Pero aquí nos sucedió lo mismo que el día antecedente, aguardando más de un cuarto de hora en el salón. Pasado este tiempo, nos envío a llamar, y entramos en la sala donde nos estaba esperando nuestro insigne predicador; y luego nos pusimos en fila como la vez pasada.

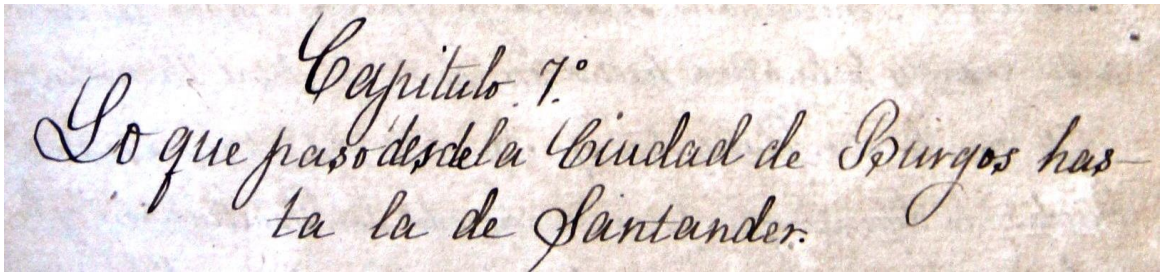
Él, ante todas cosas, nos preguntó, que qué teníamos resuelto, a que respondimos que el seguir: "*La perdición,*" [107] respondió él, "*quieren antes seguir que otra cosa alguna. Pues hace poco,*" prosiguió el Intendente, "*que vengo de estar con el P. Barco y me dijo lo mismo que ayer: que sin remedio se iban a perder, que era una locura y una temeridad el seguir*". No obstante, fue preguntando a cada uno si lo había consultado, con quién, y qué había resuelto en este punto. Y empezando por el primero que estaba a una esquina le dijo: *"¿Vd. lo ha consultado*?". "*Sí, Señor*", respondió el Hermano. *"¿Con quién?*", "*con un Padre Trinitario*". "*¿Y qué le dijo*?", "*que siguiese hasta hacer todo lo posible*". " *¿Y que ánimo es el suyo*?", "*hacer esto mismo*". "*Qué mucho*", replicó el Intendente, "*que les digan que sigan si lo van a consultar con uno de la Escuela*". Pasó a otro, y le hizo la misma pregunta, diciendo que con quién lo había consultado, a lo que respondió el Hermano, que con un Carmelita; y "*¿qué le dijo*?", "*que siguiese mi vocación*". Este tal Hermano lo había consultado en Torquemada con dicho Religioso, y le había dicho, que siguiese, y no quiso consultarlo segunda vez. Otros dos o tres respondieron que lo habían consultado con el Sr. Penitenciario; y aunque a esto no dijo nada, luego se le conoció en la cara que puso que no era mucho que nos dijese que siguiésemos, si con tales personas lo íbamos a consultar. Luego pasó el Hermano más antiguo y le preguntó que si lo había consultado, respondió sí; "*¿con quién*?" dijo el Intendente, "*con el espíritu y con la carne*", respondió el Hermano. "*¿Y qué le dice su espíritu y su carne*? "*Señor, en cuanto a la carne, habiendo considerado los muchos trabajos que V. Señoría nos ha dicho hemos de padecer si seguimos, se inclina a quedarse en el Reino; pero* [108] *el espíritu, a que debemos seguir dice lo contrario: pues dice que debemos seguir la vocación hasta el último extremo*". En fin, halló que casi todos lo habían consultado menos dos; y todos dijeron que querían seguir, excepto los dos, que dijeron les pusiese una cruz, porque lo querían consultar. Estos fueron los Hermanos Miguel Elizalde y Javier Ibarra, de los cuales el primero tenía hecho voto de seguir hasta no más poder, y era así, el uno como el otro, Hermanos de mucha virtud. También preguntó que si quería seguir o no los Hermanos enfermos, que eran dos, a saber, el Hermano Pedro Rodríguez, el que con tantos trabajos había llegado a dicha Ciudad y el Hermano Juan Noya: a respondimos que uno y otro querían seguir.

Concluido todo esto, nos mandó aguardar hasta que viniese el Secretario, y luego que vino, le dijo: "*Vd. es testigo cómo yo he hecho con estos todo lo que debía hacer, ellos no obstante se quieren ir a perder*". Luego le mandó tomar la pluma y escribir lo siguiente: "*Ponga Vd. el nombre de cada uno, de dónde es y quiénes son sus padres, con quién han consultado su vocación, y cómo quieren seguir, para que esto hecho, mañana vaya la lista a la Corte*". Así se hizo, y después de haber concluido con todos nos intimó las órdenes siguientes. Primero, que para las ocho de la mañana tuviésemos desocupada la Ciudad, so pena de que si se hallaba alguno en ella a dicha hora, sería metido en un calabozo, y que para ésto ordenaría a todos sus ministros que estuviesen en vela

en aquel tiempo. Aquí replicó un Hermano al Intendente, y dijo que si no ha[109]bía de permitir dejar algún Hermano para que hiciese compañía a los enfermos, a lo que respondió que no había de quedar ninguno, que llevasen los enfermos al hospital. "*¿Y qué caridad es esa Sr. Intendente*", dijo el Hermano, "*pues no nos deja Vuestra Señoría asistir a nuestro Hermanos*?". La caridad, dijo el Intendente, era llevarles al hospital. Entonces el Hermano, como enfadado, dijo, después de haber firmado que quería seguir, que le pusiese una cruz, pues tenía que consultar (varias cosas) ciertas cosas; lo que admitió prontamente el Intendente. Este Hermano se nos hizo sospechoso desde aquella hora, aunque hasta allí parecía haberse portado lo mejor que pudo**.** Segundo, ordenó que no saliesen juntos, sino divididos. Acabado de imponer esto, le hicimos las peticiones siguientes: primera, que nos diese pasaporte hasta la Ciudad de Santander, pero él sin dar lugar a otra cosa la negó redondamente. No obstante le hicimos la segunda, de que nos dejase buscar un carro o algunas caballerías para llevar nuestra ropa; más él no quiso mudar de parecer. De suerte que llegamos a desistir en proponer las demás peticiones, porque conocíamos habían de tener la misma respuesta. Finalmente dijo que nos marchásemos (y esto era lo que nosotros deseábamos) y que volviesen con la respuesta cuanto antes los que tenían la cruz. Salimos de dicha casa como a las seis de la tarde poco más o menos. Unos se fueron en derechura al mesón, y otros se detuvieron en algunas casas a donde les llamaron e hicieron refrescar; y a la verdad, la mayor parte de la Ciudad era afecta nuestra, y se conocía que el no hacer algunos más extremos con nosotros era por estar llenos de temor. Ellos decían claramente la suma falta que hacían en aquella Ciudad los Padres de la Compañía, y no cesaba de [110] clamar por sus Padres espirituales. A una casa llamaron al Hermano más antiguo y al Hermano José Martínez, que juntamente iba con él; a los cuales hicieron refrescar por más que resistieron, y entre tanto, estuvieron diciendo el grande bien que se había perdido con la expulsión de la Compañía. Salieron de allí dichos Hermanos y pasaron por una tienda a donde les llamó una señora, y sin poder hablar una palabra, echó a llorar, y dio una limosna de dos o tres pesos, y nos salimos sin poder hablar una palabra. En otras casas se explicaban casi del mismo modo. Fuése el Hermano José Martínez al mesón y el Hermano más antiguo a casa del Sr. Penitenciario. Este contó a dicho Señor todo lo que había sucedido con el Intendente; quien conoció luego al punto su falsa y dañada intención. Acerca de lo que dijo, hablando de los enfermos, nos aseguró el Sr. D. Joaquín que no nos diese cuidado, porque él los llevaría a su casa. Que de lo del pasaporte confiásemos en Dios, que como habíamos llegado allí sin él, llegaríamos también a Santander. De la salida a las ocho de la mañana, nos dijo que podíamos oír Misa temprano y salir presto de la Ciudad, no tanto por lo que había dicho el Intendente, cuanto por nuestra mayor comodidad. Todo parecía ser cosa fácil de componerse. Sólo le daba cuidado el carro o las caballerías, pues temía que ninguno se atrevería (por temor) a dar carruaje. Pero no obstante, dijo que confiásemos en Dios, que no le faltaría. Antes de anochecer, como al toque de oraciones, envío a llamar a un Sr. Cura , confidente suyo, a quien dijo que viese si podía conseguir esto con algunos, que lo podían hacer, y a quienes él trataba familiarmente; a lo que respondió dicho Sr. que sería muy difícil por no disgustar al Intendente. En[111]tonces el Sr. Penitenciario se echó esta cuenta: mis Hermanos han de pasar por Quintanadueñas, que estaba a una legua separada de Burgos, y yo les daré un papelito para el Cura de dicho lugar, quien luego al punto hará las diligencias para un carro. Pero no sufriéndole el corazón, el que fuésemos cargados hasta allí con nuestras mochilas, prosiguió haciendo diligencias por toda aquella noche, en busca de carruaje. Para esto fueron dos Hermanos a las Huelgas, quienes decían tenían poder para mandar dar caballerías o carros. Mas ellas aunque se mostraban afectas y dieron alguna limosna, con todo eso , sabiendo que el Intendente no solamente no había querido dar caballería alguna, pero ni aun licencia para que la diesen, ellas tampoco quisieron resolverse a ello. Así quedó por aquella noche

Enviamos recado al mesón para que madrugasen los que allí dormían, que era la mayor parte; pues fuera no había más que seis, que comieron y cenaron en casa del Sr. Penitenciario y cuatro que llevó el Sr. Jocano, Cura Párroco de Santiago, hombre muy afecto a la Compañía. En esta noche se hizo repartición de las capas, y se acomodó en dos maletas toda la ropa que se había

juntado de limosna, en una la negra y en otra la blanca. A la mañana del domingo, nos despertó el Sr. Penitenciario a los seis que allí dormíamos, para desayunarnos cuanto antes, e ir a oír Misa. Hecho esto, salimos los seis con el Sr. Don Joaquín , para ir a la Catedral , en donde nos diría la Misa. En el camino nos dijo que tuviésemos confianza en Dios de que nos habíamos de embarcar con los Padres, y que él diría la Misa por esta intención. Así fue, y acabada la Misa llamó al Hermano más antiguo aparte y le dio una bolsa en donde tenía todas las limosnas [112] que había juntado. Todo lo que su Merced dio de su propia bolsa, que fueron como queda dicho 520 reales, y otras limosnas, lo tenía el Hermano José Martínez. Entonces, pregunto el Sr. Don Joaquín a dicho Hermano más antiguo que qué sentía de aquel Hermano, a que respondió que el día antecedente le había dado mala espina aquello que había sucedido con el Intendente; también dijo dicho Sr., "*sospecho yo, que se va a su casa y no sigue. Pero no obstante, mis Hermanos, estén firmes, no se acobarden*". Entonces le dije también, que nos fuésemos a cuerpo y dejásemos toda nuestra ropa en el mesón, porque él buscaría carro y nos lo enviaría al lugar a donde fuésemos a dormir; tan ajeno estaba de respeto humano, quien toda su confianza ponía en Dios. Más ello así fue, porque el carro llegó, aunque por camino diferente, a un lugar llamado Huérmeces casi al mismo tiempo que nosotros, habiendo salido de Burgos después de medio día. Luego se despidió de dicho Hermano diciendo que sentía mucho no salir a despedirnos hasta fuera de la Ciudad; y era, porque estaba el confesionario lleno de gente y tenía que irles a confesar, porque acaso tendría que hacerlo toda la mañana, según la multitud de gente que había. Porque además de los que se confesaban antes con él, iban también ahora la mayor [parte] que se confesaban con los jesuitas. Nosotros salimos del mesón, en donde encontramos malas nuevas, pues el Hermano Miguel Elizalde había ido a consultar su vocación con un Padre de San Francisco llamado P. Barrio, tenido por hombre grave, quien le dijo que pecaba mortalmente si seguía; y habiéndole replicado el Hermano que tenía hecho voto de seguir hasta más no poder, respondió el fraile, su voto es nulo y no le obliga a Vd., y así no lo puede hacer en conciencia. El Hermano, aunque tan bueno, se persuadió al oír aquello, que era verdad [113] lo que decía y desistió de su vocación. Lo peor fue que a imitación suya lo consultaron también los Hermanos Javier Ibarra y José Altamira, y ambos dos fueron por el mismo camino que el primero. Otro llamado Miguel Ardanaz, Coadjutor, y nuestro cirujano se fue sin saber cómo, sin despedirse de nosotros. Al contrario el Hermano Carlos Serna, natural de Colindres dos leguas de Santander distante, habiéndole hecho una tía suya, que estaba en dicha Ciudad, muchas instancias a que se quedase en su casa, y que después le llevaría en coche a la suya, de ninguna manera le pudo reducir a que se quedase, sino que decía que quería seguir a su Madre la Compañía de Jesús. Dejamos según nos había dicho el Sr. Don Joaquín toda nuestra ropa y mochilas en el mesón. Luego fue un Hermano al más antiguo y le dijo que saliese con los primeros, que él aguardaría a salir con los últimos. El Hermano no conociendo la intención del otro, y habiéndole dado crédito, salió con los cinco primeros, a quienes fueron acompañando el Sr. Ramón Ojeda, y un estudiante que estaba con él . Eran las 7 y media de la mañana cuando ya estábamos casi todos fuera de la Ciudad, y nos sentamos un rato esperando a los demás.



Capitulo 7.º
Lo que pasó desde la Ciudad de Burgos hasta la de Santander.

En este tiempo en que estábamos aguardando a los Hermanos, pasaron junto a nosotros un buen hombre y una buena mujer que, preguntando si éramos los Novicios de la Compañía de Jesús, [114] y respondiendo nosotros que sí, compadeciéndose de nosotros exclamaron: uno, que se alegraba de que siguiésemos la virtud, la otra que siguiésemos nuestro aquél. Nosotros, viendo que no venían cuatro Hermanos que faltaban, a saber los Hermanos José Martínez, José Prado, Gaspar Ferrero y Pedro Otero, proseguimos nuestro camino con ánimo de esperarles en **Quintana de Dueñas [=Quintanadueñas]**. Faltaría como un cuarto de legua para llegar a dicho lugar, cuando llegó corriendo a nosotros el Hermano Pedro Otero con la nueva de que el Hermano José Martínez había

ido al Intendente, y había conseguido de él, el quedarse con los enfermos, y que para esto había hecho quedar consigo al Hermano José Prado, Hermano de mucha virtud, y natural de Santiago; y que el Hermano Gaspar Ferrero se había quedado para ir con el carro. Nosotros, que no podíamos hacer volver a casa al Sr. Ramón Ojeda, porque quería llegar con nosotros hasta el referido lugar, tomamos esta medida para que volviese. Según cuentas que habíamos echado, se quedaba un Hermano con cerca de mil reales, y no era razón de que se quedase con tanto dinero, en medio de que se hacía sospechar no se quedase para esto había gran motivo, pues el Sr. Penitenciario se había ya ofrecido a llevar a los enfermos a su casa, y lo hubiese hecho sin duda, si el tal Hermano no hubiera salido con lo otro. Habiéndose ofrecido el Hermano Pedro Otero a volver a la Ciudad, le dijimos que fuese a casa del Sr. Penitenciario y le dijese lo que pasaba, para que pudiese remediar algo; y le fue acompañando el Sr. Ramón hasta la Ciudad, y ofreciéndole llevar a casa del Sr. Don Joaquín, no quiso ir el allá el Hermano, sino que se fue derecho al mesón, y estando con dicho Hermano le pidió de parte del más antiguo, y [115] de todos los demás, parte del dinero con que se quedaba. Pero él le dio 220 reales, diciendo que no se quedaba con más de lo que era menester para pagar la posada, y asistir a los enfermos. También le dijo que si traía buenas nuevas o noticias del Hermano que estaba en Santander, que fuese por ellos a Burgos. Así se fue, pero cuando volvió nuestro espía a dicha Ciudad, no encontró más que uno que habían dejado en el hospital. Éste fue el Hermano Pedro Rodríguez. Los demás se habían ido a sus casas; y esto fue porque el tal Hermano de allí a dos días que habíamos salido de la Ciudad, salió con ir a consultar su vocación, y habiéndole dicho el consultor que no podía en conciencia seguir, luego desistió. El cual dando parte a los otros tres Hermanos, diciéndoles que bien veían que no podía ser el seguir fueron luego al punto a casa del Intendente a firmar que no querían seguir. Pero como no pudiese ir el Hermano Pedro Rodríguez por hallarse en cama, se ofreció dicho Hermano a decir al Intendente que él tampoco quería seguir. El Hermano Pedro Rodríguez, en fuerza de las palabras que le dijo el otro Hermano, y viéndose solo y desamparado, condescendió con él. Después que hicieron esto con el Intendente, llevaron al Hermano Pedro Rodríguez al Hospital, donde tuvo que padecer mucho, como contó el mismo Hermano al Hermano Villanueva. El dicho Hermano, que había quedado para asistir a los

enfermos, se fue a su casa y llevó consigo al Hermano Juan Prado, quien habiendo estado algunos días en su casa, se partió para Santiago. También llevó consigo al Hermano Juan Noya, el segundo enfermo; pero este se quedó en un monasterio de Benitos llamado Sagunto [=Sahagún], por Sacristán, y se cree haberse quedado religioso en dicho monas[116]terio (de Benitos llamado Sagunto). Después el Hermano Pedro Rodríguez dijo al Hermano Juan Villanueva que él también quería seguir; pues en realidad (como dijo el Sr.Penitenciario al Hermano Juan) no había desistido, porque no bastaba que lo hubiese dicho otro, no habiendo firmado el Hermano de su propia mano. El Hermano en eso quedó; pero como no pudiese por entonces ponerse en camino con nuestro Hermano Villanueva, no sabemos en lo que ha parado después. Él ciertamente dio muchas pruebas de que Dios le quería para la Compañía , como se puede sacar del hilo de la Relación.

Nosotros llegamos a Quintana de Dueñas como a las nueve de la mañana, en donde paramos a tomar un bocado de pan. En este lugar se incorporó con nosotros el Estudiante, que vino desde Burgos, porque jamás se quiso separar de nosotros , e hizo tantas instancias a que le admitiésemos entre nosotros que nos vimos como obligados a hacerlo. Para esto alegó que ya le tenía admitido nuestro P. Provincial, y que acaso dentro de ocho días hubiera ido al Noviciado, si hubiera subsistido la Compañía. Pero ya que no lo podía gozar en España, lo quería disfrutar en el destierro; y que por tanto quería ir a Santander con nosotros para conseguirlo. Para esto también le ayudaba mucho llevar el mismo hábito que nosotros. El pan que aquí compramos no nos lo dejó pagar, sino que él se empeñó en hacerlo con los pocos cuartos que traía. De allí a un rato partió con los demás a un pequeñito lugar llamado **Arroyal [=Arroyal de Vivar]**, en donde habíamos determinado hacer el mediodía, y distaba como media legua corta de este otro lugar. Aquí se quedó el Hermano [117] más antiguo con otros tres para ir a visitar al Sr. Cura de parte de Don Joaquín. Estaba el Sr. Don José García, que así se llamaba el Cura, diciendo Misa, y estuvimos aguardando en la Iglesia hasta que acabase la Misa. Pero la atención de la gente, luego que entramos, casi era mayor a nosotros que al Santo Sacrificio de la Misa, pasmados de vernos en aquel traje. Después de acabada la Misa fuimos a la Sacristía y estuvimos con su Merced, quien se alegró mucho de vernos y luego de contado nos dio todo el dinero que había recogido de los Responsos, imitándole también en esto el Beneficiado. Se acercaron allí el Secretario y su mujer y nos dieron dos o tres pesetas. Habiendo dicho el Sr. Cura la determinación que había tenido acerca de que dicho Sr. Cura hiciese las diligencias de un carro para llevar nuestra ropa, luego al punto mandaron buscar hasta unas cuatro caballerías, para poder ir nosotros con más comodidad, aunque no fuese más que para una jornada. La mujer del Secretario nos dijo, que llamásemos a los demás, pues había puesto una olla de pichones para todos; a que respondimos que no podía ser ya, porque los demás habían marchado delante. Sintiólo mucho dicha Señora y dijo que se había gozado en gran manera, luego que supo que habían llegado allí, y que luego al punto hizo las diligencias para disponernos qué comer; pero ya que no podíamos todos a los menos fuésemos cuatro. A esto también nos excusamos, diciendo que los demás Hermanos nos estarían aguardando y no se pondrían a comer hasta que nosotros llegásemos. [118] Finalmente, no viniendo las caballerías a tiempo, por estar el pasto bastante distante, fuimos poco a poco andando, y nos fueron acompañando dichos Señores cerca de un cuarto de legua. En este tiempo pasaron una mujeres con una pollinas, y les dijo el Secretario que nos hiciesen el favor de llevarnos a caballo hasta dicho lugar y que ellos nos enviarían las otras. Ellas vinieron con mucho gusto en llevarnos, compadeciéndose grandemente al vernos de aquella manera, y se alegraron de que siguiésemos a nuestra Madre la Compañía. Luego que llegamos a dicho lugar se despidieron de nosotros, quedando muy agradecidos del favor que nos habían hecho. De allí a poco llegaron las caballerías de Quintana de Dueñas. A eso de las doce

nos pusimos a comer con el recien Novicio, dando nuestras gracias acostumbradas. A esto se siguió el reposo como hasta las dos, a la cual hora habíamos determinado salir de dicho lugar, e ir a dormir a **Huérmeces**, cuya distancia era de casi 3 leguas. Enviamos delante dos Hermanos para que buscasen posada; y fueron de allí adelante aposentadores, a saber, el Hermano Julián Mochales, Escolar y Francisco Losada, Coadjutor. Los demás salimos a la hora dicha, y entre los primeros salió el nuevo Novicio, con mucho consuelo de su alma, por ver que iba a lograr lo que tanto deseaba. Pero presto se le frustró este consuelo, porque habiéndole echado de menos su padre al tiempo de comer, y viendo que no aparecía por toda la Ciudad, sospechó al instante que se le había ido con los Novicios; y luego tomaron dos caballos, él y un criado, y salieron al atajo, un cuarto de legua más allá del Arroyal, y cogiéndole entre [119] las manos, le subieron en una de las caballerías y le llevaron que quiso que no, a su casa. Allí el llanto, allí el dolor, allí el grito; allí era tan grande el desconsuelo que no es fácil el explicarlo. Cubrióse el rostro con su sombrero, y así fue llorando a casa. El Hermano Ezcurra no salió, por estar con la terciana, hasta que cayese el sol, y para esto quedaron dos caballerías una para él, otra para el Hermano que quedaba acompañándole .

Nosotros llegamos a dicho lugar de Huérmeces poco antes de ponerse el sol, y al mismo tiempo llegó el carro como queda dicho. Los aposentadores habían ido a un mesón en donde les dijeron que no podían aposentarlos; lo uno porque no llevaban caballería, lo otro porque no cabían allí todos. Los Hermanos no sabiendo a dónde volver la cabeza, se fueron a los Alcaldes y les dijeron: Señores, nosotros somos los Novicios de la Compañía, y no podemos hallar posada, para unos veinte y dos que venimos; suplicamos, que nos hagan Vds. el favor de buscárnosla, que nosotros la pagaremos. Luego les llevaron a casa del Sr. Cura Párroco, quien les recibió con mucho agrado, y allí nos aposentamos todos. El Sr. Cura, Beneficiado y Alcaldes, sabiendo lo que el Sr. Penitenciario había hecho con nosotros, quisiera también imitarle en lo que pudiera. Grande afecto, a la verdad, que nos mostraron sobresaliendo en esto nuestro Sr. Cura Párroco, quien había profesado la escuela Jesuítica, y quien se compadecía en gran manera de nuestros trabajos. Mucho se regocijaba en tener libros cuyos autores eran jesuitas. Allí tenía la carta que había escrito el Arzobispo de París* a favor de la Compañía. Ya se llegaba la hora de cenar y no habían venido los dos [120] Hermanos que quedaban en el Arroyal y nos daban algún cuidado por ser bastante de noche; pero al fin llegaron como a las 9, alegrándonos mucho de su llegada. De allí a poco llamó el Señor Cura a los Beneficiados y con mucho gozo y alegría cenaron todos con nosotros; pareciéndoles poco todo cuanto nos daban. Así premió Dios la confianza del Sr. Don Joaquín, quien decía padeceríamos mucho en cuanto a la comida por ser muy miserables los lugares hasta Santander; pero que confiaba en Dios nada faltaría. Así aconteció en este lugar en donde no hubiéramos hallado qué comer, si no hubiera sido por el brazo eclesiástico. Acabada la cena, dispusieron dichos Señores y entre ellos se encontraban los Alcaldes, que los Hermanos se repartiesen por sus mismas casas para dormir. Así fue, pues los Beneficiados llevaron una parte, los Alcaldes otra y con la tercera se quedó el Sr. Cura. Este encargó a los Alcaldes que buscasen para el día siguiente todas cuantas caballerías pudiesen, y que dijese era para una obra grande de misericordia. Esta noche sucedió que, habiendo ido a buscar la maleta de la ropa negra para que se mudasen algunos Hermanos que tenían necesidad, nos hallamos burlados, porque no la encontramos por más diligencias que hicimos. El hombre del carro no nos pudo dar más noticia de la maleta que de la ropa blanca, diciendo que no había visto alguna otra maleta. A la mañana siguiente escribió una

carta el Hermano más antiguo al Sr. Don Joaquín, diciéndole lo que había sucedido; y la remitió por el hombre que había venido con las caballerías de Quintana de Dueñas; porque éste [121] había de volver aquel día a casa, y se ofreció pasar por Burgos. No tuvimos respuesta hasta la Ciudad de Santander; la cual fue esta: Yo procuré que toda la ropa fuese al mesón y encargué a los que allí habían quedado, que lo enviasen con todo lo demás, y después no he sabido más de ello. Hasta aquí el Señor Don Joaquín con lo demás que se dirá en su lugar. Los Alcaldes vieron por la mañana con once pollinos para la jornada de mediodía; lo que causó mucha alegría a los Sres. Curas. El Sr. Cura párroco dio a los dos Hermanos aposentadores un cuarto de carnero para comer aquel mediodía, diciendo que no dejásemos de pasar por su casa el día siguiente si no lo llevamos prevenido. Luego se partieron dichos Hermanos a un lugar llamado Santa Cruz, tres leguas y media de éste. También nos aconsejó que fuésemos a dormir a Basconcillos, distante de Santa Cruz como unas dos leguas. Además de esto, nos dijo, que nos fuésemos a aposentar a casa del Sr. Don Angel Cura de dicho lugar; porque era muy afecto nuestro, y de la escuela de la Compañía; y que sin duda nos recibiría con mucho gusto y contento, y se portaría con nosotros con toda urbanidad. Nosotros aprendimos muy bien la lección, todo fue necesario, por lo que se dirá más adelante.

Salimos de Huérmeces como a las 6 de la mañana; y queriendo por último pagar la posada, no sólo no quiso tomar cosa alguna el Sr. Cura, sino que pensó que le hacíamos agravio en ello. Salió a la puerta a vernos montar en los pollinos, y sintió no se hubiesen encontrado otros dos o tres más para tres Hermanos que tenían que irse remudando con otros; y así llegamos a **Santa Cruz** a las 10 de la mañana. Sirviónos de cruz, Santa Cruz, por no hallar una casa en donde pudiésemos comer un bocado con sosiego. Tuvimos que quedarnos en el campo, y a la sombra de una torre hicimos mediodía. Allí trajeron una olla que de caridad cocieron en una casa, no había más que cocer que lo que nos dio el Sr. Cura de Huérmeces. De mesa nos sirvieron el duro suelo y la hierba del campo; de tenedores y cucharas los cinco de cada mano. Concluido esto, remitimos todas nuestra caballerías a Huérmeces con muchas gracias y agradecimientos para todos aquellos Sres. que así nos habían agasajado. Salieron los aposentadores como a la una de la tarde, y a las dos salimos los demás. Llegamos a **Basconcillos** [=**Basconcillos del Tozo**], como a las 5; y salieron al encuentro los dos Hermanos, diciendo que bien podíamos ir adelante, porque no teníamos en aquel lugar dónde recogernos. Habían ido a casa del Sr. Cura, y hallaron que estaba fuera su Merced; y así suplicaron al ama que nos hiciese el favor de recogernos por aquella noche; nos respondió que no podía ser, por no haber comodidad en la casa para ello. Al oír esta respuesta, se fueron a un mesón; nos dijeron que para dos era bastante, que más no cabían. Fueron a casa del Regidor, y le habló el Hermano Pedro Otero, a quien se le antojó esta tarde ir adelante, en esta forma: "*Sr. Regidor, nosotros somos Novicios de la Compañía de Jesús, es preciso, que nos de Vd. alojamiento para esta noche*". El Regidor les envió al mesón, pero como era tan poco capaz dejaron de ir allá. Dicho Hermano Otero corrió todo el lugar en busca de unos huevos para cenar aquella noche. Oyendo esta relación el Hermano más antiguo, fue con otro Hermano al ama del Cura, y valiéndose de la lección, que dio el Cura de Huérmeces, le habló de esta manera:

"*Señora, nosotros venimos fiados de ser recogidos en casa del Sr. Don Angel por las siguientes razones, que nos dio en Sr. Cura de Huérmeces, y son las siguiente: en Blasconcillos tendrán Vds. una buena acogida en casa del Sr. Cura, porque es de la escuela de la Compañía, y tiene mucho afecto a ella, y sin duda les recibirá con mucho agrado y contento; y así nosotros no dudamos de que si estuviera en su casa el Sr. Don Angel, nos recibiría en ella del modo dicho*".

Ella conmovida alguna cosa, respondió que de buena gana nos recibiera, si hubiera comodidad en casa para ello, y añadió que si fuera para algunos ya los podría recibir. Mas nosotros le dijimos que bien nos podía recibir a todos, porque tuviésemos que dormir en el duro suelo estaríamos muy gozosos y contentos: esto dijimos por la razón, que daba de que no había camas para todos. Pero al mismo tiempo que acabó de resolverse, llegó el Sr. Cura, acompañado del de **Pedrosa** [=Pedrosa de Valdelucio]. Uno y otro se compadecieron mucho al vernos en aquel abatido traje. El Cura de Pedrosa de partió luego al punto, diciéndonos que no dejásemos de pasar por su casa el día siguiente: este lugarcito estaba una legua más allá. El Sr. Don Angel nos llevó a su cuarto, en donde estuvo hablando con nosotros casi toda la tarde; se compadecía mucho de lo que acontecía a la Compañía, y en medio de ser también Abogado, tenía muchas obras de la Compañía. Dijímosle el trato que había hecho con nosotros los de Huérmeces; y oyendo lo de las caballerías, dijo al punto,

"*siento que los carros que tengo de bueyes no sea de mulas, para poderles poner en Santander"*. No obstante llamó al Regidor y le habló de esta manera:

> "*Hombre me has de hacer esto que te pido, ve en primer lugar a buscar toda la leche que puedas para esta noche; en segundo lugar has de ir a casa de fulano y mengano, y decirles de mi parte que pongan las camas que puedan para hacer una obra grande de misericordia con los Novicios de la Compañía de Jesús, y en tercer lugar, harás las diligencias posibles de algunas caballerías, aunque no sea más que por un día*".

El Regidor lo hizo al pie de la letra; pero habiendo consegui[122]do las dos primeras cosas, no pudo conseguir la tercera, diciendo que las pocas caballerías que había en el lugar estaban fuera. Mucho sintió esto último el Sr. Cura, por no poder salir completamente con la empresa. Nos acompañó aquella noche a cenar, y tuvo gran consuelo en ello. Entre algunas cosas de devoción que le dimos fue un librito de los Santos de la Compañía; y recibió tanto consuelo en ello que llegó a decir le estimaba más, que a todos los libros de las librerías. Acabada la cena, se distribuyó por una lista los que habían de ir a dormir fuera, y a qué casa. Para esto salió el Regidor con ellos, y los llevó a las casas en que estaban ya dispuestas. Se había determinado salir muy temprano por andar aquel día ocho leguas que había hasta Reinosa . Y para esto se dio orden de que viniesen al amanecer; durmiendo los demás en casa del Sr. Cura.

A la mañana siguiente vinieron los Hermanos a la hora señalada, y habiendo desayunado, partimos luego al punto entre una espesa niebla. Anduvimos aquella mañana cuatro leguas, hasta un lugar llamado **Canduela**. Pero no dejaremos en blanco lo que sucedió con el Sr. Cura de Pedrosa . Este Sr. Cuando nosotros llegamos a dicho lugar ya estaba en la Iglesia, para decir Misa al pueblo; por lo cual fueron allá dos Hermanos con el más antiguo, para cumplir con la palabra que le habían dado el día antecedente. Encontrámosle en la sacristía, y el Hermano más antiguo le dijo que si se le ofrecía a su Merced alguna cosa; a que respondió que sentía mucho salir a decir Misa en aquella hora, por no poder hablar con nosotros, y así nos dijo que fuésemos a [123] su casa y allí le esperásemos. Nosotros le respondimos que no podía ser el aguardar, porque teníamos que andar mucho; y con esto nos dio una peseta de los responsos. Interin, habían ido tres Hermanos a la casa del mismo Sr. Cura a quienes dio de desayunar el ama. Llegamos a Canduela a 12 bien dadas, y llegamos rendidos y cansados, porque los más iban a pie. Sólo cinco iban en el carro de las mochilas, y algunos tenían que ir siempre, por razón de enfermos; otros se iban remudando. En este lugar de Canduela salieron al encuentro de dos Hermanos, naturales de Monte, un cuarto de legua distante de Santander. Al Hermano Javier Camus, un hermano suyo sacerdote; y al Hermano Manuel Camus**,** primo de este otro Hermano, su propio padre. Estos Sres. dijeron a los dos Hermanos que habían de ir con ellos a casa, y que después en Santander se juntarían con los demás. Los Hermanos vinieron en ello bajo aquella condición; pero no sabían lo que habían de padecer para haberlo lograr, porque aquéllas no eran sus intenciones, como se dirá en otro lugar.

Aquí encontramos un P. Trinitario, quien dio una cuartilla de vino para todos, alegrándose mucho de habernos encontrado allí, para hacernos aquel favor. Después de haber comido, y descansado, salieron dichos Sres. con los Hermanos; pues yendo a dormir a Reinosa, a donde teníamos determinado ir nosotros, se fue un Hermano Coadjutor con ellos, llamado José Alonso. De allí a poco salimos todos nosotros. Dos leguas antes de llegar a Reinosa encontramos una venta, en donde estaba aguardando uno de Navarra a su hijo. Éste era el [124] el padre del Hermano Manuel

Barrón, natural de Sansol de Navarra. Había venido unas sesenta o setenta leguas por llevar a su hijo, y a un cuñado suyo, que era el Hermano Joaquín Maestu. Este dijo cuatro razones que no le dieron ganas de volvérselo a enmentar, y así toda la fuerza la puso en llevar a sólo su hijo. Mandóle bajar del carro en que venía, y como se resistiese a ello, le decía que bajase cuanto antes, porque sino él le bajaría a palos. Entonces el cuñado le dijo que no fuese tan vivo, que le dejase ir a dormir a Reinosa con sus Hermanos, y al otro día le podría llevar. Fuese a hablar con él nuestro Hermano Joaquín, quien le decía que no quisiese quitar la vocación a su hijo, pues muchos padres se habían condenado por haber hecho otro tanto; a esto le respondió él que no pensaba quitar la vocación a su hijo, sólo quería llevarle a que le volviese ver su madre, y que después le llevaría a Santander, si nos embarcábamos con los Padres, y que para esto le escribiésemos una carta desde Santander, para llevarle al punto. La carta se escribió; al Hermano no se le vio.

Proseguimos nuestro camino y llegamos a **Reinosa** cerca de las nueve de la noche. Y sucedió que yendo muchos cansados, se apeo del carro el Hermano **Manuel Cancela,** que iba enfermo de fístula, que le salió en la garganta en Villagarcía, para que subiesen otros que apenas se podía menear. Pero como el carro se adelantase mucho, se quedó atrás dicho Hermano Cancela, con el Hermano Pedro Otero; y eran ya las nueve y media de la noche, y no pensaban en llegar a Reinosa . Nos daba mucho cuidado por las grandes montañas [125] que había en aquel camino, por lo que estuvimos con un ministro para que nos hiciese el favor de enviar una persona en busca de ellos. Vino luego al punto en ello; pero al salir por la puerta de la villa el ministro, entraban los Hermanos por ella. Preguntóles si eran los dos Novicios que quedaban atrás, y respondiendo que sí, les llevó al mesón donde estábamos los demás. Los Hermanos Camus con el Coadjutor, y dichos Sres., estaban en otra posada. Después de haber cenado, repartimos 9 camas, que nos pusieron entre diez y nueve que éramos en aquella posada. Llegamos a este lugar muy tarde, por lo que nos pudimos satisfacer el deseo de muchos que nos querían llevar a dormir a sus casas. Nuestro Hermano Manuel Varrón se acomodó aquella noche con su padre en un cuarto. El día, siguiente después de haber desayunado, salieron todos juntos de dicho lugar; pero los que habían dormido en el otro mesón ya habían salido. De allí a poco que habíamos desocupado la villa, se apartó el padre con su hijo, el Hermano Manuel Varrón , asegurándonos de hacer lo que había prometido; y no llevaba otro consuelo, que éste su hijo. De ninguna manera hubiéramos consentido la separación de este Hermano, si hubiéramos sabido lo siguiente.

Después de haber andado como medio cuarto de legua, encontramos, a manera de mozo de camino, al Hermano Juan Villanueva que venía de explorar cosas de Santander ¡Qué gozo, qué

alegría, qué contento nos causó su vista! ¡Qué consuelo teníamos al oírle¡ ¡Por cuán dichosos dábamos nuestros trabajos, presente, futuros y pasados!. Nuestro trabajos vuelvo a decir, si es que así se pueden llamar, con el gozo que tuvimos: y fue tanto, que varios rebosan [126] do de gozo despedían al aíre los sombreros y saltaban de contentos. Deshacíanse las lenguas en alabanzas a su Divina Majestad y su amantísima Madre, y mucho más al oír la relación siguiente... "*Yo"* dice el Hermano Juan, "*llegué a Santander día veinte y cinco de Abril por la tarde, y luego que me vio un hijo del Comprador, que había estudiado en Villagarcía, me llevó a su casa; y sus padres luego al punto me preguntaron cuál era el designio que llevaba. Y declarándome yo a lo que iba, me dificultaron mucho la entrada a los Padres. Pero no obstante, me dijeron, se haría lo posible para que los pudiese ver"*. La mujer de dicho Sr. Comprador tenía mucha entrada en el Colegio, y luego buscó ocasión por donde dar parte a nuestro P. Provincial y al P. Rector de cómo había llegado allí el Hermano Juan Villanueva. Este Hermano durmió aquella noche en la casa de la madre del Hermano Javier Camus, que moraba en dicha Ciudad; y con esta ocasión salió su hijo el Sacerdote al encuentro de su hermano, como queda dicho.

El Hermano Juan se fue al día siguiente a casa del Sr. Alcalde, quien sabía ya por los Padres que estaba allí un Novicio, y el fin a que iba. Diole buena acogida y mandó a su doncella que le dispusiese su misma cama, pues el dormía en el Colegio, y con esto se alegró mucho el Hermano viendo la demostración que hacían con él; mas lo que él estaba esperando era le llevasen al Colegio, sobre lo cual no le hablaba una palabra, antes bien le daba a entender sería dificultoso el conseguirlo. Díjole dicho Sr. Alcalde que podía salir todos los días a pasearse, e ir al muelle a ver las naves. Parecióle esto [127] al Hermano Juan mucho cortejo y esperaba que todo saldría bien. El día veinte y siete se resolvió el Sr. Alcalde llevarle al Colegio; y habiendo ocasión oportuna, entraron en dicho colegio. No le permitió hablar con otros que con el P. Provincial y el P. Fonseca: no quería ni pretendía él otra cosa. Estuvo con SS. RR., dióles la lista de los que seguían después del despojo de Palencia. Y aunque sintieron mucho por los muchos que habían desistido, no se admiraron tampoco, al considerar tan terrible lance. Contentáronse no obstante del número que después de tal lance seguían. Pero no sabían aún lo que había acontecido con los otros, en las batallas que tuvimos en la Ciudad de Burgos, y lo restante del viaje. Luego le dio el P. Provincial 300 reales para el consumo y gasto del camino; dijéronle que volviese a buscarnos, que confiásemos mucho en Dios que nos habíamos de embarcar con ellos, aunque no sabían aún nada; y, en fin, que nos recibirían con los brazos abiertos. Salió de allí nuestro Hermano Juan, y se fue a casa del Sr. Alcalde; pasó allí la noche, y a la mañana siguiente, habiéndole llenado una bota de vino la Sra. Ama, salió en busca de nosotros. Vino a dormir a Bárcena Pede de Concha [=Bárcena de Pie de Concha]; y a la mañana siguiente a eso de las 7 nos encontró en dicho paraje. Mucho le afligió al oír que habían desistido cuatro Hermanos en Burgos, y de quien más lo sentía era del Hermano Miguel Elizalde. También sintió mucho lo que acababa de suceder con el H. Manuel Varrón y estuvimos para irle a buscar. Dijímosle que habían quedado en Burgos cuatro Hermanos, dos enfermos y otros 2 que habían quedado para asistirlos; y al oír esto determinó ir por ellos. Dijímosle también que fuese derecho a casa del Sr. Penitenciario,[128] pues le aguardaba en ella dicho Señor. Finalmente le dijimos que por qué no llevaba una caballería, pues se cansaría mucho de la otra manera, a que respondió que andaba más sin ella, que con ella. No obstante, le aconsejamos que tomase una en Reinosa, hasta la vuelta. Con esto se partió de nosotros con mucho gozo, y prosiguió su camino.

Nosotros no con menos gozo proseguimos el nuestro y llegamos a comer a **Bárcena Pede de Concha [=Bárcena de Pie de Concha]**. Apeáronse en el mismo mesón que nosotros los Sres. D. Juan Camus con su hermano, y

el padre del Hermano Manuel Camus**.** Su hijo, a saber, dicho Hermano Manuel, se había quedado atrás por una casualidad con el Hermano José Alonso. Fue el caso que su padre les mandó ir adelante, quedándose él aún en la posada. El Hermano dijo inocentemente al Hermano José Alonso que hiciese la caridad (a un bosque) de acompañarle a un bosque que había al lado del camino; que para llegar a dicho lugar a comer, donde también iría su padre, había suficiente tiempo. Su fin era llevar unos báculos para alivio del camino de sus Hermanos. Fuéronse al bosque; vino su padre, y no encontró ni atrás ni adelante a su hijo. Preguntónos si le habíamos visto, respondimos que no sabíamos ni de uno ni de otro como realmente era así. Empezóse afligir el buen hombre gravemente, creyendo se la habían pegado. Dejaba obrar libremente a su potencia imaginativa, y prorrumpía muchas veces en estas palabras: "*Es imposible que no se haya ido por tierra, luego que pudieron lograr la suya me hurtan el cuerpo, son Vds. el enemigo, porque parecen anda re* [129] *clutando gente; yo ciertamente no tenía ánimo de quitarle la vocación, pero como pueda verle en mis manos no le volveré a soltar*". Nosotros le respondíamos que, aunque no sabíamos lo que había hecho, no nos persuadíamos a que hiciese lo que él decía, porque bien conocíamos quiénes eran, y que todos vendríamos a parar a Santander. Luego se le ofreció otro pensamiento, y dijo, sin duda ninguna, que han encontrado al Hermano Juan Villanueva, y se han vuelto con él a Burgos. Después, como un hombre fuera de sí, andaba y desandaba un trozo del camino, preguntando a todos si habían visto a dos mozos de éstas y de las otras señas. Los más respondían que no; al cabo halló a uno, que le dijo había visto ir a dos por el camino de Burgos. Con esto se confirmo en su segundo dicho, y se fue al mesón llorando. Comieron dichos Sres. con nosotros a una misma mesa, pero el Sr. Alejandro, que así se llamaba el padre del Hermano Manuel, más lloraba que comía; no había para él consuelo. El Sr. D. Juan Camus pagó la mitad del gasto, e hizo que tuviésemos una muy buena mesa, por lo que quedamos muy agradecidos. De allí a un rato que comimos, meditaba el Sr. Alejandro volver a buscar a su hijo, cuando he aquí que entran los dos Hermanos con sus báculos a cuestas. Pregunta el padre a su hijo que por qué se había detenido en el camino y no se vino con su primo; responde el Hermano a su padre con santa inocencia y le dice: "P*adre, hay una Regla de N. S. P.Ignacio, en que dice, que no estemos ociosos, y quise emplear este tiempo en cortar estos báculos para mis Hermanos"*. Subieron a comer, y entre tanto decía, *no te me irás otra vez*. Así fue, pues de allí delante le llevaba, digámoslo así, de las manos. De allí a poco salieron el uno [130] con su hermano, y el otro con su hijo y no les volvimos a ver hasta Santander.

Nosotros ajustamos dos carros, que encontramos allí, cargados de trigo; y nos llevaron por cuatro o cinco que íbamos en cada uno cinco pesetas, por sola aquella tarde. Otro tanto nos llevaron el día siguiente por solo un carro, porque el otro se quebró en el camino, y no pudo proseguir; y el otro, que llegó a Santander, de allí a poco que apearon los Hermanos, se hizo pedazos. Finalmente salimos de Bárcena Pede de Concha, serían como las dos de la tarde, y llegamos ya de noche a un lugar llamado **Corrales [=Los Corrales de Buelna]**, nombre que propiamente le convenía, pues tenía casi media legua de largo, y una casa separada de otra como medio cuarto de legua. Finalmente paramos en un solitario mesón, en que tuvimos bastante que padecer por la misericordia de Dios. Cenamos aquí unas sopas, y fue porque llevábamos de prevención el pan. Para dormir había dispuesto cuatro o cinco camas, las cuales sirvieron para los enfermos. Los demás durmieron unos sobre el duro suelo, otros sobre unas tablas, otros en la cocina y otros finalmente en la cuadra de los arrieros; fue a la verdad una de las noches más penosas. Por las mañanas acostumbrábamos tomar unas sopas de

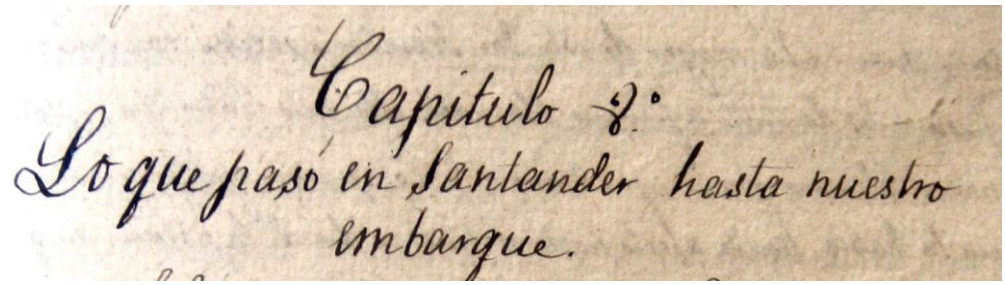
ajo, con un poco de chocolate. Pero a la mañana siguiente, que era víspera de los gloriosos Apóstoles S. Felipe y Santiago, tuvimos una consulta, si habíamos de ayunar o no aquel día, porque a ninguno se le ofreció, que no había ayuno desde Pascua de Resurrección hasta la del Espíritu Santo. El parecer de unos era que a los viandantes no obligaba; otros, a quienes obligaba decían [131] que más valdría ayunar, que ponerse en riesgo. El parecer de estos prevaleció, y se determinó que se ayunase, y así no tomamos más que el chocolate aquella mañana. Compramos un poco de salmón que tenía un arriero, para comer aquel medio día. Después enviamos a Santander a los aposentadores, para dar parte al Sr. Alcalde, de cómo llegamos aquel día, y cuántos íbamos.

Nosotros, después de haber pagado la posada, la que nos costó más que otras habiendo gastado mucho menos, salimos de dicho lugar como a seis de la mañana. Al mismo tiempo de partimos, se llegó a nosotros un sacerdote, y preguntó si nos habíamos desayunado. Le respondimos que no habíamos tomado más que un poco de chocolate, por ser día de ayuno. Entonces nos dijo: *Señores, hoy no es día de viernes ni de ayuno, porque Pascua de Resurrección hasta la del Espíritu Santo no hay ayuno*. Entonces caímos en la cuenta que era así; por lo que dejamos dicho ayuno. Anduvimos aquella mañana casi cuatro leguas, y llegamos hacer mediodía al puente de **Arce** **[=Puente Arce]**, dos leguas antes de llegar a Santander. En dicho camino encontramos a dos mujeres que nos dijeron venía de dicha Ciudad y que se decía estaban ya embarcados los Padres; nosotros, como estábamos acostumbrados a no dar crédito a tantas mentiras, contamos en su número a éstas.

Después de haber comido y descansado, salimos de este lugar; aunque no tan presto como queríamos, por haber dado la terciana al Hermano Martín Ezcurra. Mas viendo que se le quitaría tarde, se resolvió salir con ella. Salimos al fin, como a las dos de la tarde y antes de llegar a una venta, que estaba en medio del camino, echamos de menos al Hermano Francisco Descalzo, porque no iba [132] ni entre los de a pie, ni entre los que iban en el carro. Luego se nos ofreció que había quedado dormido, porque llegó muy rendido y cansado a dicho lugar. Se fue a un desván y se echó sobre un montón de heno, y cuando dieron las palmadas para salir, no las oyó. De allí como a una hora, fue un chico y, viéndole en el desván, le despertó y le dijo: "*Padre, sus compañeros ya hace tiempo que salieron*". El Hermano luego que oyó las tales palabras se levantó apresurado y empezó a andar su camino; y llegó a Santander cuando ya todos estaban repartidos por las casas de dicha Ciudad. Llegamos nosotros a la venta, en donde estaba aguardando al Hermano Carlos Serna un tío suyo. Este sacó de beber a todos, y hacía que se complacía mucho en ello; y se alegraba de ver a su sobrino, pero no le decía nada . Prosiguió con nosotros el camino hasta la Ciudad, y luego se retiró, no sé a dónde; pero él siempre estuvo a la mira a donde iba su sobrino. En qué paró lo diremos en el capítulo siguiente.

Al mismo tiempo de entrar salió a nosotros uno de los Hermanos, y nos dijo que el Alcalde no nos quería recibir, o por mejor, se hacía del desentendido, por no tener orden de la Corte; pero que varios Sres. de los más principales de la Ciudad se habían encargado de tenernos en su casa, hasta ver en qué paraba la cosa, pues no sabían si nos embarcarían o no con los Padres. Pero no faltó un sargento, que nos dijo no teníamos que pensar en ir con los Padres que mejor sería que nos

volviésemos a la casa de nuestros padres; nosotros no hicimos caso, y proseguimos nuestro camino. Saliéronnos al encuentro varios estudiantes, entre los cuales salió el Hermano [133] Manuel Lanza, Novicio que había sido de la Provincia de Toledo, y había venido allí para embarcar con nuestra Provincia. Grande gozo recibió en vernos, y luego nos dijo quién era, mostrando los vivos deseos que tenía de ir con nosotros. Pero por no cortar el hilo de nuestra relación, hablaremos después a la larga de todo lo que acaeció a este Hermano. Fue nuestra llegada a esta Ciudad el día 30 de abril.


Capitulo 8.°
Lo que pasó en Santander hasta nuestro embarque.

Salió también a recibirnos el Sr. D. Juan Ostalet, francés de nación, y era grande el cariño que nos tenía; y estaba casado con una vizcaina en dicha Ciudad, cuyo oficio era de mercancías. Éste ayudaba al Sr. Alcalde en el Colegio, y fue el que se encargó de repartirnos por las casas que nos habían pedido. Luego hizo que nos montásemos en los carros hasta llegar a la casa en que nos repartieron, e hizo ir también al carro de las mochilas a que descargase en su propia casa. Apeamos en una casa grande que había en la entrada de la Ciudad. Este Sr. nos condujo a una huerta de dicha casa, y pusieron a la puerta guarda, para que no entrasen todos los que nos rodeaban: pues a la verdad era mucha la gente que venía en pos de nosotros . Aquí empezó a burlarse de algún otro, que parecía mercader en el traje, y preguntó a uno, que fue al Hermano Martín Ezcurra, si le había usurpado su oficio; a que respondió que algunos años le había ejercitado en Pamplona, antes de entrar en la religión . Él se alegró mucho con tal respuesta, y después de habernos recreado un poco [134] por la huerta, tomó la lista de los Hermanos para irlos repartiendo. Al Hermano más antiguo le dijo que escogiese la casa y al Hermano que quisiese llevar consigo; entonces el Hermano estimándole mucho aquel favor, le dijo que supuesto había de ser así iría con el Hermano Martín Escurra a casa del Sr. Secretario, Don José Nieto. Esto hizo el Hermano por ser el Secretario, quien

cuidaba de los Padres; y dormía en el mismo Colegio con el Alcalde y dicho Sr. Don Juan. La mujer de este Sr. Secretario recibió con mucho gusto a los Hermanos a quienes llamaba ella sus Padrecitos: y todo nacía del amor grande que tenía a la Compañía. Y dijo que su marido no la había tenido afecto hasta el mismo día de la prisión, en que no podía contener las lágrimas, y entre ellas exclamaba que entonces empezaba a conocer la Compañía de Jesús: y que fuese esto así, lo significó luego que vino a casa saludándoles con mucho agrado, y mandando traer agua de limón para que refrescasen. En todas las demás partes en que fueron repartidos, fueron recibidos del mismo modo, porque a porfía les querían llevar a sus casas, quedándose muchos sin ninguno. El Hermano Javier Camus fue también a dicha casa, para ser repartido con los demás; y diciéndole el Sr. D. Juan "*¿pues que no quiere Vd. estar en casa de su madre?*", "*no, Sr*.", respondió el Hermano, "*quiero ir a otra parte*". Púsole en otra casa; y al otro día le llevó su hermano a casa, diciéndole que parecía muy mal hacer tan poco caso de su madre. Mas el haberlo hecho le costó caro; pues en ocho días que allí estuvimos, apenas se juntó dos veces con nosotros. Si salía alguna vez de casa, iba con su hermano; y fueron tantas las cosas que le dijeron adentro y fuera de casa, que le habían reducido a quedarse contra toda voluntad, pero a los [135] seis días se trocó la suerte, como después se dirá. Su primo el Hermano Manuel se quedó con su padre en Monte aquel día. Al siguiente vino con él a la Ciudad; pero más adelante hablaremos de lo acontecido a este Hermano. Todos los demás Hermanos fueron de dos en dos repartidos hasta donde alcanzaron.

Al Hermano Carlos Serna puso solo en una casa, no sé si por no haber tenido compañero. Mas luego que supo el tío en qué casa estaba, luego fue allá, y le hizo grandes instancias a que fuese a ver a sus padres, pues les tenía tan cerca; a todo resistía y decía que no, que él quería seguir a los Padres, y estar aguardando para cuando se embarcasen, porque esperaba la dicha de ir con ellos. El tío que oyó esto, le dijo que le daba palabra de volver a Santander, cuando viese a sus padres; y así engañado le sacó de la noche a la mañana, y le llevó a casa de sus padres. Llegó al cabo la noticia de que nos embarcábamos. El Hermano más antiguo buscó entonces un propio para que llevase una carta para dicho Hermano, dióle un peso duro diciéndole que fuese a Colindres, y se la entregase en su propia mano; y que para esto buscase ocasión para estar con él, sin que lo viesen sus padres. Fue allá, y según después nos dijo no pudo entregársela sin que lo supiese su padre. Por lo cual escribió el padre una carta, cuya sustancia se pondrá después de la carta que se escribió a su hijo, cuyo contenido era este:

> "*Mi Hermano Carlos, grande consuelo hemos recibido, al oír después de seis días que llevamos en esta Ciudad, la noticia de que nos embarcamos con los Padres . Le hacemos participante a mi Hermano de ella, para que luego, (~~sin impedimento~~) si acaso hay impedimento* [136] *de parte de sus padres salga ocultamente de casa, y se venga con ese propio a esta Ciudad. No dudo lo pondrá pronto en ejecución, considerando los grandes y vivos deseos que tiene en seguir a nuestra Madre la Compañía*".

Síguese ahora la respuesta del padre, por no haber podido hacer como lo deseábamos, sin saberlo él, y es en esta forma: "*Mi hijo Carlos Serna, está bien en casa de su padre, y no saldrá de ella, so pena de mi maldición. Además de esto no saldrá, por ser esta la voluntad de su R. Majestad, que quiere se quede en el Reino: así lo hará, bajo la susodicha pena, si hiciere lo contrario*". Habiendo acontecido esto, no volvimos a ver al Hermano; por lo cual, recibió grande sentimiento nuestro P. Rector, por ser Hermano de bellas prendas, y todos nosotros participamos de este sentimiento.

El día después que llegamos a dicha Ciudad, fuimos algunos Hermanos a la Catedral para confesar y comulgar aquel día de los gloriosos Apóstoles San Felipe y Santiago. Fue un hijo de D. José Nieto a la Sacristía y avisó a un Padre de S. Francisco que estaba en ella nos hiciese el favor de salir a confesarnos; a que respondió, que buscásemos otro confesor, que él no nos quería confesar. No tuvimos otro remedio que confesarnos con los Curas de dicha Catedral; porque, dijimos, si vamos al Convento y nos sucede lo mismo, no nos confesaremos en todo el día. Y así

sucedió, que habiendo ido otros al Convento no les quisieron confesar y tuvieron que salirse de allí e ir a la Catedral. En esta Ciudad no tuvimos por espacio de seis días noticia alguna favorable; sólo sí que los Padres estaban muy contentos de que estuviésemos [137] tan cerca de ellos. Nosotros anhelábamos con vivas ansias de poder ir a verlos, pero no pudimos conseguirlo hasta el día del embarco. Cuando salimos a pasear por junto al Colegio todo se nos iba en mirar a las ventanas y azoteas para ver a los Padres, tras quienes se nos iban nuestro corazón, particularmente si veíamos alguno del Colegio de Villagarcía.

Aunque en esta Ciudad eran muchos los afectos, no por eso dejaba de haber muchos enemigos. De estos padecíamos no pocas contradicciones, las que se enderezaban a que desconfiásemos el ir con los Padres, y que así los Padres se embarcarían y nosotros nos quedaríamos en España; y para confirmación de esto decían que el Alcalde no tenía orden para embarcarnos, y que sin ella no podía hacer lo contrario. Dicho Sr. Alcalde, aunque era poco lo que trataba con nosotros, no nos daba muy buenas esperanzas, por las razones ya dichas. Era tanto el deseo que teníamos de ver a (los PP.) nuestro P. Rector, y el que tenía S. Reverencia de vernos a nosotros que un día, viniendo del Colegio el Secretario, dijo a uno de los que estaban en su casa que fuese al Sr. Alcalde y le dijese de su parte que le dejase ir a hablar unas palabras necesarias con dicho P Rector. Fueron los dos Hermanos en busca de él, y encontrándole en S. Francisco le dijeron la comisión que llevaban; mas él, ya fuese por causa de los frailes que allí estaban, ya fuese por otra, respondió enfadado que nos fuésemos a orar a la Iglesia y nos dejásemos de pretensiones inútiles. De allí adelante hasta que se cumplió nuestro logro, nos íbamos a una casa de cuyos balcones estábamos viendo a los Padres.

[138] Los que eran afectos nos animaban y consolaban, diciendo que esperásemos en Dios, que iríamos con los Padres; y dado caso que esto no sucediese, no faltaría nave en que embarcarnos. Uno era el Sr. D. Juan Ostalet, quien repetía esto mismo a los dos Hermanos que tenía en su casa, a saber, los Hermanos Vicente Calvo y Andrés Martínez, a quienes nosotros se lo oímos. Cuando alguno iba a su casa, no le dejaba salir de ella sin que refrescase, si era por la tarde; o sin desayunarse si por la mañana. En esta casa estaban todas las mochilas guardadas, a donde cada cual iba por la suya. Casi esto mismo sucedía con los que tenían Hermanos en sus casas, y el trato que hacían con ellos era el mejor que podían hacer.

Ya llegó el día en que empezó a mitigarse, o por mejor decir aumentarse nuestro temor y miedo de seguir a los Padres. Este fue el día cinco de nuestra llegada a Santander por la noche. Fue el caso que el Sr. Secretario vino, como solía todas las noches, a casa, y dijo al Hermano más antiguo de parte del Sr. Alcalde que hiciese juntar al día siguiente a todos sus compañeros en casa de dicho Sr. Secretario y que esto fuese como a las dos de la tarde, a la cual hora vendría el Sr. Alcalde a estar con nosotros. Así se hizo, pero el fin de tal junta, como no se declarase por entonces, nos puso en alguna consternación. El día siguiente viendo la mujer de D. José Nieto que sus Padrecitos no estaban tan alegres como otros días, les preguntó la causa, y respondieron que no era otra que el no saber si aquella junta sería favorable o no para ellos. Viniendo a mediodía dicho Secretario a casa, le dijo su mujer: "M*ira, que tienes a estos* [139] *Padrecitos tristes"*. "*¿Yo por qué?"* dijo el Secretario: *"Porque no les declaraste el fin para que se habían de juntar, y temen, por tanto, no sea alguna cosa adversa"*. "*No tienen qué temer"*, le dijo el Secretario, "*porque sin duda irán con los Padres; ya tiene dispuesto el Alcalde el que vayan en cada nave dos Novicios, y el fin de la junta no es otro que el de tomar a cada uno su filiación"*, respuesta verdaderamente que llenó de gozo a los Hermanos. Juntáronse todos a dicha hora, y estuvieron aguardando al Sr. Alcalde; pero no sé por qué ocupación no pudo ir a ejecutar su ordenanza, pues habiendo aguardado hasta las siete, no había trazas de venir. Entonces fueron a la puerta del Colegio dos Hermanos, y enviaron a llamar al Secretario por uno de los soldados que estaban de guardia. Conociendo el fin para que llamaban, envió a decir que se fuese cada uno a su casa, y a la mañana siguiente que se

volviesen a juntar. Los Hermanos, conforme iban entrando preguntaban la causa de aquella junta, y como la respuesta era favorable todos se llenaban de alegría y gozo.

En tanto que se aguardaba al Sr. Alcalde, fueron los Hermanos Julián Mochales y el más antiguo a hacer una visita de parte de todos los Hermanos al Sr. Obispo*. Habiendo llamado a la puerta, salió un paje a responder; dijímosle si estaba el Sr. Obispo en casa, y, respondiendo que sí, le dijimos si era ocasión de poder estar con su Iltma.; dijo que iría a dar el recado, y volvería con lo que hubiese. Vino dicho Sr. Y les condujo a la sala donde estaba su ilustrísima. Pusiéronse de rodillas y, habiéndo besado el anillo, les mandó se sentasen. Entonces, dijeron los Hermanos "*venimos a hacer una visita a V. Illtma. de parte de todos los demás Novicios, porque no pueden venir, por estar aguardando al Sr. Alcalde".* [140] Agradeciólo mucho, y les hizo esta pregunta: "*¿Vds. tienen ánimo de seguir a los Padres?". "Sí, señor",* respondieron los Hermanos. Entonces, el Sr. Obispo dijo: "E***s menester grande vocación para sufrir tantos trabajos que se ofrecerán; pero Dios que hasta aquí les ha traído, les guiará.*** *¿Les dan* ***a*** *Vds. flete?". "No lo sabemos, Señor, aún; pero veníamos con ánimo de pedir a V. S. Iltma. licencia para poder pedir para ayuda y coste del flete; y juntamente a ver si V. S. Iltma. nos favorecía con alguna cosa".* En cuanto a lo primero, dijo el Sr. Obispo que no parecía bien que saliésemos nosotros a pedir, pero que podíamos buscar a dos sacerdotes que hiciese este oficio por nosotros. A lo segundo, cuando viniesen a su casa (todos) les daría también limosna. Hecho esto, se despidieron de su Iltma. y le dieron las gracias por ello.

En esta misma tarde, se llegó el Hermano Javier Camus a la casa de D. José Nieto para ver lo que pasaba; y creo fue la primera vez que se juntó con nosotros. Habiéndole cogido allí un Hermano, le dijo muchas y muy grandes razones para que conociese cuán mal hacía, en hacer caso de las palabras que le habían propuesto acerca de dejar su primera vocación; que se acordase, se había sacrificado ya a Dios y que dejarle en los trabajos era causa de su perdición. El Hermano, con estas y semejantes palabras, y otras que algún otro cura le dijo acerca de esto, se resolvió desde entonces a seguir, atropellando por todo. Al día siguiente vino con los demás a hacer su filiación: y aun así, cuando íbamos a verle a su casa, por hallarse algo indispuesto, no se apartaba la madre de su lado, hasta que nos despedíamos y apartábamos de allí.

El Hermano Manuel Camus iba y venía todos los días a Santander, pero siempre venía al lado de su padre; y cuando éste se volvía a Monte, llevaba consigo a su hijo. Sucedió que la tarde que se aguardaba al Al[141]calde, le aguardaba también este Hermano, como uno de ellos. Pero como fuese ya a ponerse el sol, fue su padre por él para llevarle a dormir a casa. Allí, pensando que si venía el Alcalde y no hacía su afiliación, no le dejaría seguir, dijo a su padre: "*Yo no me voy hasta que no venga el Alcalde y haga mi afiliación; que yo quiero seguir, y si esto no hago, no lo conseguiré". "Vente, hijo",* le dijo el padre, "*vente, porque ya es tarde para que venga el Alcalde".* El hijo se resistía todo lo posible, mas queriéndole llevar por mal su padre, dijimos al Hermano se fuese con él, pero que no dejase de volver a la mañana para hacer lo que había ordenado el Alcalde. Contamos esto mismo, a la noche, cuando vino a casa el Sr. Secretario, a que dijo que cuando volviese al día siguiente, le llevasen a comer y a cenar a su casa, y no le dejásemos salir de ella, aunque fuese por él su padre; pero que si hacía muchas instancias, le dijésemos que fuese a estar con el Alcalde, y en persona al Colegio, y que entre tanto no llevaría a su hijo. Nosotros aprendimos bien la lección como se dirá en su lugar.

En esta misma noche, fue a su casa de D. José Nieto el Sr. D. Juan Ostalet, y llamando a los dos Hermanos aparte, les dijo: "E*s necesario enviar un propio al Hermano Juan Villanueva con una carta en la que se le diga viniese cuanto antes, no fuese que estuviésemos ya embarcados para cuando llegase a Santander, y él que había hecho tanto por seguir, se quedase sin embarque".* Envióse la carta por el propio, éste no le encontró; mas el Hermano vino el día sexto (muy afligido)

por la noche muy afligido y desconsolado, por no haber hallado en Burgos más que al Hermano Pedro Rodríguez, y en el hospital, como dijimos. Nos dijo el Hermano que había ido (como le dijimos) a casa del Sr. Penitenciario y que le dijo que a los tres días que habíamos salido [142] nosotros de Burgos, se habían ido los otros a sus casas; y que en los tres días no habían atravesado sus puertas. Lo demás ya queda dicho en el capítulo 7.º, juntamente con lo de la ropa. Este Hermano se fue desde luego a aposentar a casa del Sr. Alcalde, su antigua posada.

En esta misma noche buscamos a los dos sacerdotes, que fueron al Maestro de Capilla* y un tal Sr. D. Ramón. Éstos salieron al otro día a ejercer este buen oficio; pero tuvieron a bien que les fuesen acompañando dos Hermanos, que fueron los Hermanos Manuel Cancela y Julián Mochales. Hiciéronlo así, mas no pudieron sacar de toda la ciudad poco más de 500 reales, y los 300 dio el Sr. Obispo, quien salió a visitar el Obispado de allí a dos o tres días. En este sexto día se juntaron los Hermanos por la mañana, pero no pudiendo venir el Sr. Alcalde a ejecutar por sí mismo, lo hizo en su nombre el Sr. Secretario. Empezó por el más antiguo, y la forma de la filiación era ésta: preguntaba a cada uno su nombre, apellido , patria, Obispado; quiénes eran sus padres qué oficio tenían, qué había estudiado, cuánto tiempo de Religión llevaba y, por último, nos preguntaba que si nos obligábamos a seguir a los Padres, a que respondimos que sí. Todo esto lo escribía un Hermano Coadjutor, dictándolo el Secretario, y luego que acababa, ponía cada uno su firma. Este negocio no se acabó hasta las tres o cuatro de la tarde; y al fin fue allá el Sr. Alcalde. También se halló allí el Hermano Manuel Camus, que comió y cenó en casa del Sr. Secretario, y le dijimos lo que dicho Sr. había dicho, si iba su padre a buscarle. Vino luego en ello, y determinó de no salir de dicha casa, aunque su padre fuese en busca suya.

Llegó pues la noche, y cerramos con todo cuidado la puerta, que estaba inmediata a la sala, para que aunque viniese su padre no pu[143]diese entrar adentro. Luego que anocheció, vino el Sr. Alejandro con su mujer, un cuñado y cuñada; llamaron a la puerta, respondimos nosotros que quién llamaba; entonces dijo el Sr. Alejandro: nos han dicho que está aquí mi hijo, y vengo a por él para irnos a dormir a casa. A esto respondieron los Hermanos era verdad que estaba allí su hijo; pero que no saldría de dicha casa hasta tanto que no fuese a estar con el Sr. Alcalde y Secretario, que estaba en el Colegio de la Compañía, pues nos lo habían encargado. A esto respondió que no tenía necesidad de ir a estar con dichos Señores, que él y no ellos mandaba sobre su hijo, y que, por tanto, abriésemos la puerta, para que se fuese con ellos. Nosotros respondimos segunda vez que la puerta no se abriría, y que su hijo no iría con ellos, mientras no hiciese lo que habían ordenado los referidos Señores. Entonces empezó afligirse grandemente y prorrumpir todos ellos en copiosas lágrimas. De allí a un rato volvió a tocar a la puerta, diciendo que dejásemos salir a su hijo, pues él y su madre le querían ver. Se le respondió que su hijo había acabado de cenar y que se iba al punto a acostar. Con esta respuesta, se inundaban en grandes sollozos y suspiros. Ya había pasado cerca de tres cuartos de hora cuando últimamente llamó tercera vez a la puerta, y nos dijo que abriésemos la puerta, para que a lo menos le pudiese dar su hijo la capa que tenía, porque era suya; y pues no quería obedecer a su padre, no quería dejarle con ella. Mucho nos movieron a compasión sus lágrimas, suspiros y propuestas; pero jamás pensamos en abrirle la puerta, temiendo que si le abríamos se metiesen todos cuatro, y nos arrebatasen al Hermano, y así la respuesta fue de que saliesen a la calle y que por un balcón le echaríamos la capa. No tuvieron otro remedio que hacerlo así; y luego les echamos la capa por el balcón. Con todo [144] eso se detuvieron algún tanto en el portal de la casa, y de allí a poco salieron los afligidos padres y se metieron en una casa que estaba en frente, en donde creemos pasaron la noche. Al día siguiente, séptimo de nuestra llegada, vinieron otra vez muy de mañana en busca de su hijo; pero fue tal la sumisión y rendimiento del padre que, presentándose a los Hermanos, les dijo: "*Doy a Vds. palabra de traer a mi hijo, si le dejábamos ir aquella mañana a su lugar a despedirse de sus gentes; y prometo volvió a decir, de traerle para el medio día poco más o menos"*. Nosotros, habiendo dado tan fírmente esta palabra, y añadiendo juntamente que no pensaba quitar la vocación a su hijo, y que él mismo traería a cuestas

su mochila, que la tenía en casa, y que nos la entregaría, entonces condescendimos a tan piadosa súplica. Ya era la una de la tarde, y no pensaba en venir dicho Hermano; y juzgando que el padre cuando se vio allá con su hijo le había encerrado en algún cuarto, para no dejarle (venir) salir de él, hasta que nos hubiésemos embarcado, determinamos enviar de parte del Sr. Alcalde a dos soldados para que le hiciesen traer a su hijo. Pero tuvimos por bien el esperar una o dos horas más; en el cual tiempo vimos venir a dicho Sr. Alejandro con la mochila sobre sus hombros, y con el hijo al lado. Al verle nosotros de esta manera, no pudimos contener las lágrimas que hizo saltar de nuestro ojos aquel espectáculo. Entregónos a su hijo, no ya como hombre enfadado, sino como hombre tocado de la mano de Dios, con mucho gusto y placer; con que cumplió su prometida palabra. Dímosle algunas cosas de devoción, con que quedó muy agradecido, particularmente al recibir una seisena, que le dio el Hermano más antiguo. Al otro día que fue el del embarque vino, y nos abrazó a todos, pidiéndonos le encomendásemos a Dios; y con esto se despidió.

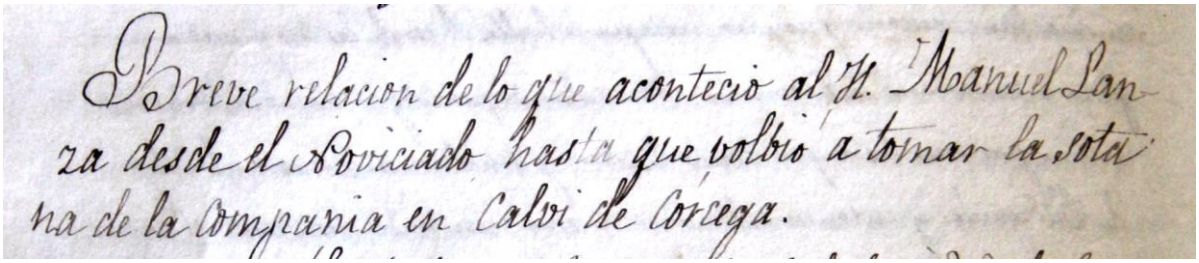
[145] En el referido séptimo día, salieron de parte del Sr. Alcalde los Hermanos Juan Villanueva y el más antiguo a dar el orden siguiente a todos sus compañeros: es a saber, que si querían seguir a los Padres, no se les daba más que flete y la comida, y que a los que quisiesen irse a sus casas, se les daría el viático correspondiente a la distancia de sus patrias, y que este orden era el que había venido de la Corte. Todos a una voz respondieron no podían desear otra cosa que la que les presentaban, en orden a seguir a los Padres. Con este orden se llenaron los más de tanto gozo y contento que no podían explicarlo con palabras. Luego escribimos varias cartas a algunos de nuestros connovicios, quienes burlándose nos habían dicho que si nos embarcábamos con los Padres (cosa tan dificultosa) les escribiésemos dándoles parte de ello.

Finalmente, llegó el día ocho, día de consolación, en que dijo el Sr. D. José Nieto, a los que estaban en su casa, que ya tenía dispuesto nuestro P. Rector las sotanas que, como madre que amaba tanto a sus polluelos, las había buscado entre toda la Provincia, y que era imponderable el deseo que tenía en vernos. Díjonos dicho Señor que ordenásemos a nuestro compañeros trajesen las mochilas a su casa para las doce del día, y que él tendría cuidado de remitirlas a la nave en que habíamos de ir. Díjonos también que para las dos de la tarde estuviésemos todos juntos en su casa, para el cual tiempo nos enviaría a llamar el Señor Alcalde, e iríamos al Colegio para incorporarnos a nuestra Provincia. Así se hizo, pero para tal hora solo faltaba el Hermano Javier Camus; fuimos a llamarle una y dos veces. Pero su madre, a quien le era penoso desprenderse de su hijo, parecía quería gozar de su presencia todos los instantes posibles; entonces su hermano el sacerdote decía a [146] la madre que dejase ir a su hijo, supuesto se había de embarcar con los demás. Este Señor ya no pensaba estorbar a su hermano el seguir su vocación, por el temor que tenía a su D. Majestad. Al fin se desprendió de su hijo la Sra. Madre, y luego al punto nos fuimos en derechura al Colegio por haber sido ya llamados. Luego que llamamos a la portería, dimos parte de cómo estábamos allí todos esperando; avisaran al Sr. Alcalde, y al punto mandó que nos abriesen la puerta, y lo mismo fue abrirla que vernos rodeados y cercados de una grande multitud de jesuitas. Y era tanto el gozo que teníamos cuando nos abrazábamos unos con otros, que parecía estábamos fuera de sí. Condujéronnos a la pieza donde estaban los de Villagarcía, en donde se aumentó nuestro gozo y alegría al ver a nuestro Padres Rector y Ayudante, y demás Padres de dicho Colegio. Luego fue echando nuestro P. Rector la sotana a cada uno, y era tanto el gozo que teníamos de recibirla, que unos la besaban con toda devoción posible, otros decían cuánto ha sido el trabajo y sudores con que en diez y siete días hemos venido en busca de la sotana, en calzas y jubón, tanto es el gozo con que la recibo ahora; algún otro la tendió en el suelo, se puso de rodillas, la besó, y se la puso.

Concluido todo esto, salimos a recrearnos o por mejor decir a fatigarnos a la huerta; porque eran tantos los abrazos que allí nos daban, que apenas nos dejaban sosegar. A eso de las tres y media, nos envió a llamar el P. Pedro Calatayud, para darnos un abrazo. Fuimos allá, y nos recibió entre sus brazos, rebosando en gozo y alegría en vernos allí, diciendo que la mano poderosa de Dios nos había traído para su Compañía. Entonces decíamos unos a otros ¡no viera esto el Intendente de Burgos ¡Cómo se le quitarían las ganas de decirnos las cosas que nos dijo de dicho Padre! ¡ Cuán confuso y avergonzado quedaría [147] al oír tales expresiones! ¡Cuán lejos estaba el Padre Pedro de negarnos el socorro posible para nuestra manutención, y cuán lejos de decirnos nos íbamos a perder si seguíamos a los Padres! .

Concluido esto, se empeñó nuestro Padre Pedro darnos de merendar a todos; y lo deseaba tanto, que diciéndole nuestro P. Rector, habían ya guardado y recogido todas la fruta, y que no podía ser el conseguirlo, entonces él mismo fue a buscarlo y no paró hasta que lo halló. A eso de las tres y media, empezó a embarcarse la Provincia: iban saliendo por Colegios, nombrándoles el Secretario por una lista que tenía de todos, y finalmente nombró al Colegio de Villagarcía, y entonces salimos todos, asimismo nombrados los veinte Novicios que habíamos quedado con nuestro P. Rector. Fuése guardando modestia y silencio formados en dos filas hasta el muelle, quedando toda la gente pasmada de ello. Desde dicho muelle se iba embarcando a sus respectivas naves, y nosotros nos embarcamos en la nuestra en compañía de nuestro Padres Rector, Ayudante, dos Maestros del Seminario y algunos Hermanos Coadjutores antiguos. Nosotros nos gozamos mucho por haberse dispuesto el que fuésemos con nuestro P. Rector todos; aunque por eso no dejaríamos de estarlo, si hubiéramos ido por las naves repartidos, como antes nos lo habían dicho. No quiero pasar en blanco lo que sucedió con el Hermano José Martínez, que se fue desde Burgos a

su casa en compañía del Hermano José Prada. Este último ya dijimos se había ido a Santiago desde el Ferrol. El H. José Martínez estaba ya algunos días en su casa, cuando nosotros llegamos embarcados a dicho puerto del Ferrol. Tuvo noticia nuestro P. Rector de que estaba allí dicho Hermano, y luego le envió a decir, una y muchas veces, que, aunque había flaqueado, no obstante le volvería a admitir. Otros Padres procuraban también facilitarlo; más el mayor tropiezo estaba de parte del Sr. Inten[148]dente y de su madre. Sabiendo él que dicho Intendente en fuerza de las propuestas y súplicas que le habían hecho, hacía la vista gorda, dijo a su madre que le diese dinero para irse a entretener por algunos días a la Coruña. Creyóle la madre, y se lo concedió; y saliendo de noche se fue en derechura a la nave. Fue nuestro embarque en Santander el día 7 de Mayo de dicho años de 1767.


Breve relacion de lo que aconteció al H. Manuel Lanza desde el Noviciado hasta que volbio a tomar la sotana de la Compañia en Calvi de Corcega.

El Hermano Manuel Lanza, natural de la Ciudad de Santander dio principio a la vida Religiosa el día dos de abril de 1766*, en el Noviciado de Madrid de la Compañía de Jesús, siendo de edad de catorce años. Aquí según llegamos a entender, se portó como verdadero Novicio de la Compañía.

Faltábanle dos días para hacer los votos del bienio, cuando sucedió la desgracia de nuestra prisión, la que por haber sido en aquella corte el día primero de abril, le cogió en el estado de Novicio y consiguientemente de no haber hecho los votos del bienio que le tocaba hacer el día tres de abril en que universalmente sucedió nuestro arresto, por lo que toca a las cuatro Provincias de España: estaba también concluyendo los Ejercicios, como se acostumbra en la Compañía, para que acabados éstos y acabado de hacer los votos del bienio, se pasase al Seminario de Villarejo. Y como oí al mismo Hermano, ya había ido por él un criado de Villarejo para llevarle al Seminario. Pero todo se frustró con la prisión, porque así este Hermano como todos los demás fueron aquella misma mañana depositados en un [149] Monasterio de Monjes Benitos por los mismos ejecutores, y sin que pudiesen hablar una sola palabra con los Padres. En esta casa estuvieron unos cuatro días o seis, y al fin de ellos fue el comisionado a intimarles el decreto de su R.M., o por mejor decir a tomarles la declaración si querían o no seguir a los Padres. Pero ante todas las cosas les dijo dicho Señor, que el seguir a los Padres no podía ser, por estar ya embarcados; que ya no había otro remedio que irse a sus respectivas casas, porque el camino a Cartagena (donde decía se habían de embarcar los Padres) era inútil y en vano. Con estos antecedentes no hubo uno que dijese quería seguir a los Padres. A éstos siguió nuestro Hermano Manuel Lanza, no por no querer seguir a nuestra Madre la Compañía, sino por verlo imposibilitado por aquella parte. Luego les mandaron dejar la ropa de la Religión y vestirse de seglar, dándoles para esto los vestidos que había llevado al Noviciado. Luego condujeron a cada uno a su casa, dándoles diez reales por día.

Nuestro Hermano Manuel iba contento y gozoso a Santander, su patria; no tanto porque lo era, cuanto por hallarse allí los Padres de la Provincia de Castilla, con quienes esperaba y firmemente confiaba en Dios se embarcaría, como muchas veces lo oí al mismo Hermano. Pero mucho más se alegró, cuando vio que los Novicios de aquella Provincia iban en busca de su Madre la Compañía, con quienes esperaba ir él, ofreciéndose esta tan buena ocasión. Y así el día que llegaron a dicha Ciudad, les salió al encuentro; y rebosando en gozo, les fue acompañando hasta la Ciudad, en la cual no se había apartado de ellos, tratándose de Hermanos así él para con ellos, como ellos para con él. Decía repetidas veces que no tendría mayor consuelo que el ir con nosotros, y nos pedía para esto le encomendásemos a Dios; pero él iba delante pidiéndolo frecuentemente en la oración, la que no había dejado ni desistido un punto en ella. Y esto me lo confirmó un hijo [150] del Administrador de (~~Fernando~~) dicha Ciudad, llamado por sobrenombre el Sr. Donato, en estas palabras:

> "*<u>Manuel Lanza se irá con Vds., sin duda</u>, porque desde que está en casa no ha dejado de hacer los ejercicios espirituales que hacía dentro de la Compañía, teniendo una hora de oración por la mañana, oyendo Misa, rezando sus devociones, y cumpliendo con el examen de la conciencia; no dejando por la tarde su media hora de lección espiritual, su rato de oración y <u>el examen de la</u>*

noche, señal evidente de no haber dejado la Compañía, más que con el efecto, pues que tanto le amaba con el afecto".

Lo restante del día gastaba con nosotros, saliendo a pasear cuando nosotros, pidiéndonos incesantemente hiciésemos todo lo posible para que fuese con nosotros, y lo decía con tal confianza, que parecía tenerlo conseguido. Díjonos también que había escrito a nuestro P. Provincial para que de su parte no hubiese dificultad alguna el llevarle. Sólo la ponía nuestro carísimo Hermano en el Alcalde Mayor, no la teniendo de parte de su Sra. Madre, como se verá después. A los siete días de nuestra llegada a Santander, nos tomaron las filiaciones para embarcarnos al octavo, hallándose presente nuestro H. Manuel.

Viendo tan cercana nuestra partida, y hallándose presente el Sr. Alcalde en esta sazón, habló el Hermano más antiguo a dicho Sr. en favor de nuestro Hermano Lanza, en esta forma: "*Señor Alcalde, supuesto que nosotros nos hemos de embarcar con los Padres llevará V. Merced a bien de que este Hermano se embarque juntamente con nosotros, pues no lo desea menos*" . La respuesta del Sr. Alcalde se redujo a un riguroso examen con nuestro carísimo Hermano, el que hizo de este modo. Vuelto al Hermano le preguntó: 1º ¿Si tiene ánimo de seguir a los Padres? Sí, Señor, respondió el Hermano. ¿Pues qué motivo tuvo para no seguir a su Provincia? Porque nos dijeron [151] que los Padres estaban ya embarcados, y que era inútil y en vano el viaje para Cartagena, donde dijeron se habían embarcado; y así, que había emprendido el camino para Santander con ánimo de embarcarse con la Provincia de Castilla. Preguntóle lo 2º, si había recibido viático para irse a su casa. Respondió el Hermano que sí. Replicó el Alcalde y dijo: pues estos que siguen a su Provincia, ningún viático han recibido, como ellos mismo lo pueden decir, luego no veía Vd. con esa intención. Preguntóle lo 3º, ¿Vd. no estaba a cuenta de la Provincia de Toledo? Si ,Señor, dijo el Hermano. Pues yo no me puedo meter (añadió el Alcalde) con los sujetos de otra Provincia; y así no puedo venir en ello. Éstos, porque son de esta Provincia, están a mi cargo, y a ellos solos puedo conducir. Por último dijo el Alcalde: Vd. podrá ir a buscar a su Provincia por otra parte, pues por ésta no puede ser, ni yo lo puedo hacer. Habiendo hablado de esta manera el Sr. Alcalde, se despidió de nosotros. Nuestro buen Hermano, lleno de confianza en Dios, prorrumpió en esta palabras: "*HH. Carísimos, aunque se ha portado de esta manera el Sr. Alcalde, y no me da buenas esperanzas, con todo eso, confío en la misericordia de Dios y en su Purísima Madre, que he de ir todavía con mis Hermanos; de qué modo sea, el Señor lo dispondrá*".

El modo o disposición que tuvo, fue ésta. Habiendo padecido y sufrido con paciencia tan amargas razones de un Sr. Alcalde, y grandes combates de otros muchos, que le persuadían a que no siguiese, y se quedase en casa, atropelló su Sra. Madre, mujer heroína, piadosa y timorata de Dios, por todos los inconvenientes que había: y aunque como madre amaba y quería mucho a su buen hijo tan querido, y tomándolo a su cuenta, fue ella misma, y se compu[152]so con un capitán, llamado Matías del Valle, para que recibiese a su hijo en la nave, y para que se hiciese con disimulo le dijo le podía tomar en traje de paje de ~~cámara~~ cámara o de grumete; porque así podría servirle a él y ayudar a los marineros, sin ser conocido. Vino en la propuesta dicho Sr. Capitán, y ella, sin más esperar, atavió desde luego los vestidos propios de marinerillo, parte haciendo ella misma, y parte mandando hacer.

Y embarcándonos el día 7 de Mayo de dicho año de 1767, como a las cuatro y media de la tarde, fue la Sra. Magdalena Viruleta, que así se llamaba la madre de nuestro Hermano Lanza, a remitir a su hijo al Sr. Capitán, como entre dos luces de aquel mismo día. Grande fue el gozo que tuvimos nosotros los Novicios, cuando supimos aquel portentoso disfraz de nuestro carísimo Hermano.

En esta nave iban los Padres de Villafranca del Bierzo, y parte del Colegio de Villagarcía; pero no llegaron a conocer del todo, aunque sospecharon mucho, de que aquel niño de tan buenos modales fuese propiamente un marinero. Y así se admiraban de la manera con que se portaba, al verle tan modesto y recatado en todas sus acciones, por lo que nunca llegaron a formar juicio de que fuese marinero marítimo. Pero él, para mayor disimulo y para que nunca viniesen en su conocimiento, se mudó el nombre y apellido. Llamábase Manuel Lanza, y de allí adelante se llamó Bentura Astrada [=Estrada], que venían a ser nombres y apellidos de sus padres, y ninguno le conocía por otros nombres que por estos últimos.

Sucedió que dicho Sr. Capitán llevaba consigo a un hijo suyo, que le servía también de paje de cámara, y como viese éste que nuestro Hermano Manuel se metía también a hacer algunas cosas [153] que tocaban a él, le preguntó una vez (pareciéndole que le quitaba su oficio), que a qué venía, o qué oficio traía en aquella nave. Respondió que iba por paje del Capitán. Entonces le dijo el muchacho enfadado: "*Hombre, ¿cómo puede ser eso, si soy yo su paje, y le compongo la cámara?*". He aquí que sale a esta sazón el Capitán, y viendo que su hijo quería llevar el pleito adelante, le riñó diciendo por qué hablaba tal mal al otro paje, pues le traía él consigo. El muchacho, sin saber qué responder, hizo las paces con el segundo paje. Los oficios que nuestro Hermano Manuel ejercía eran propios de su aparente traje. Unas veces ayudaba a los marineros tirando de las cuerdas y subiendo alguna que otra vez a las gavias para más disimular. Otras veces se empleaba en servir a los enfermos, lo que llevó adelante en el resto de la navegación.

Día 18 de Mayo llegamos al Ferrol , en cuyo puerto nos detuvimos ocho días. Al fin de ellos, pasaron los jesuitas de unas naves a otras, porque las más que allí llegaron se volvieron a Santander. También tocó a nuestro Hermano pasar de una nave a otra, porque el Señor Capitán Matías del Valle había cumplido ya con su encargo, y así éste encomendó nuestro marinero a otro Capitán, llamado por sobrenombre Zubiría, en cuya nave iban los Padres del Colegio de San Ambrosio*. Pero se llegó a ocultar tanto nuestro Hermano Bentura que nos llegaron a dar la nueva de haberse quedado en el Ferrol, con ocasión de haber salido a tierra en una falúa acompañado de otros muchachos, y que cuando quisieron volver a la nave, se había dado a la vela todas. Esto nos causó grande sentimiento cuando llegó a nuestro oídos, porque lo teníamos tan creído que muchos o los más no nos desengañamos hasta llegar al puerto de San Florencio en la isla de Córcega.

[154] Salimos de aquel puerto día 27 de dicho mes, y nuestro carísimo Hermano proseguía con su vida marítima exteriormente, mas en lo interior ejercía una vida propia de un verdadero religioso, como se puede ver en lo siguiente: oía Misa todos los días que la había, con mucha atención y devoción, comulgaba siempre que los Padres lo hacían, oía ocultamente la lección espiritual, y del mismo modo se portaba en los demás ejercicios espirituales. Confesóse alguna otra vez con el P. Calatayud, a quien oí decir, estando con otros Padres en Calvi, era un ángel, pues no había perdido la gracia bautismal.

En esta nave tuvo mucho que padecer, sufrir y tolerar; porque eran muchos los que le tentaban, queriendo sacar si era Novicio o no de la Compañía, y no más que por la modestia, compostura y su buen modo de proceder. En esto sobresalió el H. Matías Sanausch como el mismo Hermano nos dijo después en Calvi; pues decía que no le dejaba en paz con preguntas que le hacía, pero nunca se quiso dar a conocer. Y para conseguir esto hacía los oficios más humildes de aquel aparente estado: como tirar de las cuerdas, ayudar al despensero, asistir a los enfermos, y hacer alguna otra maniobra que condujese para su mayor disimulo. Y no sólo tenía que sufrir aquellas preguntas tentativas, más también algunas quejas de algunos Padres porque no sacaba aquellas cosas comestibles de que más apetecían, pero él satisfacía a estas quejas diciendo no podía hacer más que lo que le mandaban; así fue prosiguiendo el resto de la navegación hasta llegar al puerto de San Florencio, que fue el día 28 de junio, víspera de San Pedro. Aquí quiso también ser ocultado,

pero no le valió su industria; porque sabiendo el P. Ministro que tuvo en Madrid (quien a la sazón se hallaba con su Provincia en dicho puerto) se había embarcado con la Provincia de Castilla en traje de marinero y creyendo vendría [155] con los Novicios de dicha Provincia, vino un día a nuestra fragata preguntando por dicho Hermano, a quien respondimos que ni venía allí, ni sabíamos de cierto si venía en alguna otra nave, por la duda arriba referida. Pero saliendo de allí dicho Padre, y buscándole por las demás naves, vino a dar con él en la del Sr. Capitán Zubiría. Grande fue el sentimiento que aprehendió a nuestro Hermano al verse ya descubierto, pues su intento era no darse a conocer hasta saltar a tierra.

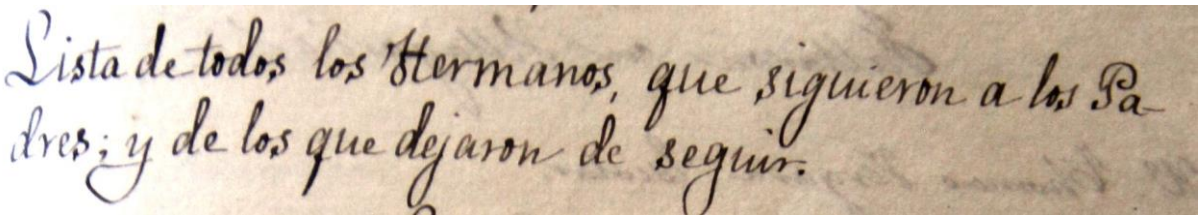
Salimos de este puerto de San Florencio a 14 de julio, y al día siguiente llegamos al de Calvi. Fue grande el gozo que recibió nuestro Hermano al llegar a este puerto, porque veía se acercaba ya la hora de volver a tomar la ropa de la Compañía, que era la que únicamente deseaba, y tanto le había costado. De allí a tres días, después de haber desembarcado nuestra Provincia, salió el Sr. Capitán a tierra con su paje, y se fue en derechura a la Iglesia de San Francisco, donde estaban los Padres de San Ambrosio y el Noviciado de Villagarcía, y otros muchos. Y habiendo ya satisfecho su encargo el Capitán, le entregó a los Padres de San Ambrosio, en cuya nave habían venido. Luego se despojó de los vestidos de marinero, y se vistió los de estudiante que había traído consigo. En esta forma estuvo algunos días, bien que incorporado con los demás Novicios hasta la víspera en que subimos a la Ciudad, porque entonces le echó la ropa nuestro Padre Rector Julián Fonseca, quien a la sazón se hallaba con todo su Colegio en dicha Iglesia de San Francisco. Pero aun aquellos días que nuestro Hermano anduvo vestido de estudiante, fueron para él de gran regocijo, por verse ya acompañado con los que tanto deseaba juntarse en Santander. Y así todo lo que hacían los Hermanos Novicios, él también.

Pero aquí no tuvo poco que sufrir su grande humildad, [156] por la mucha gente que concurría a visitarle, principalmente los jesuitas, no sólo de nuestra Provincia, más también de las de Aragón y Andalucía; a quienes admiró y asombró aquella acción tan grandiosa que hizo, siendo aún tan niño. Subimos al fin a la Ciudad, y allí se incorporó más estrechamente con nosotros; pues habiendo dado su beneplácito N. P. General, para volverle admitir, y dadas también las veces del Provincial de Toledo al de nuestra Provincia para que le recibiese para súbdito suyo en ella, desde luego fue admitido nuestro Hermano Manuel Lanza. No se puede explicar bastantemente el gozo que recibió en esto, ya por verse en esta Provincia, acompañado de otros Novicios, ya porque en su Provincia no había otros con quienes poder estar. Aquí por espacio de mes y medio, o cerca de dos meses, nos fue a acompañar (como uno de tantos) a llevar agua, no entre pocos y pequeños peligros; pero todo lo sufría de grado y buena voluntad por amor a su Madre la Compañía.

El día diez y seis de Agosto dio principio a las letras humanas con todos los demás Hermanos. El día veinte y uno de Noviembre, en que se celebra la fiesta de la Presentación de Nuestra Señora hizo los votos del Bienio con otros cinco Hermanos, con mucho consuelo de su ánima, diciendo la Misa el P. Julián Fonseca, Rector que era actualmente de la casa de S. Estanislao con asistencia de toda la Comunidad.

Después prosiguió con sus letras humanas, hasta que dio principio a la Filosofía con los demás Hermanos en Bianchini el día catorce de Noviembre, después de haber llegado a los Estados Eclesiásticos el años 1768. Pero Dios, antes de cumplir dos meses de estudio de Filosofía, empezó a disponerle por medio de sus trabajos para una feliz y dichosa muerte, que se siguió el día seis de Abril de 1769; cuya carta edificante se pondrá más adelante, con otras de otros compañeros Novicios, que han muerto en el destierro.

157


Lista de todos los Hermanos, que siguieron a los Padres; y de los que dejaron de seguir.

Siguieron

Hº. Isidro Arévalo.
Pedro Otero
Manuel Cancela
Manuel Camus
Francisco Javier Camus
Gaspar Ferrero
Manuel Aziera
Francisco Descalzo
Domingo Jorge
José Otero
Francisco Javier Bouzas
Vicente Antonio Calvo
Julián Mochales ……....13

Hermanos Coadjutores

Hº. Juan Villanueva
Martín Fermín Ezcurra
Manuel González
Andrés Martínez
Francisco Losada
Joaquín Maestu
José Alonso 7

158 Faltaron en Villagarcía

Hº. Tomás Vergara. Escolar
Hº. Martín Echevarría. Coadjutor
Hº. Miguel López. Coadjutor 3

Quedaron enfermos

Hº. Cayetano Queija. Escolar
Hº. Ángel Arce. Coadjutor 2

Faltaron en Torquemada

Hº. Francisco Javier Ordoqui
Hº. Mauricio Vélez Cosío
Hº. Joaquín de Dios

Hº. Francisco Javier Muñalén
Hº. Tomás Mariño
Hº. Vicente Gofín
Hº. Francisco Javier Garrido
Hº. Juan Capistrano Chaves
Hº. Pedro Perotes
Hº. Andrés Soto
Hº. José Hernández
Hº. Baltasar Menoyo 12

Hermanos Coadjutores

Hº. Pedro Paradelo
Hº. Manuel Ávila 2

159 Faltaron en el despojo de Palencia

Hº. Joaquín Lizárraga
Hº. Ignacio Sigüenza
Hº. Miguel Vizcaino
Hº. Antonio Vallenilla
Hº. Juan Landa
Hº. Antonio Martel
Hº. Damián Rascón
Hº. Antonio del Pozo
Hº. Antonio Vila
Hº. Manuel Aguirre
Hº. José Miguélez
Hº. Martín Zabala
Hº. Julián Ruiz
Hº. Francisco Pilas
Hº. Lorenzo Carrera
Hº. José Ortiz
Hº. Juan Bautista Quereizaeta
Hº. Vicente Rivas
Hº. Gaudencio Núñez
Hº. Antonio Berdión
Hº. Manuel Martín 21

Hermanos Coadjutores

Hº. José Martín Oroquieta
Hº. Luis Belmonte
Hº. Luis Vázquez
160 Hº. José Goenaga
Hº. Manuel Ascía
Hº. José Varasoain 6

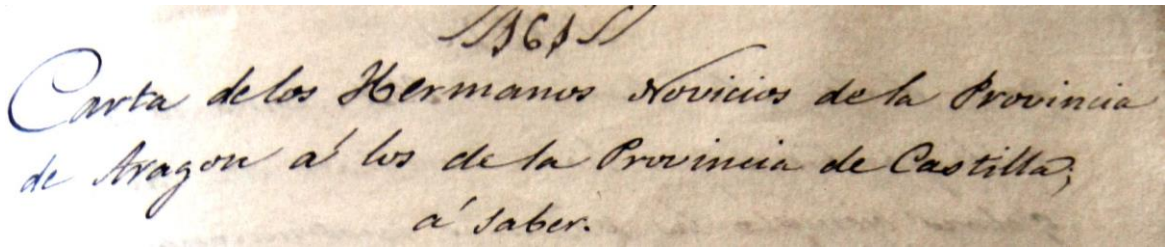
Faltaron en Burgos

Hº. José Martínez; y después se embarcó en Ferrol
Hº. José Prado
Hº. Miguel Elizalde
Hº. Francisco Javier Ibarra
Hº. Juan Noya
Hº. José Altamira
Hº. Pedro Rodríguez, quedó enfermo
Hº. Miguel Ardanaz, Coadjutor 8

Forzados a sus casas

Hº. Manuel Barrón … de su padre
Hº. Lorenzo Agüero … de un Notario de Palencia
Hº. Ruperto Torrente … del mismo
Hº. Carlos Serna … de un tío suyo
Hº. Francisco Alvarez, quedó en el Palacio del Sr. Obispo de Palencia
son 5

161


Carta de los Hermanos Novicios de la Provincia de Aragon á los de la Provincia de Castilla, á saber.

P. C.

Carísimos Hermanos:

Hemos sabido con grande consuelo de nuestro corazones, la generosa constancia que mostraron los Hermanos en la presente tribulación con que se digna afligirnos la amorosa mano del Señor: superando todos con la divina gracia las arduas dificultades con que les dieron 1ª y 2ª batería, ya en Villagarcía, como en el camino cuando seguían a los Padres y Hermanos para el destierro. Ciertamente al oír la relación que nos hizo de todo, no pudimos resistir las lágrimas, que nos sacaban parte por la compasión con que les mirábamos, y parte también el sensible gozo que tuvimos al contemplar cuán colmadamente derramó el Señor sus gracias y bendiciones, hasta hacerles salir con gloriosa victoria de tantos lazos y enemigos sin desistir de la vocación, ni dejar nuestra Madre la Compañía. Esto, y la interior

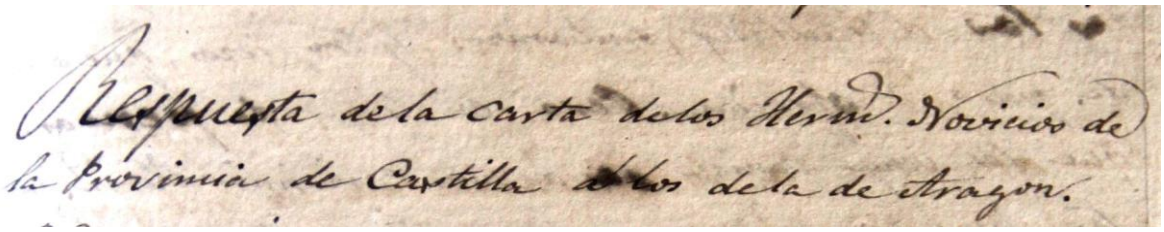
ley de la Caridad, que como móvil de la Compañía nos une a todos estrechamente en Jesucristo nos obliga a todos nosotros a escribir ésta; ya para complacernos con los Hermanos en el gozo y fortuna que les cupo de seguir como buenos hijos a su afligida Madre en este destierro; ya también [162] para darles a los Carísimos Hermanos, como lo hacemos, mil parabienes, por haber acreditado con tan singulares ejemplos las primeras instrucciones que tomaron de la virtud en aquel Santo Noviciado, por haber mirado con tantas pruebas por el honor y crédito de nuestra Santa Religión, por haber dado a N.S.P. , y demás Santos hijos suyos en el Cielo tan grande contento: y por haber sido todos en esto objeto de la complacencia y gozo de N. Capitán Jesús, que sea mil veces bendito por ello y alabado, y a quien sea gloria de todo.

Nosotros, que trillamos en el mismo camino de los Hermanos con 27 días de pruebas bien terribles, aunque (según entendimos) inferiores a los que tuvieron nuestros Hermanos. Nos damos también mil parabienes, por haberse dignado el Señor hacernos dignos de padecer como los Hermanos en tan santa causa por su Santo Nombre, y de alentar nuestros corazones para seguirle hasta la muerte. Vemos cuán obligados estamos al Señor por tan amorosa dignación. Quiera su D. Majestad que sepamos agradecerlo todos los días de nuestra vida llenando sus divinos designios, que sin duda son de hacernos muy santos, si cooperamos a su santa gracia, la que no dejará de franqueárnosla liberalísimamente, quien a los principios nos la dio y derramó tan colmada: puesto pues que es tan estrecha nuestra obligación, y no menos la de los Hermanos, de portarnos todos agradecidos al Señor por tantos beneficios. Suplicamos todos los Hermanos con las mayores veras de nues[163]tros corazones, que nos ayuden a ello con sus fervorosas oraciones, que nosotros con las nuestras, aunque tibias, les corresponderemos todos los días, para que el Señor, que nos miró con tan tierno amor desde los principios que nos alistamos en su Milicia, sea siempre el escudo de nuestra protección, nos tenga siempre cabe sí, nos dé alto conocimiento de lo mucho que le debemos, y nuevo y vigoroso espíritu para seguirle cada día con más y más perfección. Esto y mucho más podemos esperar de un Señor que, tan visiblemente y con tan especial providencia, se conoce está en toda su Compañía en este destierro: dichosos nosotros si supiésemos obligarle a todo, imitando tantos ejemplos como nos dan de constancia y sufrimiento y virtud todos los RR. PP. y HH. de las Provincias desterradas. Mayor, por cierto, será la cuenta que nos pedirá el Señor, si no somos tales, cuales nos desea su Majestad a vista de tantos alicientes y ayudas con que nos asiste .

Por tanto, Carísimos Hermanos nuestros, unamos mutuamente y con fervoroso espíritu nuestras oraciones para clamar cada día al Señor, que se digne mirarnos siempre a todos con compasión y amor, para que cumplamos hasta la muerte lo que nos dijo a cada uno en el día que vestimos la S. Sotana: *tene quod habes, ne allius accipiat coronam tuam.* Así sea, y para ello nos dé a todos el Señor su gracia, para que, coronados de gloria, le podamos cantar eternamente en el Cielo sus divinas [164] misericordias. Entretanto, con el más ferviente espíritu de amor les abrazamos desde acá a todos en Jesucristo, celebrando al mismo tiempo su feliz navegación y arribo a ese Puerto de S. Florencio, dándoles de ello a todos mil enhorabuenas, y al Señor infinitas gracias. Por último, les pedimos que, si se dignaren los Carísimos Hermanos darnos un alegrísimo día con alguna respuesta, se dignen también animarnos a todos, contándonos los trabajos y pruebas que se hicieron con los Hermanos desde el Noviciado hasta el embarco. Nosotros tal vez ignoramos muchas, y el saberlas para alabar con mayor espíritu por tantas gracias al Señor. La prontitud de entregar luego ésta que escribimos, no nos da tiempo para explicar a la larga a nuestros carísimos Hermanos la batería que se nos hizo por espacio de 27 días encerrados en casa apartada de nuestro Noviciado, quitándonos allí las sotanas, y sin más comunicación que con aquellos que supieron probarnos, según les dictaba el espíritu que les gobernaba, ciertamente nada

pío y cristiano en este particular; pero de todo haremos a su tiempo exacta relación a nuestros amantísimos Hermanos. Los setenta y nueve Novicios que acá estamos, quedamos a la obediencia de nuestros carísimos Hermanos, y rogamos al Señor que guarde y prospere por muchos años para su santo servicio las vidas de todos. Lavastia en este Barco de S. Isidro a los 23 de junio de 1767. [165] Nuestro P. R. y P. Ministro saludan, y abrazan con entrañable amor a los Carísimos Hermanos, y muy expresivamente al P. Rector y Ministro de ese Santo Noviciado. Muy afectos y siervos de NN. CC. HH. los Hermanos Novicios de la Provincia de Aragón, y en nombre de todos.

Gaspar Sánchez


Respuesta de la carta de los Hermn. Novicios de la Provincia de Castilla a los de la de Aragon.

P.C.

Carísimos HH.

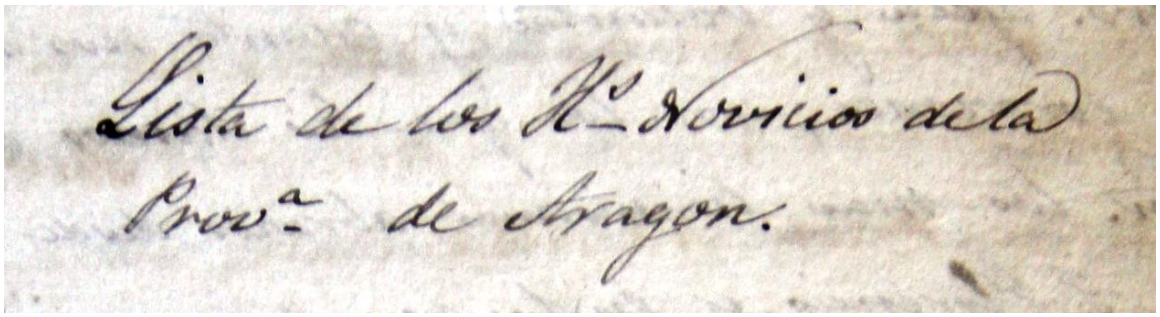
Grande ha sido e inexplicable el consuelo y gozo que sintieron nuestras almas, al leer la muy apreciable carta de nuestro Hermanos. En ella, como en un espejo, se acaba de ver con mucha particularidad la caridad y unión con que quiere nuestro S.P. Ignacio se distingan los hijos de la Compañía, amándose mutuamente, sin reparar en diversidad de Naciones, Provincias, Estados, y genios, que lleva de suyo nuestra Santa Religión.

Así mismo vemos en ella el aliento con que sufrieron por la vocación en espacio de 27 días los trabajos que permitió su Majestad padeciesen, para hacerlos verdaderos siervos de Jesucristo, en cuya escuela no se puede entrar sino por la puerta de las persecuciones, angustias y aflicciones con que el Demonio, sirviéndose de la carne, y mucho más del mundo, como de aliados, procura apartar, si pudiera, a los que se alistan debajo [166] la bandera de nuestro Capitán Jesús. Agradecemos sobre todo encarecimiento los parabienes y enhorabuenas que nos dan nuestros Hermanos, a los que no son menos acreedores los que siguieron la huellas de los fervorosos Padres y Hermanos de esa Provincia; se portaron como verdaderos soldados de la Compañía de Jesús, atropellando por todas las dificultades, embarazos y tropiezos que a cada paso se ofrecían. Pero en lugar de pensar que les venga vanidad a nuestros Carísimos Hermanos por tan heroicas empresas, estamos firmemente persuadidos que humillados bajo la poderosa mano de Dios, y agradecidos a tantos beneficios y bendiciones de su misericordia, con que el Señor los unió más estrechamente en

este tiempo a una Religión que siempre ha tenido, tiene y tendrá muy en su corazón, dejando al mismo tiempo en medio de las peligrosas hondas del mundo a tantos que, habiendo sido antes compañeros en el Noviciado, sirvieran a Dios acaso mucho mejor que nuestros Hermanos: humillados, pues, volvemos a decir, y singularmente reconocidos a decir, y singularmente reconocidos a beneficios tan singulares, juzgamos que servirán a nuestro buen Jesús de hoy más con la mayor perfección que puedan, observando exactamente las más menudas Reglas de nuestro Sagrado Instituto, en las cuales está cifrado todo cuanto se puede, no digo decir, pero ni aun concebir e imaginar. Esto que acabamos de referir, y la brevedad del [167] tiempo no nos permite extendernos cuanto nos dicta nuestro afecto y voluntad, y cuanto nos inspiraban nuestro corazones: con los que les damos a nuestros Hermanos los más tiernísimos abrazos desde este Puerto de S. Florencio, y en los que nuestros Carísimos quedan muy impresos, para no olvidarlos jamás; y para corresponder con nuestras tibias oraciones, por las que se sirven hacer con tanto fervor en el acatamiento del Señor, para que nos dé a nosotros constancia y perseverancia en lo comenzado. Y a la verdad, de poco nos servirá haber empezado bien si no proseguimos en él; pues verdadera es la sentencia, que dice: *cepisse multorum est, ad culmen pervenisse paucorum:* y mucho más cierta es la de otro Soberano Maestro, que dice: *no se da la corona al que no pelea con esfuerzo, ni logrará la salud eterna el que no persevera en su gracia..* El Señor se la dé muy abundante a nuestros Hermanos, y los guarde y conserve por muchos años en su divino servicio. San Florencio en esta fragata sueca a 3 de Julio de 1767.

Nuestro P. Rector y P. Ayudante saludan igualmente y dan mil parabienes a nuestros Carísimos Hermanos, quienes se servirán hacer esta misma expresión en su nombre al P. Rector y Padre Ministro de ese Santo Noviciado. Muy afectos de nuestros Hermanos todos los Hermanos Novicios de la Provincia de Castilla; [168] y en nombre de todos.

Isidro Arévalo


Lista de los Hos Novicios de la
Provª de Aragon.

H. Gaspar Sánchez
H. José García
H. Antonio Puger
H. Juan Roca
H. Antonio Menvani

H. Vicente Suárez
H. Agustín Monzón
H. Mariano Llorente
H. Jacinto Flor
H. Miguel Labaca
H. Javier Giner
H. Francisco Catalá
H. Mariano Lázaro
H. Antonio Prieto
H. Antonio Pinaro
H. José Ferrer
H. Francisco Roger **17**

Coadjutores para la provincia

H. Miguel Lozabe
H. Hilario Comamala
H. Paulo Milá
H. Joaquín Trullenech
H. Raimundo Plá
H. Miguel Gutiérrez
H. Antonio de Antonio
H. Peregrino Anoll
H. Salvador Miner
H. José Pujol (27)

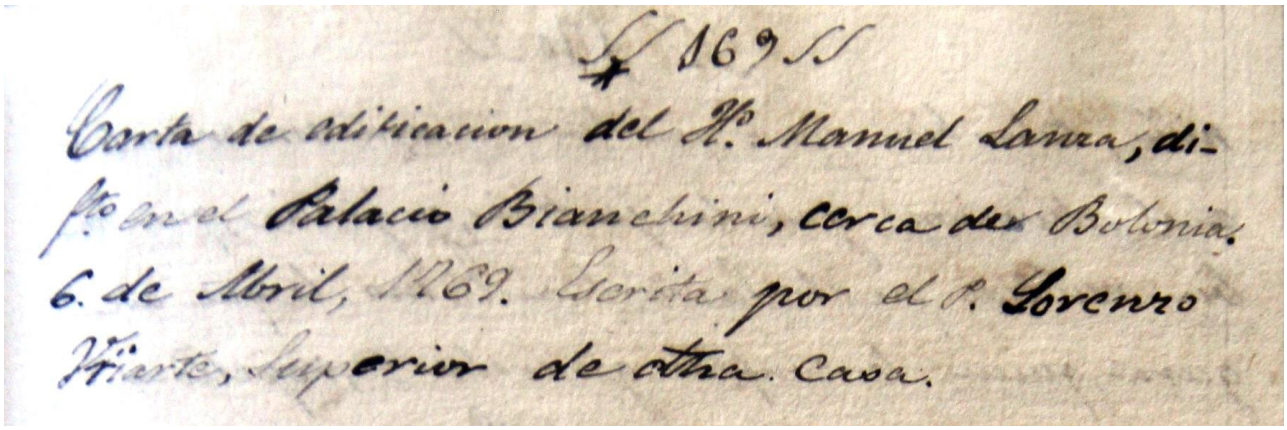
Escolares

H. Juan Quera
H. Vicente Soler
H. Jaime Roig 3

Coadjutores para India

H. José Sevilla
H. Juan Terragut 2 (5)
32

169


Carta de edificacion del H.º Manuel Lanza, difto en el Palacio Bianchini, cerca de Bolonia. 6. de Abril, 1769. Escrita por el P. Lorenzo Viarte, Superior de otra Casa.

Dios, que es magnífico en sus dones y Santo en todas sus obras, se ha dignado para darnos un sólido **consuelo e**ntre los trabajos de este destierro ponernos delante de nuestros ojos la dulzura, paz y confianza en su divina Bondad, con que han puesto fin a los días de su vida, todos los que fieles a su Santa vocación, como buenos soldados de Cristo, han muerto peleando las batallas del Señor; mas singularmente parece ha ostentado Su Majestad la eficacia de su Divina gracia en el inocente joven H. Manuel Lanza, en quien nos dio un bello retrato de su vida y virtudes de nuestro S. Estanislao de Kostka, Novicio de la Compañía de Jesús, a quien imitó en el amor y trabajos que padeció por lograr su vocación, como también en la temprana edad y dichosa muerte.

Dotó el Señor al H. Manuel Lanza de un genio generalmente amable y dócil, con una innata inclinación a toda piedad, tanto que su señora madre, mujer de piedad más que vulgar, que se había encargado de la primera educación del [170] niño, tuvo bien poco que hacer para conservarle en devoción y en la justicia y gracia que había recibido en el Santo Bautismo, la que asegura, quien le confesó generalmente repetidas veces, que nunca la perdió. En efecto, para recibir el Santo Viático repitió su Confesión general en bien limitado tiempo, por la gran tranquilidad que gozaba en su espíritu.

Una inocencia tan constante, y a que se puede decir respetaban las pasiones, pues ninguna se le notó violenta, o que le hiciese especial guerra, a juicio de los que gobernaron su conciencia, bien se deja entender que no había nacido para vivir en este mundo; y así con nuevo beneficio le trasladó el Señor a los claustros religiosos con la cortedad de 14 años, en que dio principio a la vida Religiosa en la Santa Casa del Noviciado de Madrid, de donde han salido varones de virtudes ilustres que han llenado de buen olor de caridad al Pueblo Cristiano.

Aquí con los continuos ejercicios espirituales que prescribe nuestro Instituto para los Novicios, y el ejemplo de sus compañeros, hizo muchos progresos en virtud y devoción sobre el amor constante e invariable a su vocación, en que imitó mucho a San Estanislao, a quien se propuso como [171] ejemplar. Fueron las dos devociones que le robaron el corazón. La primera era al Sagrado Corazón de Jesús, a quien todos los meses hacía sus novena, terminándola en un viernes, y comulgaba con preparación extraordinaria, y ayunaba aquel día, costumbre que tuvo antes que nuestro M.R.P.G. nos hiciese esta misma recomendación por su carta circular . Como hora y media antes de morir, preguntó si era viernes, pues quería comulgar en obsequio del Sagrado Corazón de Jesús. La segunda era la devoción a los dolores de la SS. Virgen; y así mismo ayunaba todos los sábados, teniendo la oración a la mañana, y algunos ratos entre día, sobre tan tierna materia para lo que tenía entresacados varios puntos del P. Luis de la Puente, y Maestro Juan de Ávila. A esta soberana Reina hacía otros obsequios, a quien llamaba confiadamente su Madre, y en ella, decía, tengo todas mis esperanzas. Con este tenor de vida tan Religioso, y Regular, se hizo

verdaderamente digno de que la Compañía le admitiese sin dilación a los votos del bienio. Dos días le faltaban para completar los dos años de segunda probación, y estando en ejercicios preparándose para hacer los votos, sobrevino nuestro arresto, y fue depositado por los ejecutores en un Monasterio de los RR.PP. Benitos*. En este lance, sobre el común sentimiento, se le añadió al H. [172] Manuel Lanza, el de no poder hacer en el día que esperaba los votos Religiosos, para unirse con ellos más con Dios y con la Religión. Obligáronle a desnudarse la sotana, y se le prohibió al mismo tiempo el que pudiese tomar el camino de Cartagena a donde era conducida su Provincia; mas habiendo entendido que la de Castilla se embarcaría en el Puerto de Santander, su patria, se resolvió prontamente restituirse a ella, para poderse agregar a los de nuestra Provincia; seguro de que la piedad de su madre, lejos de retraerle de sus piadosos intentos, contribuiría con la mayor solicitud al logro de ellos. Los embarazos que ocurrían eran muchos, y parecían insuperables, pues el Sr. Alcalde Mayor, como no pertenecía de su inspección, no quiso permitirle que se agregase a los nuestros. Estos imposibles los venció la industria de su piadosa madre, digna del mayor elogio, avivada con las instancias repetidas del niño, que en nada pensaba más que en seguir su vocación a cualquier costa. Para esto redujo su madre a uno de los capitanes del comboy a que recibiese al niño en calidad de marinero, para lo cual ella misma le equipó de los vestidos correspondientes a este santo disfraz. Para que nadie pudiese penetrar sus intentos y para ejercicio de al[173]guna humildad, se empleo durante la navegación en ayudar a los enfermos y al despensero, y tal vez junto con el resto de la tripulación tiraba de las cuerdas en las maniobras. Por lo demás se arrimaba con disimulo a los nuestros a tener lección espiritual y demás ejercicios espirituales, y suplía del modo que podía lo que usaba en su Noviciado de Madrid, confesando y comulgando siempre que lo hacían los nuestros, y sólo en esto mostró ser más que marinero. Cuando desembarcamos en Calvi se llenó de gozo su alma, no tanto por haber tomado puerto, cuanto por lo próxima esperanza de volver a tomar la sotana de la Compañía e incorporarse con el Noviciado de la casa o rancho de Villagarcía, como efectivamente lo logró a pocos días. Aquí continuó con el mismo fervor de los ejercicios del Noviciado, y como había estado casi dos años en el Noviciado de Madrid, se le dieron a poco tiempo los votos del bienio. De allí fue enviado a esta casa a dar principio a la filosofía, y sin decaer de los fervores de un novicio como lo significaban los frecuentes recursos a los Superiores, aun para las cosas más menudas, y a los confesores, para la dirección de su conciencia. Comenzó con cuidado y diligencia las letras de su estudio, en que empezó a dar muestras de capacidad mientras le duró su salud.

[174] Ésta empezó a flaquear con los trabajos de la última navegación, superiores a sus pocas fuerzas, y vino a terminar en una tísica que le duró 6 meses. No parece que podían dejar de ser muchas las molestias que le causase la enfermedad, mas nunca se le vio quejas de alguna, porque la meditación de los dolores de su Madre María Santísima se las suavizaba todas, antes bien, siempre que se le preguntaba si le dolía algo, respondía que nada; y si le preguntaban que cómo le iba, respondía que mejor, y lo decía con tal inocencia que se le hacía verosímil el que Dios N. S. le iba disponiendo para sacarle de este mundo sin que lo sintiese, en premio a los trabajos que tuvo en seguir su santa vocación. Esta inocencia la conservaba con el santo temor de Dios que tenía entrañado en su corazón; pero diciéndole yo lo próximo que se hallaba a su muerte, y que no le estaría mal trocar esta vida, llena de trabajos, por la gloria eterna, me respondió que no tenía repugnancia a morir, pero que temía la cuenta que tenía que dar al Señor. Bien es verdad, que a poco rato, lleno de confianza en la divina misericordia, dijo espero también salir bien de la cuenta por la bondad y clemencia del Señor, y añadió: "*Luego que me vea en la presencia del Señor, le suplicaré mire con ojos de piedad a mis hermanos, que dejo entre tantos trabajos,* [175] *y a la Compañía mi Madre*".

Esta grande confianza parece que le salía al rostro al tiempo de recibir los Santos Sacramentos de Viático y extremaunción, que recibió respondiendo a todo con la Comunidad, y hacía con tanta puntualidad y reverencia las acciones todas necesarias para recibir este último

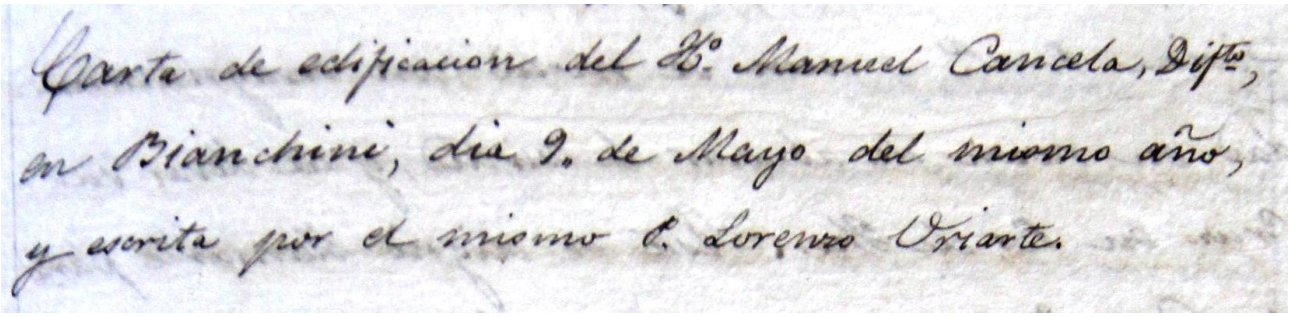
Sacramento de la Iglesia, que llenó de ternura y lágrimas a algunos, al ver la devoción con que cerraba por sí mismo los ojos, y extendía sus manecitas para recibir la sagrada Unción

Recibida ésta, díjosele la recomendación del alma, y aplicándosele la Indulgencia plenaria, ayer 5 del corriente pasó la noche con gran tranquilidad, y hoy 6 así mismo a las 6 de la mañana dulcemente expiró a los 18 años de su edad. No se le notó ni el menor trasudor, ni la más leve aflicción, que son regulares en aquella última hora.

Respetemos lo altos juicios de Dios, que después de haberle traído por caminos tan extraordinarios a la Compañía de Jesús le mantuvo tan poco tiempo en ella; pero esperamos fuera lo bastante para perfeccionar su inocente alma. Su cadáver quedó tan apacible, que aun los mismos medrosos se complacían en mirarle, y remirarle de cerca, sintiendo no sé qué consuelo en ello, persuadidos todos a que su muerte fue preciosa en los del Señor, y [176] a que podíamos decir de él lo que del Santo Estanislao: *Consumatus in brevi explevit tempora multa. Placita enim erat Deo anima eius, propter hoc properavit educere de medio iniquitatem.* Lo cierto es que el Señor, que premia la obra de misericordia de dar en su nombre un vaso de agua fría, habrá largamente premiado los pasos que dio y trabajos que toleró el H. Manuel, por seguir a Jesús en su Compañía; donde apreciaba vivir más un solo día, que millones en el siglo.

El entierro fue acompañado de toda la Comunidad, asistiendo a él el P. Provincial Ignacio Osorio. Mientras se le hicieron los oficios, muchos derramaban lágrimas por la pérdida de un Hermano tan amable de todos.

177


Carta de edificacion del H.º Manuel Cancela, Difto, en Bianchini, dia 9. de Mayo del mismo año, y escrita por el mismo C. Lorenzo Uriarte.

A los 19 años y medio de edad, y casi 4 de Compañía, recibido dos veces el Santo Viático durante su larga enfermedad, y al extremo de ésta la Sagrada Unción, con la devoción y fervor con que suelen los justos terminar su dichosa vida, murió hoy 9 de Mayo a la 4 y media de la mañana el H. Manuel Cancela, Escolar aprobado de nuestra Compañía. Si las enfermedades, dolores, tribulaciones y angustias son la herencia de los hijos amados de Dios, al H. Manuel le tocó una porción prodigiosa, pues por casi 3 años se mantuvo de los amargos saludables frutos del árbol de la Cruz del Redentor. Los actos de virtudes que ejercitó fueron tan heroicos, como los que admiramos en los varones más ilustres; en cuyo número, me parece, puede ser dignamente contado como ejemplar de fortaleza y paciencia Religiosa, por lo cual me será forzoso extenderme en la narración de su vida algo más de lo que lleva de suyo una carta regular.

La grandeza de su corazón, superior no sólo a sus pocos años, sino también a todos los contratiempos del mundo, recibió con admirable resignación los trabajos que le dispuso la [178] Divina Providencia, y aun se metió con magnanimidad en razón de abrazar la virtud y de llevar su

cruz en pos de Jesús. Éste se dignó llamarle para su Compañía cuando aún no había cumplido los 15 años de edad, y aunque al punto se resolvió de seguir el divino llamamiento, sus bellas prendas fueron causa de que se dilatase la ejecución; pues como era de genio amable, y dulce, de juicio muy asentado, de entendimiento perspicaz, y que ya desde entonces daba ciertas muestras de un relevante ingenio, y lo que es más de costumbre muy inocente, inclinado a toda piedad, se había robado el cariño de todas sus gentes, y especialmente de su señora madre, que había colocado en él grandes esperanzas, por lo que no pudo resolverse a desprenderse de él; mas su constancia, la oportunidad y bella gracia con que incesantemente proponía a su madre la máximas de eternidad, fueron tan eficaces que después de un año de combate obtuvo su grata licencia. Con ésta y la del P. Provincial, pasó con gran consuelo de su espíritu a dar principio a la vida Religiosa en el Noviciado de Villagarcía.

Bien presto comprendió el Hermano Manuel las gravísimas obligaciones de su nuevo estado, y se aplicó a darles el lleno todo. Su primer cuidado fue instruirse en el modo de tener con fruto la oración, en que experimentó el magisterio del Espíritu Santo; y como en el siglo había hecho mucha vida verdaderamente devota [179] y aplicada al estudio de las letras, sin distraerse a otros objetos, sin embarazo alguno se recogió muy en su interior. Del corazón bien arreglado salía al exterior una modestia sin afectación, un silencio oportuno, una caridad grata a todos sus Hermanos, una puntualidad constante a las distribuciones de Comunidad, y una exacta observancia aun en las más menudas Reglas. Todo lo hacía con tal despecho y alegría que daba bien claramente a conocer le era muy suave y dulce el yugo del Señor, que así le disponía para más fuertes combates, que descubrieron los fondos de su grande alma.

Después de algunos meses de Noviciado le regaló el Señor con una recia enfermedad, en la que se sintió con fervorosos deseos de morir en el dicho estado de Novicio; y preguntado por qué ansiaba tanto por la muerte, respondió: porque en el Noviciado andaba uno todo endiosado. Pero aún no era llegado su tiempo, y salió del golpe de enfermedad que terminó en un especie de fístula, cuyo maligno humor se extendió hasta los ojos, causándole en ellos excesivos dolores, y casi una total ceguera; mas entre estas tan sensibles resultas, no perdió un punto de la paz del corazón, antes se iba aguerriendo y ensayando para los grandes trabajos, que ya le amenazaban de cerca. En efecto, en este triste estado le cogió el arresto, cuyas consecuencias fatales a todos los Hermanos Novicios no podían dejar de ser con exceso [180] al Hermano Manuel, por hallarse de repente reducido a la imposibilidad de atender a su curación.

Las violencias y tropelías que con los Novicios practicaron algunos jueces de los ejecutores, fueron sin término. Porque pensaban hacer mérito para con la Corte si lograban el pervertirlos, y no desconfiaban conseguirlo al ver el abandono y pobreza en que quedaban, al mirar lo tierno de su edad, y al contemplar que aún no se habían ligado con los votos religiosos. Tanta inhumanidad era ciertamente contraria a las Reales intenciones, pero en tal tropel y confusión de cosas obraban impunemente la malevolencia y la ambición. En manos de estas dos violentas pasiones andaban de tribunal en tribunal los Novicios, como unos pequeños apóstoles, a quienes Jesús ponía en la boca las más adecuadas respuestas para satisfacer a las falaces preguntas que les hacían, y las más constantes resoluciones para no rendirse a las muchas preguntas y promesas con que les brindaban. Glorioso triunfo de la Religión y de la piedad, pues aunque violentamente les despojaron del hábito de la Compañía de Jesús, no les pudieron arrancar de sus tiernos corazones el amor y reverencia a este sagrado nombre, que parece le tenía grabado, como otro Mártir San Ignacio.

Teníale tanto el Hermano Manuel Cancela que, a lo que me aseguró, el primer pensamiento que le asaltó [181] aquel día fue el ejemplar de Jesús, representado en aquella palabra: *in laboribus a iuventute mea .* Repetía también en su corazón y se alentaba con esta máxima: *no te espanten los trabajos y tribulaciones , que sufrieres por Jesús. Él te podrá consolar, y confortar en ellos. Si*

tienes a Jesús contigo, ¿a quien tienes que temer? . Estos jueces podrán mortificar tu cuerpo, pero nada pueden con tu alma que confía en Jesús. Fue cosa bien extraña que, viendo a un niño tan lleno de enfermedades y trabajos, no usasen estos Jueces de alguna compasión con él; antes viéndole resulto a seguir el partido de la Religión, le condenaron a las mismas incomodidades que a todos los demás Novicios. Aun estos mismos se admiraban de la resolución en que veían al Hermano Cancela, de emprender un viaje tan largo y expuesto, a pesar de su quebrantada salud, y aun le proponían la imposibilidad en que le ponía la falta de vista, a la cual ofendía cualquier luz, mas él respondía: "*Es así que me hallo incapaz por mí solo, pero es mucha la caridad de mis Hermanos, y no dudo que ellos me conducirán de la mano, si fuese necesario vadear algún arroyo, me pasarán también en sus brazos. Sobre todo el Ángel de mi Guarda contará mis pasos, y los presentará a Jesús, por cuyo amor los doy gustoso, y más*".

Con estas y otras reflexiones que hacía su capacidad, ayudada de la fe, mostraba tal vigor [182] y alegría que adelantaba a todos los compañeros; y Dios mostró que se complacía en su resolución, pues la víspera del viaje se halló de repente con la vista despejada, contra todas las esperanzas del Médico que le asistía y de cuantos le vieron los días antes. Este nuevo beneficio del Señor, que se miró como muy singular y extraordinario por ser tan inopinado, le confirmó en su determinación de seguir su vocación; no obstante que la fístula no bien cicatrizada podría retornar con la agitación del camino, en que fueron muchas y muy sensibles las incomodidades. Aún más que éstas le atormentaba el temor de que se hubiese ya hecho el embarco de la Provincia, por lo que a medida de sus temores creció el gozo de hallarse en el puerto de Santander. Suspiraba por juntarse a los de su Colegio de Villagarcía; mas no se le permitió esta reunión hasta el mismo tiempo del embarco, y así se hospedó por los días intermedios en la casa de un buen ciudadano. En esta Ciudad, acompañado de un Sr. Prebendado, salió a pedir limosna para socorro de sus necesidades y las de sus compañeros. Su huésped quedó tan prendado del peso, prudencia y piedad con que hablaba el Hermano Cancela que le miraba con el respeto que se merece una inocencia perseguida, pero sufrida y paciente. "*Asombrado*" decía "*me tiene el P. Cancela, al verle pródigo de su salud y aun de su vida por* [183] *seguir su vocación. Él ama más a sus Hermanos en Cristo que a su madre natural: verdaderamente estos ejemplos en nada ceden a los que leemos en las vidas de los Santos*". Así discurría la piedad de este huésped.

Llegó finalmente el tiempo de embarcarse, y fue grande el gozo que tuvo al abrazar a los Padres y Hermanos del Colegio de Villagarcía. En la navegación, le cupo también al Hermano Cancela más trabajo que a otros, por hallarse mal convalecido y en extremo delicado; con todo, observaba como el que más las distribuciones de Novicio, cuanto permitía la estrechura del navío. Renovó más sus fervores luego que desembarcamos en el puerto de Calvi, donde por las prudentes y prontas Providencias que tomaron los Superiores se puso en toda formalidad la santa casa del Noviciado; no sin mucha edificación de las otras Provincias, que admiraron el buen orden. Concluidos los dos años de su Noviciado fue admitido a los votos del bienio. El gozo que recibió su alma en este día, le hizo olvidar todos los trabajos pasados, pues le parecía estar sobradamente premiados con este favor que le hacía su Madre la Compañía. Apreciábale tanto que no sabía explicarlo, sino diciendo que, después del sagrado Bautismo, le tenía como el más singular, y en que afianzaba su salvación. De este santo aprecio nacía el grande sentimiento que tenía al oír que algunos había abandonado la Religión, acobardados de los trabajos, y con especialidad tenía atravesados en su cora[184]zón a los novicios que habían dejado de serlo en España, y los encomendaba a Dios para que los volviese a ella . Por el contrario, se transportaba de gozo cuando vio y oyó la fatiga con que los Novicios de Andalucía habían venido a juntarse con su Madre la Compañía, y con sus Hermanos.

Desde el Noviciado le envió la obediencia a esta casa para oír la filosofía, en que desde luego se hicieron visibles sus progresos, supliendo su grande ingenio la falta de estudio; porque la

fístula mal curada retoñaba con frecuencia, cargando la fluxión unas veces a los ojos, otras a la garganta, y no pocas a ambas partes a un mismo tiempo, y le tenía habitualmente tan embarazado el pescuezo que no podía moverle, sino con el movimiento de todo el cuerpo. El deseo de su salud, y el de lograr sus grandes talentos, hizo se emprendiese en Calvi una cura radical por un diestro Cirujano, y, en efecto, iba ya experimentando notable alivio. Hacía pocos días que se había empezado a medicinar, y a experimentarse el beneficio, cuando se nos dio el apremiante y arrebatado orden de salir de Calvi, con lo que fue preciso suspender del todo el uso de las medicinas. Parece que Dios N. S. quería que el Hermano Cancela estudiase sólo la Cátedra de la Cruz, y en la escuela de la paciencia; pues todos los medios humanos que se tomaban para el recobro de su sa[185]lud se cortaban al mejor tiempo.

Con las incomodidades del viaje por mar y por tierra, que no dejaron de ser grandes, se le alborotaron los humores todos, y luego que llegamos a esta casa se desenfrenó la fluxión, que primero cargo a la vista, mortificándole por muchos días; después bajó al pescuezo formando en él un tumor muy abultado, y excitándole una calentura con sus regulares crecimientos que le duró cuatro meses. No es fácil explicar el prolongado martirio que sufrió en este tiempo, y menos se puede ponderar la paciencia y alegría que observó en todo él .

Tres veces se le abrió a hierro la herida. Su curación diaria era harto penosa, y lo que excede toda ponderación es que estuvo más de 3 meses en una postura muy violenta sin poderse mudar de un sitio, y cuando era forzoso le moviesen los enfermeros era con excesivos dolores. Llegó a herírsele en varias parte el cuerpo, y en todo él no tenía sentido alguno que no experimentase particular tormento. Pero sobre todo padecía la cabeza, mas, con un beneficio muy singular de Dios, siempre la conservó tan despejada y en su razón que le dejaba hacer las más útiles reflexiones. Sólo el gusto se conservaba con algún apetito; pero era tal la dieta que le ordenaban los médicos y cirujanos, y tan insípidos y fútiles los majares que le disponían, que no era esta la menor de sus mortificaciones.

Sobreponíase a todo su forta[186]leza, pues estaba tan sosegado y paciente, como si las operaciones de una cirugía sangrienta se hiciesen en un cuerpo extraño. Esta tranquilidad le daba la meditación de varios puntos que conservaba muy en la memoria; y así, decía que varias sentencias que en otro tiempo había leído en Kempis sin especial sentimiento, sobre las utilidades del padecer, se le representaban ahora con tanta luz celestial que le quitaba enteramente la amargura de los trabajos. En otra ocasión me dijo: "*Lo que me llena de gozo y esperanza en el Señor, es el saber que todo lo que padezco nace de no haberme quedado a curar en España por seguir mi vocación. Morir por tan santa causa es verdaderamente dulce, porque tenemos un Dios Remunerador, que premia sobre los méritos de la criatura*". Muchos ratos del día y no pocos de la noche, en que el quebranto del cuerpo todo no le permitía conciliar el sueño, empleaba en tiernos coloquios con la Virgen Santísima y San Luis Gonzaga, a quienes desde niño conservó una tierna devoción. Hacía a la Santísima Virgen varios obsequios de oración y mortificaciones, en cuanto lo permitía su quebrantada salud. Era continua la memoria de su San Luis Gonzaga, y no había para él conversación más dulce que hablar de sus virtudes y prerrogativas. Rezábale al Santo cada día tantos padre nuestros y Ave Marías como años vivió en la compañía, mostrando en esto el amor a su protector, y a su vocación. Suspiraba por una reliquia del [187] Santo, y después que la consiguió la adoraba repetidas veces al día, y le pedía con tanta fe la salud que parecía le quería hacer una santa violencia, y cuanto más se agravaba el mal, tanto se alentaba más su confianza, pero sin apartarse un punto de la resignación debida a la divina voluntad. Por tanto, añadía: "*Podrá ser que mi Santo Luis quiera lograrme otra gracia más apreciable que la de la salud, llevándome cuanto antes a hacerle compañía en el cielo, donde ni hay dolores, ni fatiga*". Dos días antes de morir repitió varias veces a mi presencia: "*Yo espero ver dentro de poco a San Luis con grande gozo de mi alma, porque espero firmemente lograr mi eterna salvación. Lo 1º por los méritos de la vida,*

pasión y muerte de Jesús. Lo 2º porque he contraído todos mis males por seguir su divino llamamiento. Y finalmente porque me ha prevenido con abundantes gracias para llevar con paciencia tan continuados acervos dolores". Como unos dos o tres días antes de morir me dijo: *"¿Qué podremos hacer obsequio a San Luis Gonzaga, para obligarle o a que me consiga la salud, o la entera resignación en las manos de Dios?*". Pensaba hacerle voto de servir a la Compañía en el estado de Hermano Coadjutor; pero no habiéndolo aprobado, ni yo ni su Confesor, ofreció al Santo sus buenos deseos.

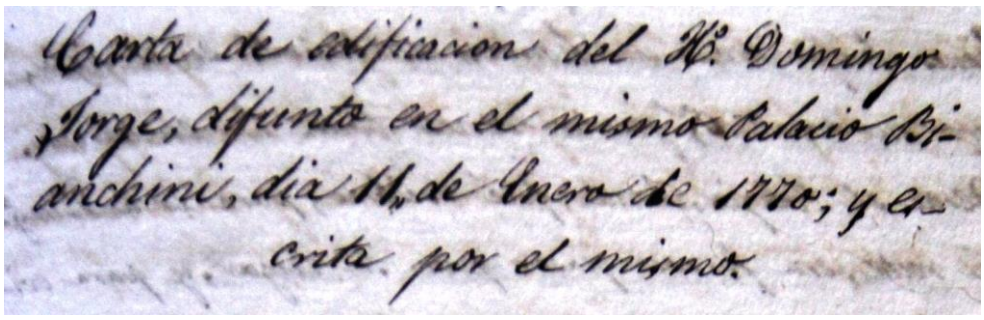
No dejó alguna vez de sentir natural temor a la muerte, pero con la frecuencia de actos de conformidad con la voluntad de Dios repitiendo varias ve[188]ces *"Encomiendo, Señor, en tus manos mi Espíritu: hágase, Señor, lo que fuere de vuestro agrado, y no del mío*" desterró de su corazón los horrores de la muerte, que la miraba ya con sereno semblante, y aun la convidaba a que viese presto, diciendo con el Apóstol "*cupio disolvi et ese cumChristo*". Este santo deseo se le avivó en el día de la gloriosa Ascensión del Señor, pues a imitación de S. Estanislao que deseó hallarse a la gloria de la Coronación de la Virgen Santísima, deseaba también hallarse al tiempo de la Ascensión de Jesús. No le cumplió el Señor este deseo; pero parece que especialmente desde aquél día le infundió en su corazón una devoción tiernísima a la SS. Trinidad, la cual se explicaba en frecuentes actos de fe esperanza y caridad, y adoración de la Trinidad Individua.

Desde el principio de su enfermedad había comenzado a disponerse para una muerte feliz, más después que le desahuciaron los médicos no dió lugar a pensamiento que no mirase inmediatamente a Dios; pues como conservó la razón hasta el punto mismo de expirar, procuró no perder mi un instante de tiempo tan precioso . A este efecto, me pidió repetidas veces que encargase a sus condiscípulos lo encomendasen al Señor, porque como era grande el amor que los tenía, así era también grande la confianza que tenía [189] en sus oraciones. Tenía todos los días varias y largas conferencias con el Director de su conciencia, con las que se enfervorizaba, y prorrumpía en estas expresiones: "*Muero con grandísimo consuelo, porque muero en la Compañía, y espero que las penas del Purgatorio, que miro con gran respeto, me las minorará el Señor, por los dolores que le ofrezco, junto con los que padeció Jesús en la cruz*". Sobre todo se disponía para una buena muerte con reconciliaciones y comuniones frecuentes, y sólo sentía el haber pasado mala noche por no poder comulgar por la mañana; si bien procuraba suplirlo con las comuniones espirituales frecuentes. Y no deja de ser cosa bien extraña que durante una tan larga y tan prolija enfermedad, en que frecuentemente le asaltaba el Santo temor de las penas del Purgatorio, conservase tanta tranquilidad y paz de su espíritu, que no sintiese el menor escrúpulo su delicada pura conciencia, gracia que atribuía a la intercesión de la Virgen SS. y a S. Luis Gonzaga.

Acrisolado, pues, en la fragua de las enfermedades y dolores, santificado con la frecuencia de Sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, oída con extraordinaria devoción la recomendación del alma, recibida con espíritu de religión la bendición Papal, y pedido con humildad perdón al P. Ministro y a su Maestro entre acerbísimos dolores y fervorosos actos de virtud, consumió felizmente el sacrificio que desde el punto del arresto había [190] hecho a Jesús de su salud y vida, dejándonos ejemplo bien singular de fortaleza en seguir su santa Vocación, y de paciencia en llevar con resignación tantos y tan extraordinarios trabajos.

De hecho, se ha dejado sentir después de su muerte la fragancia de sus virtudes en muchos, que a su imitación han concebido especial esfuerzo para seguir su vocación a todo trance, ya en los que por devoción y memoria grata han pedido las cosas de su uso, y finalmente en todos los que nos persuadimos que en él tenemos un Protector más, que ruegue a Jesús, por la Iglesia, la Compañía, y sus hijos.

191


Carta de edificacion del H.º Domingo Jorge, difunto en el mismo Palacio Bianchini, dia 11, de Enero de 1770; y escrita por el mismo.

Hoy 11 del corriente murió el H. Domingo Jorge, de casi 24 años de edad, y 3 y medio de Compañía, recibidos con singular devoción los Santos Sacramentos del Viático y Extremaunción , oída en entera razón dos veces la recomendación del alma, después de habérsele dado la Bendición Papal, consumido lentamente de una tísica, que le trabajó por 9 meses.

La bondad de nuestro Dios nos da bien claramente a conocer que no quiere dilatar el coronar con premios eternos, a los que con heroica y generosa resolución, se sacrificaron a su amor y servicio; porque en el corto espacio de un año es ya el H. Domingo Jorje el tercero de los Novicios que, eligiendo espontáneamente el destierro e ignominia de la Cruz del Salvador, a pesar de la falsa libertad a que no sin violencia los quisieron obligar, siguió constante en la Santa vocación, ha sido llamado del Señor para la libertad de los hijos de Dios.

Era el H. Domingo el único varón de su casa, por lo que halló alguna resistencia para entrar en la Compañía, en sus padres, y parientes, cuyos [192] bienes le ofrecieron un honrado establecimiento en el siglo, pero su constancia pudo vencer todos los embarazos. Desde el Colegio donde fue recibido, para ir a Villagarcía vía recta era forzoso pasar por su lugar, y, para evitar los halagos de su Madre, pidió con instancia, torciesen el camino, y se desprendió bien brevemente de una hermana que, noticiosa del desvío, salió a encontrarle. Luego que entró en el Noviciado, se empeñó con tal tesón en moderar sus afectos que, siendo de un genio vivo y fogoso, a pocos días vino a parecerse casi exceso pacato y encogido, si bien el modo era tan grato, que se hacía amar de todos. Puso por fundamento a su vida Religiosa una muy singular presencia de Dios, y cuidado de enderezar todas sus acciones a la mayor gloria divina, y para actuarse bien en ella nunca dejó el examen particular de esta fundamental virtud, y se amonestaba frecuentemente a sí mismo con aquella gran sentencia: *anda en presencia de Dios, y vendrás a ser perfecto.* De aquí nacía una gran mortificación interior en reprimir sus afectos, y una penitencia exterior con que traía a raya sus apetitos y pasiones. Por ventura en la mortificación exterior excedió algún tanto con los fervores del Noviciado, y le ocasionó algunos ayes, que fueron principio de su enfermedad. Aun en esta casa, donde la estrechura de la habitación no ofrece muchas proporciones para el uso de algunas [193] mortificaciones, se valía de la industria para no omitir la disciplina, cadenillas y ayunos, con otras que practicaba en el Noviciado.

Fue tan exacto en cumplir el orden de nuestro R.P General de frecuentar las visitas diarias al Santísimo Sacramento, y las hacía con tal fervor y confianza de que el Corazón Sacramentado de Jesús sacaría con gloria a la Compañía de las tribulaciones, de que se ve rodeada, que al oír muchas y varias noticias, ya favorables, ya adversas, decía: "*Los Sagrados Corazones de Jesús y María son los protectores de nuestra Religión, y así nada tenemos que temer*".

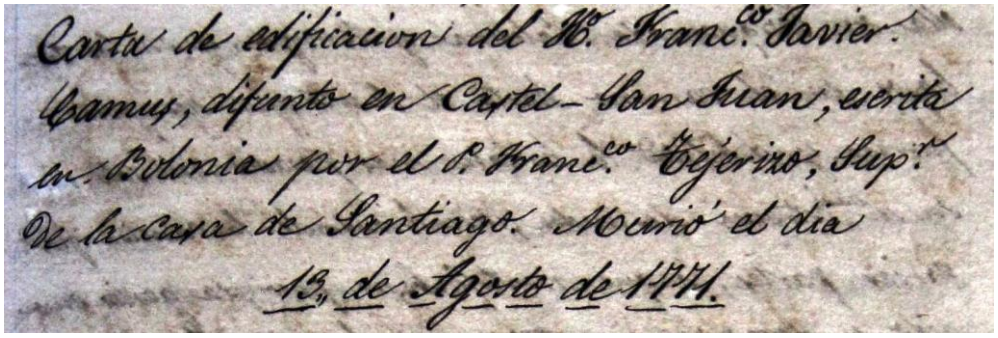
Es bien digno de notar que gozase de tanta paz y tranquilidad su corazón en medio de las grandes sequedades y desolaciones con que le regalaba el Señor en todos los ejercicios espirituales,

tanto, que aun pocas horas antes de morir , con grande humildad y dulzura dijo:”*Aun viéndome a las puertas de la muerte siento la sequedad y dureza de mi corazón*”. Estos mismo sentimientos mostraban la solidez de su virtud, pues no le apartaban un punto de una filial confianza en Dios, y de una constante practica en las virtudes Religiosas .

No será poco elogio decir que en esta constitución, en que nos hallamos, observaba como en Villagarcía el silencio, la modestia, la puntualidad en los ejercicios espirituales, la afabilidad y caridad para con to [194] dos sus hermanos, que son buenos testigos de ello. En conclusión, no se veía en él otra inclinación que el estudio de la virtud y de las letras, en que hubiera sido ventajoso.

La devoción a la Virgen SS. y a los Santos de la Compañía fue muy cordial, y de ellos esperaba el logro de una dichosa muerte, y para lograrlo se preparó para hacer una confesión general, y la hizo con gran diligencia y sosiego, con frecuentes reconciliaciones que le dictaban la delicadeza de su conciencia, que esperamos la logró con ventajas.

195


Carta de edificacion del H.r Franc.co Javier Camus, difunto en Castel-San Juan, escrita en Bolonia por el P. Franc.co Tejerizo, Sup.r De la Casa de Santiago. Murió el dia 13, de Agosto de 1771.

Empieza así: Ayer 13 del corriente fue N. S. servido de llevar para sí , como esperamos, en Castel-San Juan al H. Francisco Javier Camus de 22 años de edad, casi 6 de Compañía, y 3 y medio de Escolar aprobado. Habrá como 3 meses que empezó a esputar sangre, lo que luego nos hizo entrar en aprensión, y el Médico, practicados varios remedios, le recetó los aíres de S. Juan , a donde se le condujo inmediatamente. Al principio, aunque experimentó alguna mejoría, volvió después a repetirle con más fuerza el accidente que le acabó antes de lo que se pensaba; por lo que no recibió los Santos Sacramentos del Viático y Extremaunción, bien que pocos días antes había comulgado por devoción, después de haberse confesado generalmente de toda su vida. Sirviéndonos del único consuelo en esta aflicción su ejemplar, inocente y religioso porte de vida en los pocos años, que le logramos en nuestra Compañía.

Mostró el apreció a su vocación el H. Javier no sólo en haber resistido, como los otros sus connovicios, a los asaltos que tuvieron que sufrir contra [196] ella en Torquemada, Palencia y Burgos, y en los trabajos en el camino hasta el Puerto, que sus pocas fuerzas y debilidad le hacían más pesados. Ni sólo en su casi extrema desnudez, descubriéndosele la camisa por varias partes, lo que mortificaba no poco su genio encogido y vergonzoso, sin atreverse a levantar los ojos, por no ver en los compañeros lo que experimentaba en sí mismo, y procurando ocultarse entre ellos, por no parecer a los que le viesen no sólo indecente, sino inmodesto. Sino también y principalmente venciendo las nuevas baterías de sus parientes y conocidos en Santander, que ponderaban compasivos el tropel de calamidades a que se había expuesto siguiendo a sus hermanos: razones que esforzaba su santa madre con el atractivo de su cariño y la elocuencia de sus lágrimas.

A estos felices principios correspondió el resto de su Noviciado, que concluyó en Calvi, y en tiempo de sus estudios de filosofía en esta casa, en la que con el progreso en las letras, junto al candor, pureza de costumbre y fervor de un verdadero Hermano estudiante de nuestra Compañía; continuando el tenor de las cadenillas y disciplinas de Noviciado, buscando para este santo ejercicio los desvanes y continuas horas retiradas, con la doble mortificación de haber de vencer la pasión del miedo, que le asaltaba al considerarse solo en aquellos retiros y horas excusadas de la noche, [197] lo que le afligía no poco. Comulgaba, fuera de los días señalados para todos, los que le tocaban por su turno, en que eran señalados dos Hermanos cada día, a que añadía por su devoción todos los viernes. A las devociones del psalterio, y Concepción de María Santísima, juntaba otras diarias, a que le dictaba su piedad, y le aprobaba su director, y a varias otras novenas añadía la del Sagrado Corazón de Jesús todos los meses, pidiendo varias veces licencia para satisfacer a ellas aun en tiempo del sueño, cuando no había podido cumplirlas por las tareas de su estudio.

En éste no sólo no perdía tiempo alguno, sino que ampliaba en él gran parte del que se le concedía, como a sus condiscípulos, de la recreación. Salía poco de casa, aun cuando le era permitido, empleando largos ratos en los días de polvias y asueto delante del Santísimo Sacramento, a quien hacía frecuentes visitas, y de donde sacaba una paz singular, sin que se le viese alterado por accidente alguno; una humildad profunda, que hizo tal vez sospechar a su Maestro, que por ser tenido en poco preguntaba las cosas que sabía; una conformidad con la voluntad de Dios singular, de que dio pruebas, aun en los delirios que padeció estos últimos días, disponiéndose en fuerza de ella, con serenidad, para la muerte, luego que tuvo el primer asalto de su accidente; una paciencia admirable en el tenor de su enfermedad, en que obedeció al Médico con admiración del mismo, que habiéndole ordenado [198] que no hablase, no se atrevió a contestar sino por señas a los que le visitaban. Así le cogió repentina pero no impensadamente la muerte, en flor para nosotros; pero ya sazonado para los designios del Altísimo, de cuya infinita misericordia debo esperar, le tiene ya en la Compañía Triunfante. Hasta aquí dicho Padre.

Sobre esto se puede añadir y decir de nuestro H. Javier, lo que adelante diré; y está sacado de un papelito que tenía el mismo Hermano añadido en el examen particular, que

[aquí concluye el original]

[199]

Yndice

		Paginas
Capítulo 1º.	de lo que pasó en Villagarcia	1ª.
Capitulo 2.º	de lo q.e pasó desde Villag.ª hasta la Villa de Torquemada	10
Capitulo 3.º	de lo q.e pasó en la Villa de Torq.da	22
Capitulo 4.º	de lo que pasó en Palencia	58
Capitulo 5.º	de lo q.e pasó desde Pal.ª hasta Burgos	80
Capitulo 6.º	de lo q.e paso en Burgos	94
Capitulo 7.º	de lo q.e pasó desde Burg.s á Santander	119
Capitulo 8.º	de lo q.e paso en Sant.der hasta nro. emb.que	133
Breve relacion de lo q.e paso en Santander al H. Manuel Lanza desde el Noviciado hasta q.e volvió á		

tomar la Sotana en Calvi de Corcega 148

Lista de los HH., que siguieron á los PP. y los que dejaron de seguir 157

Carta de los HH. Novicios de la Provincia de Aragon á los de la Prov.ª de Castilla 161

Respuesta de la misma carta 165

Lista de los HH. Novicios de la Prov.ª de Aragon 168

Carta de edificacion del H.ª Manuel Lanza, dif.to 169

Carta de edificacion del H.º Manuel Cancela 177

Carta de edificacion del H.º Domingo Jorge 191

Carta de edificacion del H.º Javier Camus 199

P. ISIDRO ARÉVALO

Muerto en Mantua, el 16 de Diciembre de 1809.

Su muerte fue en la cárcel de Mantua, por no haber querido prestar el juramento inaceptable que el gobierno napoleónico exigía de los Padres desterrados en Italia. Este Padre Arévalo tiene la particular circunstancia de haber sido el novicio más antiguo entre los últimos de aquel gran Noviciado de Villagarcía, que con tantos trabajos y tanta gloria siguieron a los Padres en su destierro a Italia. Como tal hizo en el viaje de superior de todos, y escribió, sin otra arte ni elocuencia que la sencillez y candor de un niño cual era en aquel tiempo, una exactísima y menudísima relación de sus tribulaciones y de sus molestísimos caminos.

Su verdadero carácter y su constante conducta durante toda su vida, en que adquirió y ejercitó virtudes realmente heroicas, se entienden con toda claridad por un breve elogio de él, que a su muerte hizo uno de los compañeros de cárcel, y es como sigue.

"Es imposible, dice, una muerte más universalmente y sinceramente sentida y llorada por cuantos le habían tratado algo. Todos hemos perdido en él un esclavo de cada uno en particular. Humilde, apacible, servicial y devoto en supremo grado, de tal manera servía a cada uno en particular como si no tuviera a otro a quien servir. Entre tantas ocupaciones corporales y manuales como le asediaban, que parecía no habían de dejarle lugar, sino para tal cual ejercicio espiritual y ese breve; estos ejercicios, al contrario, eran tantos y tan largos diariamente, como si no tuviera otra ocupación. Esto no puede concebirse sino advirtiendo que madrugaba mucho y no perdía un instante de tiempo".

Hasta aquí un compañero de prisión que en lo dicho emitía el sentir de todos, pues era opinión común la de la santidad de este Padre Isidro Arévalo, realzada además por la circunstancia especial de haber muerto en cadenas por Jesucristo.

Había nacido en Cabezas del Pozo (Ávila) en 1748, y era jesuita desde 1765, perteneciendo a la antigua Provincia de Castilla.

NOTAS

Página

▪ 2 Hay varias frases a lo largo de todo el escrito que nos hace pensar que el relato inicial tuvo una segunda redacción en los años próximos posteriores que incorporaba datos y documentos nuevos (copias nº3 y nº5)

p.36 "*una carta que escribió llena de ternura en tiempo que vivíamos en Bianchini*" carta escrita por el H. Antonio Pozo, natural de Arévalo, que lo había dejado tras el "despojo" de Palencia, y en ella " clamaba y suplicaba por volver a entrar en la Compañía, si fuese todavía posible… Ya se le ha respondido la posibilidad de volver a entrar; pero no sabemos si de su parte habrá alguna dificultad que le imposibilite la vuelta"

p.45 "*En otra relación que se escribió en dicha ciudad [=Calvi], se puso esto mismo, a saber, lo que el Intendente* [100] *dijo…"* a propósito del P. Calatayud y su actitud ante los Novicios.

p.71 "*cuya carta edificante se pondrá más adelante, con otras de otros compañeros Novicios, que han muerto en el destierro*" en referencia a las cartas de edificación del H. Lanza y otros novicios aquí incluidas.

La copia nº1, que nos parece la más antigua, sólo tiene el siguiente contenido:

.Carta de los novicios de Aragón
.Respuesta de los novicios de Villagarcia
.Relación de lo que pasó… (diario completo)
.Listado de novicios de Castilla que siguieron y que abandonaron
.Historia sobre el H. Lanza, hasta Italia

▪ 8 El regimiento suizo aludido parece ser el Reding Nº3, nominado según costumbre de acuerdo con el nombre de su coronel o general Teodoro Reding von Biberegg.

▪ 26 Distributario: en el Noviciado, novicio de 2º año puesto al frente de todos los novicios por el Maestro de Novicios, su función era hacer cumplir los horarios del día, así como organizar las distintas tareas marcadas por el Maestro o su Ayudante. Esta figura no fue efectiva durante la expedición de Villagarcía de Campos a Santander. Tras la separación en Torquemada, fue nombrado como Superior el hermano más antiguo (Isidro Arévalo), asistido de cuatro consultores.

▪ 27 Soldado blanquillo: "soldado de infantería de línea que usaba uniforme blanco" (RAE)

▪ 37 Tercianas: fiebres que se repiten cada tres días, relacionadas con la malaria o paludismo. La quinina, o corteza del quino, ya fue usada por los amerindios como remedio, y a mediados del XVII fue introducida por los Jesuitas en Europa tras comprobarse en el Perú sus efectos benignos.

▪ 41 "El viaje de estos soldados era a Ledesma con la incumbencia de ir a tomar verde": desconocemos el sentido de la expresión. Tal vez tenga que ver con tomar galones o uniforme de dicho color.

▪ 41-2 El recorrido señalado en estas páginas resulta confuso, especialmente cuando se cita a Quintana del Puente como lugar desde el cual llegan a Burgos, siendo así que ir de Celada a Quintana del Puente es un retroceso en su camino a Burgos.

▪ 43 Arzobispo de Burgos: se trata de D. José Javier Rodríguez de Arellano (1764-1791), quien escribió una extensa pastoral contra los Jesuitas (1768), a pesar de la prohibición Real de escribir a favor o en contra de éstos. Dicha pastoral fue contestada posteriormente por el P. Isla (autor de Fray Gerundio de Campazas alias Zotes, obra escrita en Villagarcía de Campos y publicada en Madrid en 1758) en *Anatomía de la carta pastoral que escribió J. J. Rodríguez Arellano.*

▪ 45 El P. Pedro Calatayud fue un famoso predicador popular (1689 Tafalla - 1773, Bolonia, exilio]

▪ 47 Juan Palafox y Mendoza (1600 Fitero – 1659 Burgo de Osma), obispo de Puebla de los Ángeles en Méjico y en El Burgo de Osma, donde falleció. Mantuvo relaciones muy conflictivas con los Jesuitas. El empeño por hacerle santo en tiempos de Carlos III, sobre todo a impulsos del confesor Real P. Eleta, agustino, era un arma más en contra de los Jesuitas.

▪ 54 Carta del Arzobispo de Paris: se refiere a la carta publicada por el Arzobispo de Paris, Christophe de Beaumont, en defensa de los Jesuitas ante su expulsión de Francia en el s. XVIII. El Cura dispondría, sin duda, de la traducción de la misma publicada en Valencia con el título "*Instrucción Pastoral del Señor Arzobispo de Paris sobre los atentados cometidos con la Autoridad de la Iglesia, por Los Juezes de los Tribunales Seculares, en el Negocio de los Jesuitas*", y que se puede consultar en
file:///C:/Users/PROPIETARIO/AppData/Local/Microsoft/Windows/Temporary%20Internet%20Files/Content.IE5/9XRAQR8V/00000001.pdf [último acceso 14En2020]

▪ 64 Era por entonces obispo de Santander D. Francisco Laso Santos de San Pedro (1762-1783), nacido en Poza de la Vega (Palencia)

▪ 65 Juan Antonio García de Carrasquedo, primer Maestro de Capilla de la Catedral de Santander (entre 1755-1812), nacido en Zaragoza en 1734.

▪ 68 Si, como dice el manuscrito un poco más adelante, al H. Lanza le faltaban sólo dos días para hacer los votos tuvo que entrar al Noviciado dos años antes, es decir, en 1765, no en 1766. Así lo confirma el P. Juan Andrés Navarrete en su **De viris illustribus in Castella veteri Soc. Jesu ingressis et in Italia exstinctis (**Bononiae: ex Typographiae Sancti Thomae Aquinatis) Liber I, 1793, p. 111: "…Matriti tirocinium inchoavit postridie Kalendas Aprilis anni 1765, cum explesset aetatis annum decimum quartum". Es decir, su entrada se produjo en Abril de 1765 cuando contaba 14 años de edad recién cumplidos en marzo ("…Sanctanderi natus est anno Domini 1751, mense Martio", p.110)

▪ 70 Se trata del Colegio de S. Ambrosio de Valladolid, del que sólo se conserva la iglesia, que es actualmente el Santuario Nacional de la Gran Promesa.

▪ 80 "Los Padres Benitos": se refiere al monasterio benedictino de Montserrat en la misma calle de San Bernardo de Madrid donde estaba el Noviciado jesuítico. Dicho monasterio fue creado por monjes benedictinos castellanos expulsados del monasterio de Montserrat, en Barcelona, en 1640.